DOC SAVAGE

por KENNETH ROBESON

EL MAGO DEL MAR



El mago del mar

Kenneth Robeson
Doc Savage/22

CAPÍTULO I

EL FANTASMA ASESINO

LO que en realidad embrolló a Doc Savage en el fantástico asunto fue un suelto publicado en un diario londinense de la tarde.

FANTASMA DE UN REY QUE MATA

«Los buenos granjeros de las marismas de El Pantano del condado de Holland dicen que el fantasma del rey Juan hizo otra víctima anoche en la persona de Joseph Shires, el granjero labrador, que entró, tambaleándose, en su casa, mortalmente herido.

»Se asegura que Joseph Shires exclamó que el fantasma del rey Juan le había herido, muriendo a continuación.

»Lo que ahora intriga a la policía es que las heridas que presenta el cuerpo del hombre parecen, en efecto, haber sido hechas con una antigua espada de dos filos, tal como el rey Juan, monarca inglés del siglo XIII, habría usado.

»Otra cosa que intriga enormemente también es la moneda acuñada en 1216. que fue hallada en el bolsillo de Joseph Shires después de su muerte. Juan reinó en 1216.

»Corren, por añadidura, rumores de que numerosas personas han visto recientemente en los alrededores de El Pantano el fantasma del rey Juan, ogro altísimo, con armadura y espada de dos filos. Se afirma, incluso, que el rey Juan ha hablado con algunas personas, proclamando su identidad.

»En conjunto sin embargo, la policía se inclina a creer que los cuentos del fantasma corren parejas con los relatos de serpientes marinas a los que se dio tanta publicidad hace unos meses. Se está llevando a cabo un interrogatorio a los vecinos de Joseph Shires para averiguar si no cometería el crimen alguno de ellos, con una guadaña tal vez.»

Es muy probable que la mar de gente leyera este suelto; pero no causó gran sensación entre los lectores, porque la noticia había sido relegada, a una página interior ya que Joseph Shires no era persona que tuviese gran importancia. William Harper Littlejohn fue la excepción. Leyó, primero la historia distraídamente, luego la releyó con creciente interés.

William Harper Littlejohn era un hombre muy alto y era también mucho más delgado de lo que parecía posible pudiese serlo ser humano alguno y seguir vivo. Sus íntimos decían con frecuencia que parecía el representante del Hambre.

Cuando William Harper Littlejohn se presentaba ante una reunión de geólogos y arqueólogos, nadie sonreía porque parecía un traje vacío puesto de pie, ni hacía comentario alguno acerca del monóculo con el que siempre estaban jugando sus dedos; pero que nunca se encajaba en el ojo.

Se reconocía que William Harper Littlejohn sabía más de arqueología y geología que casi cualquier otro hombre del universo.

La noticia acerca del fantasma real que mataba le llamó la atención, porque andaba buscando emociones.

Había estado dando conferencias durante unas semanas ante la Sociedad de Científicos, y se estaba cansando ya de hacerlo.

Nadie lo hubiera sospechado al mirarle; pero lo que más quería, William Harper Littlejohn en este mundo eran las emociones. Jamás se sentía tan feliz como cuando se hallaba en un trance apurado.

Por eso formaba parte del grupo de cinco ayudantes de Doc Savage. Los atolladeros eran las cosas de que Doc Savage se preocupaba; los atolladeros de los demás.

Porque Doc Savage era aquel asombroso hombre de bronce. Aquella combinación de genio científico y de osadía física que destinaba su existencia a sacar de apuros a quien lo necesitara.

Johnny —así le llamaban Doc Savage y sus ayudantes— dejó a un lado el periódico que publicaba la noticia del aparecido. Sacó dos radiogramas del bolsillo. El primero llevaba la fecha de cuatro días antes, y decía:

LLEGARÉ A LONDRES DENTRO DE CINCO DIAS. DOC SAVAGE.

El segundo radiograma, expedido horas más tarde, era al parecer, contestación a una pregunta que Johnny había radiografiado y decía:

LO SIENTO, PERO NO PUEDO PROMETER ACCIÓN ALGUNA STOP VOY SIMPLEMENTE A DAR UNA SERIE DE CONFERENCIAS ANTE LA SOCIEDAD DE CIENTIFICOS. DOC.

Johnny suspiró con melancolía. Aquel segundo mensaje le había causado una enorme decepción porque se había hecho la ilusión de que Doc Savage se dirigía a Inglaterra con el propósito de ayudar a alguien que se hallase en dificultades. Ello hubiera significado, a no dudar, acción de sobra.

Johnny volvió a consultar el periódico y llegó a una decisión. Doc Savage no llegaría a Londres hasta el día siguiente.

El transatlántico en que viajaba atracaría en Southampton aquella noche.

Había tiempo antes de su llegada, para hacer una pequeña excursión a El Pantano e investigar la noticia del fantasma real que mataba con una espada de dos filos, Johnny alargó la mano hacia el teléfono.

—Póngame en comunicación con la estación aérea más próxima —solicitó. Luego una vez lograda la misma, preguntó:— ¿Sería, factible fletar un vehículo aéreo para una peregrinación inmediata?

—Para… ¿qué? —inquirió la voz.

—Para un viaje nocturno inmediato a la vecindad de El Pantano.

Johnny jamás empleaba una palabra corta cuando tenía tiempo de pensar una larga. Era un diccionario ambulante de palabras de más de tres sílabas y, cuando estaba en plena marcha, un hombre normal no le podía entender.

—No estoy muy seguro de lo que usted desea, caballero —le contestó la voz desde el aeropuerto—. Pero si tiene dinero para pagarlo, lo encontrará aquí.

—Espéreme dentro de breves momentos —le dijo Johnny.

Poco más de dos horas después, el aeroplano fletado depositó a Johnny junto al pueblecito de Swineshead, que se hallaba a la orilla de la extensa marisma que rodea a la curiosa bahía de mareas llamada El Pantano.

Johnny despidió al piloto y vio cómo despegaba el avión para emprender el regreso a Londres. Tenía la intención de alquilar otro aparato al día siguiente o volver en automóvil a la metrópoli.

A pesar de lo avanzado de la hora, Johnny encontró que las tabernas de Swineshead aun estaban abiertas y servían a varios

habitantes del pueblo, unos cuantos de los cuales estaban lo suficiente bebidos para que se les hubiera soltado la lengua.

Johnny sufrió un cambio curioso. Al alquilar el aeroplano y durante el vuelo, apenas había pronunciado una frase que consistiese de palabras lo bastante cortas para que las entendiera el piloto.

Pero ahora se ladeó el sombrero, se metió el monóculo de aumento en un sitio donde no fuese observado y empezó a hablar una clase de inglés que hubiese escandalizado a sus sabios colegas de la Sociedad de Científicos.

Es más, sus modales no eran, ni con mucho, los de un destacado intelectual.

Hizo preguntas acerca de Joseph Shires, de quien se decía que el fantasma del rey Juan había herido de muerte con una espada de dos filos. Averiguó varias cosas.

Por ejemplo, los habitantes de Swineshead —por lo menos los que se hallaban por allí a tan avanzada hora— estaban completamente convencidos de que el fantasma del rey Juan existía. Dos hombres insistían en que le habían visto personalmente.

—¡Hablé con el rey en persona hace menos de quince días! —aseguró uno de ellos, deteniéndose un instante a saborear la cerveza a que Johnny le había invitado—. Fue mientras andaba yo cazando liebres en los cañaverales cercanos a la orilla de El Pantano. El rey Juan se acercó y me habló.

Johnny miró atentamente al hombre, preguntándose si estaría muy borracho. Estaba algo colorado: pero no borracho en realidad.

—¿Cómo supo usted que se trataba del fantasma, del rey Juan? —inquirió Johnny, muy serio.

—Me lo dijo él.

—¿Que él se lo dijo?

—Sí; y esa es la pura verdad. De todas formas, yo lo hubiese comprendido por su forma de vestir. Llevaba una cota de malla y una espada de dos filos. No cabe la menor duda de que era el rey Juan. He visto sus retratos en los libros de la escuela.

Johnny pagó otra ronda.

—¿De qué le habló?

—Principalmente de sí debía matarme.

—¿Matarle?

—Decía que yo era el individuo que le había envenenado hace setecientos años. Dijo que andaba buscando a ese individuo; que había estado buscando al tipo que le había envenenado y que cuando eso ocurriera, le atravesaría con su espada.

—Todo eso es muy interesante.

—EL fantasma del rey Juan dijo que había matado a gente con la que se había encontrado en sus excursiones nocturnas, por si acaso se hallaba entre ella el hombre que le había envenenado. Dijo que no estaba muy seguro de quién era su asesino y que por eso mataba a tantos.

—Comprendido. ¿Hubo algo más?

—Sólo me dijo que más me valdría no acercarme a El Pantano. Dijo que tal vez me matara la próxima vez que me viese, y dijo que cualquiera que se topase con él correría el riesgo de morir. Yo creo que fue así como recibió el pobre Joseph Shires el pasaporte.

—¿Acostumbra a vérsele usualmente al fantasma en la misma vecindad siempre?

—Generalmente, sí. Suele estar cerca de la desembocadura del Wellstream.

Johnny se retiró al silencio de la calle del pueblo para reflexionar acerca de lo que había averiguado. El rey Juan, según la Historia, había sido envenenado en aquellos alrededores, muriendo de resultas de ello. Johnny recordaba haber leído que el rey en cuestión había sido un monarca violento.

Era Juan el rey que firmara la Magna Carta que formaba el carácter de las libertades inglesas y en la que se inspiraba la parte de «derecho de gentes» de la constitución norteamericana.

El rey Juan tenía un genio muy violento, según la Historia y, después de verse obligado a firmar la Magna Carta había sufrido una fuerte crisis nerviosa.

Luego había formado un ejército y salido en plan de robar a los señores feudales que le obligaron a firmar. Era durante esta incursión que había muerto, por comer demasiado o por envenenamiento.

Johnny sacó su monóculo y empezó a jugar con él, costumbre suya cuando estaba intrigado.

No creía en la existencia de duendes que anduviesen por ahí con armadura y espada de dos filos; pero el relato de la aparición estaba

demasiado generalizado para que pudiera pasarse por alto el asunto.

—¡Que me superamalgamen! —murmuró—. Me da en la nariz que voy a, investigar más a fondo.

No había transcurrido mucho tiempo cuando Johnny apareció solo en la región de la unión del río Wellstream y El Pantano.

Puesto que era de noche y la región estaba deshabitada, el eminente arqueólogo se quitó zapatos, calcetines y pantalones y se puso a andar sin más ropa que calzoncillos, camiseta, camisa y chaqueta.

Sus huesudas piernas presentaban un aspecto grotesco.

Los frecuentes charcos y pozos pantanosos hacían necesario semejante modo de proceder. También había trechos de arenas movedizas, muy peligrosos que eran más fáciles de descubrir con los pies descalzos.

Al principio Johnny intentó llegar a la playa y seguirla; pero abandonó la idea al darse cuenta de que en realidad, no existía playa alguna, sino simples planicies de barro y hierba de agua salada.

Era una región sombría que a nada se parecía tanto como a un extensísimo trigal barrido por la tormenta y salpicado de charcos y trechos de fango.

Llevaba cosa de una hora merodeando por la vecindad cuando se libró de buena.

Entró la marea. No era como el avance de una marea corriente el de aquélla, sino que subió con rapidez pasando sobre la marisma bastante más aprisa de lo que le hubiera sido posible correr a un hombre.

Johnny se empapó hasta la cintura antes de llegar a terreno más alto.

Se subió a un pequeño montículo, entre retorcidos matorrales, y contempló las marismas que rodeaban a El Pantano con respeto recién adquirido. No había luna y las aguas al deslizarse por entre la hierba, la hacían ondular como si fuera crin en el lomo de algún monstruo fabuloso.

Johnny pegó un salto de sorpresa al sonar tras él una voz hueca, ominosa.

—¡Volveos de forma que pueda ser visto vuestro semblante! —

ordenó la voz sepulcral.

Johnny dio media vuelta y su primera tendencia fue la de echarse a reír.

Las, palabras eran tan arcaicas, que para oídos acostumbrados al inglés moderno resultaban cómicas incluso.

Pero el huesudo geólogo se olvidó de la risa al contemplar a la figura que se hallaba delante de él.

CAPÍTULO II

EL CAUTIVO DEL REY JUAN

EL individuo que acababa de hablar, bien podía haber salido de las páginas de algún libro de Historia, porque vestía a la usanza de un guerrero del siglo XIII.

Una cota de malla magníficamente tejida le envolvía de pies a cabeza y por encima de ella, llevaba una especie de bata corta de seda blanca recogida por un cinto del que colgaban un puñal y una espada de dos filos, ambos en sus vainas.

Las facciones de la aparición quedaban ocultas tras poblada barba negra.

Los ojos eran oscuros y penetrantes. La nariz un pico ganchudo.

Echado sobre el hombro, a manera de fusil, el ser aquel llevaba una de las espadas de dos filos más grandes que Johnny había visto dentro o fuera de un museo.

—¡Ay mi madre! —exclamó Johnny olvidándose por completo de usar palabras altisonantes.

—¡Ah! —susurró la aparición—. Vos sois, a no dudar, quien echó veneno en mi copa.

El geólogo volvió a darse cuenta de lo absurdo del cuadro. Rompió a reír.

—Escuche amigo —rió—. ¿Porqué anda disfrazado así?

—Imbécil, ¿no sabéis acaso con quién habláis? —inquirió en voz cavernosa.

—Con el rey Juan supongo —respondió Johnny, secamente.

De pronto la risa, de Johnny se evaporó porque vió las manchas oscuras que cubrían la espada y que parecían de sangre seca.

—¡De rodillas, villano! —bramó la figura—. ¿No sabéis cómo presentaros ante un monarca?

Johnny no se movió.

Estaba convencido ya de que se hallaba enfrentado con un loco, un pobre hombre que habría perdido el juicio y se imaginaría ser el monarca inglés tantos siglos antes muerto.

Con toda seguridad padecería accesos de violencia y cualquiera sabía de lo que seria capaz.

—¿Qué hacéis aquí, rey Juan? —inquirió.

—En algún punto de estas marismas vive quien me hizo morir —tronó el hombre—. Le busco. Tal vez seáis vos.

Johnny llevaba zapatos, calcetines y pantalón debajo de un brazo. Formaban un bulto compacto que movió, con incertidumbre.

—Creí que habíais encontrado al envenenador anoche.

—¿Qué queréis decir?

—¿No atravesasteis a, un hombre con vuestra espada anoche? Era un granjero llamado Joseph Shires.

La barbuda cabeza se agitó, lentamente.

—El rey Juan no se preocupa en recordar acontecimientos que ya pasaron.

Loco de atar —pensó Johnny. Si se le dejaba andar suelto, Dios sabe a cuántas personas heriría o mataría. Sería hacerle un favor al contorno apresarle y meterle en un manicomio.

Sabia que a veces era posible conseguir que un loco hiciera una cosa si una daba muestras de compadecerle.

—Yo no soy el hombre que os envenenó —dijo, con solemnidad; — pero sé dónde puede ser hallado... quizá.

¿Dónde?

—En el pueblo de Swineshead. Venid conmigo y os enseñaré el camino.

Si lograba conducir a aquel extraño individuo al pueblo, podría ser apresado. También podría cogérsele allí si se andaba con cuidado; pero tal vez hubiera dificultad en sacarle de la marisma.

Si se le pudiera persuadir a salir por su propia voluntad tanto mejor.

Pero el rey Juan se resistió.

—No, vasallo. Sé que el que me envenenó puede ser hallado aquí. ¡Sois vos!

Con un rápido mandoble, intentó decapitar a Johnny con la espada de dos filos.

El geólogo se agachó. Simultáneamente tiró el bulto de ropa. Este alcanzó al otro en la cara, en el preciso instante en que el tajo fallaba.

El huesudo científico dio un saltó con los pies delante. Aterrizó de lleno en el estómago del otro. El desconocido, soltó una exclamación y cayó hacia atrás. Johnny asió la empuñadura de la espada.

Estaba hecha para agarrarla con las dos manos, conque le quedaba sitio suficiente. Le arrancó el arma de la mano y la tiró a un lado.

Un puño enfundado en guantelete de acero rebotó sobre su cráneo, haciéndole ver las estrellas. Descargó dos puñetazos sobre su agresor, pero sólo logró levantar la piel de los nudillos contra las mallas del jubón.

Comprendió que la lucha iba a ser dura. El otro era un hombre alto y fuerte y, además, iba, protegido por la armadura.

Asiéndole los brazos, intentó sujetarle. EL otro hizo un esfuerzo por morderle en la garganta. Johnny respondió metiéndole el pulgar en el ojo.

Rodaron por entre cañas y barro.

Los eminentes asociados de William Harper Littlejohn de la Sociedad de Científicos hubieran quedado sorprendidos de haberle visto en aquellos momentos, pues el famoso geólogo y arqueólogo estaba dando pruebas de un conocimiento de los métodos más sucios de lucha que hubieran causado envidia al más brutal matón de los barrios del puerto.

Aun así apenas lograba defenderse.

El seudo rey Juan había perdido, temporalmente, el uso de un ojo, gracias al golpe del pulgar de Johnny. Pero éste tenía los labios partidos, había perdido la chaqueta, y le colgaba la camisa del cuerpo nada más que por las mangas.

Logró meter ambas manos dentro de la abertura facial de la especie de capucha de malla y asirle a su enemigo de la garganta.

Apretó. AL mismo tiempo, envolvió las huesudas piernas alrededor del cuerpo del desconocido, sujetándole los brazos.

El rey Juan empezó a hacer ruidos raros. Su oscuro rostro se congestionó.

Empezó a echar espuma por la boca y acabó sacando la lengua.

Por fin cesó de forcejear.

Johnny dejó de apretar antes de que el otro quedara seriamente impedido y empleó tiras de su propia ropa para atarle. Apretando los nudos empezó a levantarse y... pareció estallarle un petardo en la cabeza.

El fango de la marisma pareció subir al encuentro de su rostro; pareció hundirse profundamente en el suelo, donde reinaba una oscuridad y un silencio infinito y permanecer allí largo tiempo.

Cuando recobró el conocimiento y abrió los ojos, el supuesto rey Juan se hallaba a su lado, apoyado en la espada.

—¿Qué... qué ocurrió? —inquirió el geólogo.

—Mi fiel caballo acudió en mi ayuda —tronó el otro—. Sí; con sus cascos, mi caballo os dominó.

—¡Rayos! —gruñó Johnny, llevándose la mano a la parte posterior de la cabeza.

Tenía un bulto enorme y se sentía efectivamente, como si le hubieran dado una coz.

Pero comprendía que ningún caballo podía haberse acercado sin ser visto ni oído.

Además un caballo no podía andar por aquel terreno pantanoso, porque abundaban demasiado las arenas movedizas.

Se incorporó. Volvieron a tumbarle inmediatamente de un golpe con la parte plana de la espada; pero antes de que ocurriera eso había visto que no había nadie por allí.

La marisma, estaba tan desierta como si no viviera nadie en cien millas a la redonda.

El hombre de malla, se estaba frotando la garganta donde le habían apretado los dedos de Johnny, cosa que significaba que la lucha, no hacía mucho que había tenido lugar.

La luna no había cambiado perceptiblemente de sitio, de forma que Johnny dedujo que no había estado mucho tiempo sin conocimiento.

Una vez masajeada la garganta a satisfacción suya, el que había hecho prisionero a Johnny rebuscó por entre su túnica de seda blanca y sacó un aparato de yesca y pedernal para hacer fuego.

Esto sorprendió a Johnny. Contempló el aparato. Luego emitió un silbido de sorpresa.

Era, indudablemente muy viejo, pudiendo catalogarse incluso

como antigüedad. Estaba rayado profundamente como si hubiese estado expuesto a la intemperie durante mucho tiempo; pero aun funcionaba.

Saltaron chispas, la yesca se encendió y la llama fue aplicada a una vela de sebo que la aparición sacó también del interior de su túnica.

La figura se inclinó sobre un montón de papeles que yacían sobre el barro de la marisma.

Johnny se dio cuenta de que estaba inspeccionado el contenido de sus propios bolsillos.

Entre otras cosas había un arma que parecía una pistola muy grande pero que, en realidad, era una ametralladora capaz de hacer disparos a gran velocidad.

El arma en cuestión era invento de Doc Savage y todos sus hombres la llevaban, aun cuando sólo hacían uso de ella en caso de extrema necesidad.

Doc Savage y sus cinco ayudantes tenían por norma no quitar la vida a ningún ser humano. Jamás mataban a un enemigo, aun cuando sus vidas se hallasen en el mayor peligro.

El seudo rey Juan, no parecía conocer las armas de fuego y manejó tan torpemente la pistola que a Johnny se le pusieron los pelos de punta.

—¡Apunte usted con eso en otra dirección! —gritó—. ¡Matará a alguien!

El otro no pareció oír, soltó la pistola y cogió los papeles.

—En verdad que es extraña la escritura que los hombres usan en estos tiempos —comentó.

Entre los papeles se hallaba el cablegrama que Johnny recibiera de Doc anunciándole su próxima llegada a Londres. Su texto era bastante para indicar que el geólogo era uno de los cinco ayudantes de Doc.

El extraño individuo que decía ser el rey Juan parecía sentir vivo interés por el telegrama. Dirigió una malévola mirada a Johnny.

—¿Es usted uno de los hombres de Doc Savage? —gruñó.

Johnny hizo lo posible por contener su gesto de sobresalto, porque el otro había hablado sin usar el inglés de siete siglos antes.

—¿Que tiene que ver eso? —dijo.

—¿Lo es? —insistió el otro, con un rugido.

—Sí.

El hombre de la armadura masculló una maldición muy siglo XX.

—¿Le envió Doc Savage aquí? —inquirió con aspereza.

—No.

—¡Eso es mentir, amigo! —rugió el otro.

Johnny se retorció, dándose cuenta por primera vez que tenía brazos y piernas atados floja, pero eficazmente, con cordones muy fuertes.

Podía moverse, pero no lo bastante para luchar.

—Parece usted haber abandonado los giros arcaicos en la conversación, rey Juan —dijo.

El otro se limitó a dirigirle una mirada preñada de rabia.

Johnny, escudriñándole, decidió de pronto que no estaba loco después de todo, lo que significaba que había estado desempeñando el papel de rey Juan con un fin determinado.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Johnny, con brusquedad.

—Amigo, ¡pasará mucho tiempo antes de que usted lo sepa! —rugió el otro.

Se echó hacia delante bruscamente y le dio un golpe a Johnny con la espada.

Le dio de plano con la hoja, pero el golpe fue pesado y suficiente para que el geólogo perdiera el conocimiento.

—¡Doc Savage debe de haberte mandado aquí! —le dijo el falso rey Juan al hombre que yacía sin conocimiento a sus pies—. Y eso bien vale la pena de investigarlo.

CAPÍTULO III

EL DETECTIVE PARTICULAR

SOUTHAMPTON es uno de los puertos de más movimiento para el transporte de pasajeros de un lado a otro del Atlántico y, como tal, había visto la llegada y la partida de más de un personaje notable.

Los principales periódicos de Londres y París tenían asignados periodistas a dicho puerto y era rara la ocasión en que llegara un personaje lo suficientemente importante para que fuera aumentando el número de periodistas mediante la llegada de escritores especiales.

Pero aquella noche se hallaban a mano algunos de los principales periodistas de Inglaterra y del Continente cuando los remolcadores condujeron a cierto transatlántico a su lugar de amarre.

Los periodistas iban reforzados por una batería de fotógrafos y un número bastante respetable de ciudadanos curiosos.

El alcalde había acudido con todas las insignias de su cargo y había numerosos ingleses de elevada alcurnia con toda la pompa.

De haber sido esperado un potentado extranjero no hubieran podido ser más completos los preparativos para recibirle.

Todo ello era en honor de Doc Savage, el hombre del misterio, el individuo que era símbolo de conocimientos científicos y de osadía; el hombre que llevaba camino de ser el aventurero supremo de todos los tiempos.

Los periodistas estaban allí porque Doc Savage nunca hacía las cosas de una forma, corriente. Casi cada paso que daba merecía grandes titulares en la prensa.

Además, era un hecho que Doc Savage no experimentaba, la menor simpatía por la publicidad. Era uno de esos seres extraños:

una celebridad a quien no gustaba ver su nombre y su fotografía en los periódicos.

En especial le molestaba que se publicaran retratos suyos, porque ello proporcionaba a sus enemigos un medio de familiarizarse con su aspecto.

Lo esquivo que se mostraba Doc en cuestiones de publicidad tenía por efecto que los periodistas sintieran mayor determinación por verle.

Si Doc Savage hubiera tomado a su servicio un agente de publicidad y demostrado tener deseos de que se le diera espacio en los periódicos, éstos hubieran hecho caso omiso de él hasta cierto punto.

Pero ocurriendo o que ocurría hacían esfuerzos verdaderamente titánicos para conseguir entrevistas.

Los ingleses de elevado rango se hallaban presentes porque Doc Savage había prestado grandes servicios a su país en el pasado.

Por ejemplo, había delicados procedimientos de cirugía que Doc había instituido y que habían salvado numerosas vidas.

Por añadidura, había instituciones benéficas a las que Doc había contribuido con enormes sumas de dinero, que por cierto había quitado a canallas que no tenían derecho a él.

Doc Savage había mandado un cablegrama pidiendo que no se organizara recepción alguna en su honor; pero los ingleses habían hecho caso omiso de su petición. Se hallaban junto a la escala, con los periodistas escudriñando a cada uno de los pasajeros que desembarcaba.

Los mozos descargaban equipaje en la escala de carga, sudando y mascullando maldiciones. Varios de ellos observaron a una alta figura que pasó a su lado y desembarcó.

El individuo en cuestión llevaba turbante y larga túnica. Una especie de gola casi le ocultaba el rostro; pero lo poco que se veía era de color castaño.

Los mozos, creyendo que el que había desembarcado era un oriental, de los que había varios a bordo no le prestaron gran atención, especialmente después de haber visto que el hombre del turbante enseñaba sus documentos a un funcionario del puerto.

No se fijaron en que éste hizo una reverencia y dio muestras de gran respeto al ver el nombre que llevaba el pasaporte.

Cualquier observador hubiera quedado sorprendido de haber visto al extraño personaje después de entrar éste en un cobertizo desusado del extremo del muelle.

En realidad, una persona vió entrar al hombre del turbante en el cobertizo; Pero estaba escondido detrás de un poste de atar amarras y tuvo buen cuidado de no asomarse.

Una vez estuvo dentro del cobertizo, el hombre que acababa de desembarcar se quitó el turbante. En un instante se limpió de la cara el maquillaje que le había dado el color atezado.

Había andado algo encorvado; pero, al quitarse la túnica se irguió.

El que antes fuera vestido a usanza oriental resultó ser una personalidad llamativa al salir del cobertizo.

Parecía enormemente más alto que antes; pero sólo se daba uno cuenta de su tamaño verdaderamente hercúleo comparándolo con las proporciones del cobertizo.

Tenía su tez un color metálico bronceado, color que sólo podía haberse adquirido bajo el sol tropical. Sus manos y su cuello llamaban la atención por el increíble tamaño de tendones y músculos que resaltaba bajo la piel a cada movimiento.

Lo más llamativo de todo, sin embargo, eran sus ojos, que reflejaban los rayos de un farol cercano. Eran singulares, como lagos de oro que se removieran continuamente. Había en ellos una extraña cualidad, un poder de compulsión. Eran ojos hipnóticos.

Las facciones del hombre de bronce eran regulares, firmes y tenían un aspecto de innegable hermosura. Caminaba por la sombría calle con agilidad atlética, silenciosa.

Tan llamativo era su aspecto, que un chófer, viéndole por casualidad, se paró y se quedó mirándole boquiabierto.

—¡Rediez! —exclamó—. ¡Cualquiera se metería a luchar con ese tipo!

Transcurrieran muchas horas antes de que el chófer dejara de ver mentalmente, al extraordinario hombre de bronce.

Estaba tan asombrado que no se fijó en un individuo que le paró furtivamente en la semioscuridad.

Era el mismo que había estado vigilando el cobertizo y estaba siguiendo, al gigante de bronce. Su forma de obrar demostraba que tenía experiencia en el arte de seguir a la gente y parecía

convencido de que el otro no le había observado.

El hombre de bronce no parecía, tener prisa ni daba muestra alguna de ir a un sitio determinado. Caminó hacia el Norte, tiró luego hacia el Oeste y por fin, llegó a una esquina.

Permaneció allí un buen rato, como esperando a alguien. Tenía las manos detrás de la espalda, como para aguantar su peso al apoyarse en una vidriera.

EL que le seguía, no se hallaba lo bastante cerca para observar que el hombre de bronce estaba haciendo algo con una de sus manos; escribía, aparentemente, en el cristal del escaparate contra el que estaba apoyado.

Al poco rato prosiguió su camino, andando despacio, metiéndose por calles oscuras llenas de olores muy apetitosos.

La sombra le siguió.

Algo menos de cinco minutos después se acercaron dos hombres a la esquina en que el gigante de bronce había estado parado. Estos dos llevaban maletas y venían del muelle en que atracara el trasatlántico.

Estaban riñendo. Parecían a punto de llegar a las manos.

—¡Error de la naturaleza! —gruñó el más delgado, que vestía elegantemente y llevaba un bastón negro—. ¡Me avergüenzo de que me vean en tu compañía, sobre todo mientras llevas ese cerdo tan marrano!

—¡Un bozal es lo que te está haciendo a ti falta, picapleitos indecente! —respondió el otro.

La cabeza de este último apenas llegaba al hombro de su compañero, que no era de gran estatura. Pero le faltaba muy poco para ser tan ancho como alto.

Tenía los brazos unos centímetros más largos que sus cortas y arqueadas piernas y las manos y las muñecas eran monstruosidades en las que crecían pelos casi tan gruesos como clavos.

Su rostro era increíblemente feo, adornado de una boca enorme. Hubiera sido fácil tomarle por un gorila en la oscura calle.

—Anda, coge un taxi y vete al hotel —dijo el hombre del bastón; — de lo contrarío, algún guardia te meterá en el parque zoológico.

El otro dijo, con una vocecita, casi infantil:

—Si crees que me gusta ir por la calle con un «snob» tan exageradamente vestido como tú, estás mal de la cabeza.

Un cerdo pisaba los talanes del simiesco personaje. Era el cerdo aquel un ejemplar notable de la especie porcina. Evidentemente nunca crecería más allá del tamaño que ya tenía, el de un perrito pequeño.

Tenía el puerco patas largas y delgadas, cuerpo seco y orejas tan enormes que parecían como si pudieran hacer las veces de alas en caso de necesidad.

El hombre elegantemente vestido miró al cerdo y tiró del bastón, que se abrió, resultando contener un estoque de acero muy bien templado.

—¡A ese cerdo le convierto yo en tocino para el desayuno el día menos pensado, Monk —prometió, con ferocidad.

—Inténtalo cuando quieras —gruñó Monk.

Llegaron a la vista de la esquina en que se había parado el hombre de bronce. Se detuvieron, sorprendidos al parecer.

—¡Doc no está aquí! —exclamó Monk.

—¡Hum! —murmuró Ham, envainando, distraídamente, el estoque—. ¿Qué habrá ocurrido? Doc dijo que se reuniría con nosotros aquí después de haber dado esquinazo a los periodistas.

Avanzaron, examinaron los alrededores, sin hallar rastro del hombre a quien buscaban.

—Tal vez haya dejado un mensaje —suspiró Monk.

Abrió una de las maletas y sacó lo que, en un principio, hubiera podido tomarse como máquina fotográfica plegable.

Tocó una palanquita en un costado y enfocó el aparato hacia el rincón. La lente, en lugar de ser de cristal claro, era de un morado casi negro.

Pasó el aparato, por fin, sobre el escaparate. Entonces ocurrió una cosa extraña. Aparecieron palabras escritas donde ninguna se había visto anteriormente. Brillaban con un extraño color azul.

MONK Y HAM: ME ESTA SIGUIENDO UN HOMBRE. VOY A CONTINUAR POR ESTA CALLE. SEGUIDME Y ECHADLE EL GUANTE AL INDIVIDUO. —DOC.

Monk cerró el interruptor del aparato sin hacer comentario alguno. Tanto él como Ham habían recibido mensajes análogos de Doc Savage en otras ocasiones y sabían que Doc había escrito la misiva con un yeso de composición química que resultaba, normalmente invisible, hasta bajo un microscopio relativamente

potente.

Pero brillaba al ser expuesto a los rayos ultravioleta emitidos por el aparato especial que sacara Monk.

Aquel era el método empleado habitualmente por Doc Savage para dejarles recados a sus asociados, y Monk y Ham eran dos de sus cinco ayudantes.

Monk —Teniente Coronel Andrew, Blodgett Mayfair— a pesar de su estrecha frente y su aspecto simiesco, era uno de los químicos industriales más sabios en existencia.

Ham, —el General de Brigada Theodore Marley Broocks— el elegantemente vestido, era un abogado cuyas facultades oratorias habían conmovido a más de un jurado y cuya perspicaz mente era capaz de comprender y desarrollar el más intrincado problema legal.

Ambos buscaron la sombra y se deslizaron calle arriba. Trabajaban en armonía ya, olvidada temporalmente su riña.

En realidad eran los mejores amigos del mundo, aun cuando nadie recordaba haberles oído dirigirse el uno al otro una palabra cortés en su vida.

EL feísimo cerdo a quien Monk bautizara con el nombre de Habeas Corpus, por molestar a Ham, les siguió silenciosamente a una orden de Monk.

El cerdo estaba bien enseñado. Monk dedicaba todo el tiempo que no empleaba en meterse con Ham, a la enseñanza de Habeas.

Unos momentos después de fundirse Monk y Ham en las sombras de las calles de Southampton, se oyó una serie de ruidos raros. Éstos procedían, de cierta distancia más allá, en la misma calle.

Los sonidos se parecían mucho a los que hubieran hecho dos perros pequeños y una rata muy grande. El gruñido de los perros brillaba por su ausencia; pero no así el ruido de la rata.

Quizá los habitantes de Southampton a quienes despertara el breve jaleo creyeron, en efecto, que era obra, de perros merodeadores y lo desterraron de su mente, porque nadie acudió a investigar.

Es decir, nadie excepción hecha de Doc Savage, dio media vuelta, volvió sobre sus pasos y se encontró, casi inmediatamente, con Monk y con Ham.

—¡Buen trabajito! —dijo en voz notable por la potencia dominada que contenía.

Monk y Ham habían asido al hombre que le seguía. Era éste un hombre de delgado rostro, cota cuello de pavo y cuerpo redondo como el de un avestruz.

También tenían cierto aspecto de avestruz sus ojos porque eran grandes para su macilento semblante. Iba vestido de oscuro y se le había caído el sombrero en la lucha.

El cerdo Habeas Corpus estaba entretenido en hacer pedazos el sombrero, sistemáticamente.

Doc Savage sacó una lámpara de bolsillo que funcionaba gracias a un generador de mano, le dio una vuelta y abrió la lente para que el haz luminoso fuera muy ancho. No sólo quedó iluminado el rostro del cautivo, sino el del hombre de bronce también.

Durante unos segundos nada se hizo ni se dijo. Doc se limitó a examinar al cautivo, y este último miró a Doc con inquietud, humedeciéndose los labios con frecuencia. Las facciones del gigante de bronce tenían algo sombrío y terrible.

—No era mi intención hacer nada malo —exclamó el hombre.

—Me estaba usted siguiendo —contestó Doc.

El otro movió afirmativamente la cabeza.

—Le seguí los pasos desde el barco. Eso no lo niego.

Monk intercaló:

—Aquí está lo que tenía en los bolsillos.

Y presentó varios artículos en la palma de su hirsuta mano.

Doc concentró la luz de la lámpara de bolsillo sobre dichos objetos y vió unas tarjetas con la inscripción:

W. P. WALL —SAMUELS INVESTIGACIONES PARTICULARES

—Eso es —dijo el prisionero—. Soy W. P. Wall —Samuels, detective particular.

—¿Quién le encargó que me siguiera?

—Nadie.

—¡Cómo que vamos a creernos eso! —exclamó Monk.

—Es la verdad —insistió Wall— Samuels —. Le seguía a usted por propia iniciativa Tenía un asunto que proponerle, ¿comprende? Me figuré que esquivaría usted a los periodistas, conque vigilé las planchas por donde descargaban las mercancías. Le reconocí a pesar de su disfraz oriental. Había visto su retrato en otras ocasiones.

Doc Savage preguntó:

—¿Qué asunto es el que quería proporcionarme?

—Esperaba poder convencerle para que se hiciera mi socio y pusiéramos juntos, una agencia de detectives en Londres. Ni siquiera tendría usted que hacer trabajo alguno. Limítese a prestarme su nombre a mi agencia y quédese con la mitad de los beneficios.

—¡Rayos! —resopló Monk—. ¡La frescura que tiene este tipo!

Wall —Samuels pareció sentirse herido en su susceptibilidad.

—Así! —dijo—, ¿no quiere ser socio mío?

—No —replicó Doc.

—Si fuera usted socio de Doc, alguien le mataría antes de que hubiesen transcurrido veinticuatro horas —gruñó Monk.

—Estoy dispuesto a correr eso riesgo.

—No —volvió a decirle Doc.

Wall —Samuels frunció el entrecejo y exclamó luego, con hosquedad:

—En tal caso, le agradeceré que me dejen en libertad.

—Soltadle —ordenó Doc.

De mala gana, Monk y Ham soltaron al detective particular. Éste se irguió, miró a su alrededor, vió que Habeas Corpus estaba terminando de deshacerle el sombrero y le dirigió una mirada feroz.

—¡Me deben, ustedes un sombrero nuevo —dijo, con rabia.

—¡Recibirá un puntapié en el sitio que mejor le siente como no se largue de aquí! —le prometió Monk.

Mascullando algo entre dientes, Wall —Samuels se marchó apresuradamente.

Caminó por el arroyo con lentitud hasta doblar una esquina y creer que ya no le oirían Doc Savage y sus compañeros.

Entonces se metió en el hueco de una puerta y aguardó unos instantes, mirando hacia atrás y escuchando. Quedó convencido, por fin, de que no le seguían. Entonces echó a correr.

Volvió a andar al ver a un guardia y rompió a correr luego otra vez, siguiendo por callejuelas oscuras, hasta llegar a una farmacia que tenía teléfono público.

Entró y marcó un número.

—¿Jefe? —dijo.

—Bien, ¿qué pasa? —inquirió una voz impaciente—. ¿Seguiste a

Doc Savage?

—No muy lejos —confesó el hombre—. Le seguí los pasos desde el muelle. Pero no sé como se las arregló para descubrir que le seguía..., o lo descubrieron sus dos hombres Ham y Monk. No sé cómo lo hicieron; pero me echaron el guante antes de que pudiese darme cuenta de lo que estaba ocurriendo.

—¡Se te advirtió que debías ir con mucho cuidado! —gruñó el otro.

—¿Cómo demonios iba a saber yo que Savage no era humano? Tuve todo el cuidado que pude.

—¿Qué ocurrió? —preguntó el invisible jefe, con impaciencia.

—Les conté un cuento a Doc Savage y sus hombres. Siempre llevo tarjetas y documentos falsos que acreditan que soy policía y les dije que era detective particular y que quería asociarme con Doc Savage.

—Y... ¿creías tú que iban a tragarse un cuento tan estúpido como ése? —inquirió el otro, con sarcasmo.

—El cuento era bueno —gruñó el falso detective—. Y se lo creyeron.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—Bien; pues voy a decirte, lo que tienes que hacer. Has de volver y seguir a Doc Savage de nuevo. Hazlo de forma que vuelva a pillarte. No creo que te cueste eso gran cosa, después del planchazo que te acabas de tirar.

—¿Que le deje... cogerme otra vez? —gimió Wall— Samuels —. No comprendo.

—Se ha hecho necesario sacar a Doc Savage de Inglaterra. Cuando te coja esta segunda vez has de contarle un cuento que le haga marcharse.

—Pero... ¿qué puedo decirle?

—Dile que William Harper Littlejohn uno de sus hombres, salió anoche para Hispanoamérica a bordo de un barco. Dile que no estás muy seguro de qué se trata, salvo que William Harper Littlejohn seguía a alguien y que dejó una carta, con detalles para Doc Savage al marcharse.

»Dile a Doc Savage que contrató tus servicios el hombre a quien seguía Littlejohn y que tú robaste la carta y se la diste a ese hombre.

Luego dile que te contrataron para que le vigilaras y para que mandaras un radiograma, al hombre que te contrató si Doc Savage daba muestras de marchar a Hispanoamérica.

—Eso es la mar de complicado —gimió Wall— Samuels.

—Tú eres un embustero muy experto. Puedes hacerlo. Lo interesante es conseguir que Doc Savage embarque para América convencido de que sigue a su ayudante William Harper Littlejohn, o Johnny, como le llaman.

—¿Dónde está Johnny? —inquirió el falso detective.

—Le tenemos. El imbécil se metió a perseguir al espectro del rey Juan en el pantano y no tuvimos más remedio que hacerle prisionero.

—Mala cosa es ésa.

—No falles ahora. Tenemos otras preocupaciones además.

—¿Qué quiere decir?

—Wehman Mills.

—¿Qué pasa con él?

—Ha desaparecido en Francia... y en Brest.

—¿Qué mil diablos hacía allí?

—Dijo que precisaba, cierta maquinaria y yo le mandé con algunos de los muchachos. Ahora ha desaparecido.

—¿Cree usted que se ha dado cuenta del juego?

—Así parece. Los muchachos andan buscándole.

—¿Y su sobrina? Está en Brest, ¿no?

—Sí; pero ya no nos encargamos de ese particular. Tú haz que salga Doc Savage de Inglaterra. No podemos permitir que se ponga, a buscar a Johnny.

—Haré lo posible por conseguirlo —prometió Wall— Samuels.

Luego colgó el auricular, abandonó la cabina telefónica, y salió a la calle.

En cuanto cruzó el umbral de la puerta, dos hombres se acercaron a él, uno por cada lado. Ocurrió tan aprisa, que ni siquiera tuvo tiempo para intentar escapar. Manos musculosas asieron sus brazos.

Wall —Samuels intentó recobrar la serenidad y exclamó: —¿Qué significa esto?

Los dos hombres eran Monk y Ham.

CAPÍTULO IV

CAMINO DE AMÉRICA DEL SUR

—NO se sulfure, amigo —le aconsejó Monk.

Wall —Samuels fue empujado hacia la esquina más próxima. No se atrevía a protestar. La formidable expresión de Monk y de Ham prometía el empleo de la violencia si había la menor resistencia. AL volver la esquina se detuvieron.

—Doc no tardará en llegar —dijo Ham, que se había metido el estoque en el cinturón.

Hubo una breve espera; luego se acercó Doc Savage. Parecía más hercúleo que nunca al salir de la oscuridad.

—¿Qué quieren de mí? —preguntó el hombre, intentando hacerse el enfadado—. Ya les conté mi historia.

—Nos contó una sarta de embustes —repuso Monk.

—¡No es cierto!

—Entonces, ¿por qué corrió después de dejarnos? Y... ¿a quién acaba de telefonear?

Wall —Samuels se humedeció los labios.

—Conque... ¿me siguieron?

—Claro —respondió Monk—, ¿nos había tomado usted por idiotas, acaso?

El fingido detective no respondió a eso. Estaba pensando que si alguno había dado muestras de idiotez, ese alguno era él. Aquellos hombres estaban resultando mucho más difíciles de engañar de lo que había él supuesto.

Doc Savage inquirió:

—¿Y si dijera usted la verdad, Wall —Samuels o como quiera que se llame?

Wall —Samuels tragó saliva. Tenía cara de asustado. Intentó

parecer más asustado aún, cosa que era completamente innecesaria.

—Escuche —dijo;— no puedo hablar. En menudo lío me metería.

—Oiga, pero ¿se ha creído usted que está ahora, en una verbena? —preguntó Monk agriamente—. Doc, ¿por qué no me lo cedes para que le haga un masaje?

Abrió y cerró las enormes manos y Wall —Samuels, miró a los hirsutos dedos como si fueran animales voraces. Luego contempló las musculosas manos de Doc, y su miedo subió de punto.

Era capaz de distinguir la fuerza sobrehumana cuando la veía y estaba completamente convencido de que cualquiera de aquellos hombres podía hacerle la mar de daño.

—Contrató mis servicios un hombre a quien anda siguiendo William Harper Littlejohn —exclamó.

—¡Eh! —estalló Monk—. ¿En qué ha ido a meterse Johnny?

Wall —Samuels contó la historia, con astucia, soltando unas cuantas palabras cada vez que le amenazaban. Lo contó todo como si estuviera aterrado y al contemplar el rostro de los que le habían cogido, adquirió el convencimiento de que se estaban tragando el cuento.

Era aproximadamente el mismo que le había dicho su jefe por teléfono.

—Aguardadme aquí —ordenó Doc Savage, cuando hubo dejado de hablar el hombre.

Y se marchó con el silencio de un fantasma, silencio que hacía estremecer a Wall —Samuels. Empezaba a convencerse que aquel gigante no era del todo humano.

Empezaban a circular por las calles de Southampton los primeros carros de la madrugada y algunos mozos habían empezado a limpiar escaparates y ventanas, preparándolo todo para el nuevo día que se avecinaba.

Doc Savage reapareció:

—He llamado por teléfono al hotel de Johnny y he descubierto que marchó anoche —anunció—. No ha regresado.

—Ya le dije que se había embarcado para América del Sur —exclamó el falso detective.

—¡Cierra el pico! —gruñó Monk.

—Averigüé también que un vapor salió, en efecto, para América

del Sur anoche —continuó Doc—. El barco iba equipado con radioteléfono, conque fue cosa fácil establecer comunicación.

Wal1 —Samuels empezó a temblar violentamente. No había previsto aquella contingencia. Tendría que intentar hacerles creer que Johnny había tomado otro barco.

—¿Se hallaba Johnny a bordo del barco? —inquirió Ham.

—Su nombre figura en la lista de pasajeros —le informó Doc—. Pero las autoridades de a bordo no lograron dar con él. Un camarero anunció, sin embargo, que había sido ocupada la cama de su camarote. Dijo también que la ropa de la misma tenía manchas de sangre.

—¡Maldición! —exclamó Monk—. ¡Algo le ha ocurrido a Johnny!

Wall —Samuels intentó disimular el alivio que sentía. Al propio tiempo, experimentó una viva admiración por el jefe de la siniestra organización a que pertenecía.

No se había olvidado de un detalle. Debía de haber puesto un hombre a bordo del barco, un hombre que usaba el nombre de William Harper Littlejohn para engañar a Doc Savage.

—Como verán ustedes —observó Wall—, les he dicho la verdad.

—¿Hay la menor posibilidad de alcanzar el barco de Johnny? —inquirió Monk.

—No; pero podemos sacar pasaje en otro barco que sale casi inmediatamente. Es un vapor más rápido y llega a Buenos Aires un día antes que el barco en que viaja Johnny.

—En tal caso, más vale que lo cojamos —gruñó Monk.

—Y yo, ¿qué? —preguntó Wall— Samuels.

—¿Qué tal resultaría una bonita cárcel inglesa para él, Doc? —inquirió Monk.

—Esa solución es tan buena como cualquiera otra de momento —decidió Doc.

Poco más de un cuarto de hora después, Wall —Samuels se encontró entre rejas, acusado, simplemente, de escándalo público.

Pidió inmediatamente un abogado, y se llevó una sorpresa bastante grande.

El abogado le fue negado. Es más, le negaron, incluso, el privilegio de hablar por teléfono.

El indignado falso detective ni siquiera se dio cuenta de lo que

había ocurrido. La acusación que pesaba contra él, era de las que permiten, normalmente, que salga uno bajo fianza; pero no podía ofrecerla mientras no pudiese ponerse en contacto con alguien que la impusiera, y se le tenía completamente incomunicado.

Esto no se parecía en nada al proceder habitual de la policía.

Wall —Samuels no sabía, que a Doc Savage le había concedido Scotland Yard en cierta ocasión el título de inspector honorario en agradecimiento a servicios prestados.

Una palabra del hombre de bronce había bastado para que el falso detective permaneciese «enterrado», como hubiera dicho un policía norteamericano.

Pero Wall —Samuels había estado en la cárcel en otras ocasiones y conocía todos los «trucos». Apenas existe prisión en que los reclusos no hayan inventado métodos secretos para mandar mensajes fuera.

Esto se hace, con frecuencia, por medio del encargado de servir la comida.

Wall —Samuels desayunó temprano y, a petición suya, le sirvieron leche.

Haciendo un pincel con un trozo de tela arrancado del forro de la chaqueta, lo mojó en la leche y escribió con él en el fondo del plato en que le sirvieron el desayuno.

Tuvo cuidado de no hacer manchas que resaltaran demasiado con la leche.

El que servia la comida recibió la señal aceptada; el cocinero, que era también un preso, colocó los platos sobre el fogón y, cuando se calentó, las manchas de leche resaltaron en un color chocolate, fácilmente legible.

Wall —Samuels había empleado una de las tintas invisibles más primitivas; pero había surtido su efecto y, al poco rato su mensaje fue enviado a su destino. Decía: «Doc Savage camino de América del sur. Más vale vigilarle para asegurarse de que se va. Savage es muy listo. Y sáqueme de esta cárcel. Wall— Samuels»

A su debido tiempo, llegó contestación por el mismo procedimiento.

«Nos cuidamos del asunto Savage. Tú te quedas en la cárcel y se te pagará por ello. El ponerte en libertad pudiera proporcionar pista sobre la organización.»

La misiva no iba firmada, y Wall —Samuels después de maldecir durante unos minutos, se encargó de hacerla desaparecer.

Su situación no era tan mala. No se le ocurría medio más fácil de ganar dinero que el reposar en la cárcel; por lo menos, no de ganar la cantidad que se le estaba pagando.

Entretanto, Doc Savage y sus dos hombres llegaron al muelle del que había de zarpar el vapor que se dirigía a América del Sur. Un pequeño ejército de criados trasladó su equipaje a bordo.

A Doc y sus ayudantes les fueron asignados camarotes. El hombre de bronce se retiró, inmediatamente, a la cabina del telegrafista desde la que intentó ponerse en comunicación con Johnny.

No tuvo éxito. El capitán de la otra nave le anunció que los camareros no habían logrado hallar ni rastro de William Harper Littlejohn.

Se soltaron amarras; las planchas fueran retiradas y un grupo de remolcadores emprendió la tarea de sacar al trasatlántico del puerto.

Es costumbre en los barcos de pasaje el desembarcar a las visitas que se encuentren a bordo en el momento de zarpar el barco, en los remolcadores a chalupas de los pilotos.

Resultó que en aquel vapor había quedado una de los visitantes que no había oída la campana de aviso para que las visitas volvieran a tierra.

La visita en cuestión era un hombre obeso que llevaba el cuello del abrigo alzado para que no se le vieran bien las facciones y fue puesto a bordo de un remolcador.

El vapor salió al Canal de la Mancha y enfiló la proa en dirección al Atlántico.

El hombre que había subido al remolcador, dio muestras de viva ansiedad por llegar a tierra y, en cuanto pisó el muelle, buscó un teléfono y marcó un número.

—Ha salido bien —anunció—. Doc Savage y sus dos hombres se hallan a bordo del barco que se dirige a América del Sur.

—¡Excelente! —contestó la misma voz que diera órdenes a Wall — Samuels; —pero ha surgido otro contratiempo y en buen lío estamos metidos.

¿Qué? —inquirió el otro, con sorpresa.

—EL viejo Wehman Mills.

—¿Qué le pasa a ese buitre?

—¡Se ha enojado!

El hombre obeso soltó una maldición.

—¿Cómo ocurrió?

—El viejo dijo que necesitaba buscar maquinaria en Francia. Para que no desconfiara, le llevamos allá. Pero debía saber algo ya. Cuando se encontró en Brest, se escapó.

El gordo volvió a maldecir.

—Intentará ver a la muchacha —dijo.

—Claro que sí. Y eso es, lo que me tiene preocupado.

—¿Qué vas a hacer?

—Me voy a Brest. Permaneceré en segundo término allí, sin asomar para nada. Pero es preferible que me halle yo a mano.

CAPÍTULO V

EL TIO DE LA INDIA

ERA una noche oscura en el puerto de mar, francés, de Brest.

También reinaba la oscuridad en la casa, tanta como si jamás hubiera habido luz.

Un hombre se detuvo justamente en la puerta y respiró roncamente produciendo un ruido extraño, como si tuviera la garganta hecha tiras. Se apretó el pecho con los dedos mientras recobraba el aliento.

—¡Elaine! —gritó con voz aguda.

En la profunda oscuridad, otra voz más áspera aun, dijo:

—¡Conque para aquí tiró usted, Mills! ¡Imbécil! Debió creerse que hablábamos en broma cuando...

—No le de usted explicaciones, <monsieur> —ronroneó una tercera voz, serena, felina, procedente del oscuro interior—. ¡Cójale! <¡Depechez vous!> (¡Dése prisa!)

Los sonidos que siguieron hubieron podido ser producidos por pedazos de carne cruda al ser echados uno sobre otro en un montón, sólo que eran de mayor volumen.

Se oyó el rumor de pies que se arrastraban por el desnudo suelo de madera y dos voces soltaron horribles maldiciones porque se habían caído.

—¡Elaine! —gritó la víctima. Y un poco después logró emitir un grito francés pidiendo ayuda—. «¡Au secours»!

Cuatro hombres por lo menos intentaban sujetar a la víctima y pegarle al propio tiempo. El atacado había estado luchando, intentando escapar. Ahora comprendía, que era inútil, conque concentró todos sus esfuerzos en meterse la mano en el bolsillo del reloj, del pantalón. Rasgó el bolsillo de un tirón y cayó un pequeño

objeto.

La víctima lo recogió, tirándolo, inmediatamente, por encima de la cabeza de sus atacantes.

—¡Elaine! —gritó, para ahogar el ruido producido por el objeto al caer al pasillo.

Entonces le alcanzó un puño en la mandíbula, aturdiéndole, de forma que fue fácil cogerle y conducirle a la puerta que abrió el hombre de la voz felina.

Todos salieron a la calle, donde la oscuridad era muy poco menos profunda que en el interior de la casa. Cuando bajaron por la empedrada calle, se hizo evidente que todos llevaban zapatos con suela de goma, porque no hacían ruido al andar.

Se había alzado una leve brisa, salada, con un olorcillo a gasolina, procedente de los almacenes situados en el lado comercial de Brest, al otro lado de la <Cours d'Ajot>. Se veían numerosas luces en el agua, sobre todo allí donde el castillo, con su mazmorra y sus siete torres, dominaba la entrada del río.

En el lugar en que se desarrollaban los sucesos que acabamos de relatar, sin embargo, había poca luz, hasta que uno de los hombres iluminó, brevemente, con los rayos de una lámpara de bolsillo a la víctima.

Era ésta alta, todo hueso y cartílago, y estaba enfundada en un traje negro brillante.

Llevaba polainas a la antigua, cuello del tipo usado por senadores de Norteamérica de la generación anterior, es decir, un cuello con puntas anchas y fuertes que parecían alas y un cordón negro por corbata. Tenía el cabello blanco.

—¿Dónde está su «chapeau, misieus?» —inquirió la voz felina.

—¿Su sombrero? —gruñó un hombre—. Lo recogí yo.

El sombrero negro y de ala ancha, apareció bajo la luz de la lámpara de bolsillo. Era verdaderamente pintoresco.

—«¡Bon!» —dijo la voz felina—. ¡Bien! Llévenle adelante un poco y aguárdenme.

—¿Dónde va usted, Paquis? —preguntó el hombre que sujetaba el sombrero.

—Atrás. Vuelvo a la casa a cuidarme de un pequeño detalle.

La casa de la que habían sacado a la víctima era de piedra, grande y vieja, y poseía el adulador nombre de «L'Auberge», que le

había impuesto su propietario. Pero tenía más de casa en que se alquilaran habitaciones, que de posada.

Los alojados estaban despiertos.

Algunos se habían levantado ya; otros se estaban levantando. La lucha, abajo, a pesar de toda su violencia había sido corta, y nadie tenía la menor idea de lo que había pasado.

Empezaron a decidirse a bajar la escalera, uno a uno con el propietario —caballero enfundado en un camisón y notable por sus delgadísimas piernas y el tamaño de su bigote— que llevaba, el mismo fusil «chau —chau» que sin duda alguna, habría usado también en la Guerra Europea.

La obesa esposa del posadero llevaba una linterna vieja y se fijaron todos en los muebles tumbados y los arañazos del suelo donde habían resbalado los pies de los luchadores.

—Es muy misterioso —dijo uno de los huéspedes en francés—. —Me pareció oír gritar un nombre. Era «Elaine» o algo así.

El posadero miró escalera arriba, y llamó:

—«¡Mademoiselle» Elaine Mills!

—«Oui» —respondió una débil voz femenina—. «Que vous... vou...» —Se dio por vencida y preguntó en inglés—. ¿Qué quiere usted?

Hablaba con acento norteamericano.

—¿Le llamó a usted alguien? —preguntó el posadero hablando, con dificultad, en inglés.

En lugar de contestar, Elaine Mills apareció arriba de la escalera. Varias cejas masculinas se enarcaron y sus dueños sacaron el pecho, asumiendo al propio tiempo, una expresión cortés en los semblantes, como acostumbra ocurrir cuando un hombre se halla en presencia de una encantadora representante del sexo opuesto.

Y Elaine Mills era encantadora. Era alta, joven y muy femenina. Tenía el cabello de color de la arena; los ojos brillantes, de un color azul oscuro.

Y sus labios eran perfectos. Se había vestido apresuradamente al parecer, porque llevaba zapatos de color, pero sin medias, y estaba alisándose el vestido pardo para que cayese como era debido.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Elaine, empezando a bajar la escalera.

Dos franceses le hicieron una reverencia e intentaron explicar,

pero no sabían inglés y la joven, sin sonreír, dijo:

—Lo siento, pero sé muy poco francés. ¿Quién me llamó? Y... ¿qué era, todo ese ruido?

Antes de que pudieran contestarle, hubo una interrupción. Entró un hombre de la calle, tambaleándose.

Era un hombre alto, con el pelo caído sobre los ojos, la chaqueta de cualquier manera y las facciones relajadas. Apestaba a coñac.

—¡Uuiiiiiü! —aulló, con voz pastosa— ¡Soy ¡Soy un lobo rabudo de Wyoming! ¡Oídme aullar! «¡Aaauuu!»

Intentó agitar un brazo, perdió el equilibrio, cruzó el suelo haciendo filigranas por no caerse e intentó anclarse al posadero; pero al echarse éste a su lado, el recién llegado dio con su cuerpo en el suelo.

Haciendo la mar de ruido con les pies, logró levantarse en parte, con dificultad.

—Pa... parece el mismo suelo en que estuve hace un rato —murmuró—. Sí, señor!

¡El mismo suelo!

Intentó agitar el brazo de nuevo, lográndolo aquella vez.

—¡Hurra! —aulló—. ¡Hurra por Francia! ¡Hurra por todo el mundo!

Hizo que sus «hurras» sonaran algo así como <Elaine>.

—¡Cochon! —rugió el posadero—. ¡Cerdo! ¡Conque fue usted el que armó todo ese jaleo!

Dicho lo cual cogió al borracho y lo echó de un empujón a la calle.

Unos momentos después, el supuesto borracho se reunía con sus compañeros que aguardaban con el prisionero. Se había peinado, arreglado la chaqueta y sonreía con malicia.

—¿Qué hizo usted, Paquis? —le preguntaron.

Paquis rió —¡Debían de haberme visto ustedes trabajar, «¡mísieu's»! No en balde fui durante una temporada actor en Hollywood.

—¿Qué hizo usted? —repitió el que le había interrogado.

—Hacerles creer que el ruido que hicimos al apoderarnos de Wehman Mills era el jaleo que había armado un turista yanqui que iba de juerga.

Se alejaron con el cautivo. Uno de los hombres que parecía

conocer las calles de Brest, hacía de guía.

Una vez cambiaron apresuradamente de rumbo para esquivar a un gendarme y otra dieron un rodeo para no pasar junto a una parada de autobuses donde había luz y actividad.

Por fin entraron en una casa cuyas ventanas tenían corridas las cortinas.

Dentro había varios hombres, uno o dos de ellos norteamericanos, al parecer; pero los demás hablaban con el lenguaje más preciso de los ingleses.

Sólo Paquis parecía ser francés.

—Logramos detenerle, <mes enfants> —rió Paquis.

Y ordenó que Wehman Mills fuera depositado en el suelo.

Éste había recobrado el conocimiento ya, se puso en pie temblando de ira.

Mills tenía una frente muy ancha y muchas arrugas alrededor de la boca.

Sus ojos eran de soñador. Debía de tener más de sesenta años.

Miró a los hombres, y no lo hizo como si le fueran desconocidos.

—¡A mí no me toman ustedes por imbécil! —gritó.

—No pensamos intentar mejorar lo que ya se encargó de hacer la Naturaleza —sonrió uno de los ingleses—. Y haga el favor de no alzar tanto la voz.

Wehman Mills se humedeció los labios.

—¿Qué piensan ustedes hacer?

—Conservarle oculto. Eso es cuanto tenemos que hacer. Todo lo demás marcha como una seda.

En aquel momento entró en la casa otra persona. Saludó a los otros.

—Vengo del despacho del cable —dijo.

—¿Hay algún mensaje del jefe? —preguntó un hombre.

—Seguro —El recién llegado tiró un papel sobre la mesa—. Eso.

Paquis y sus compañeros se inclinaron sobre el papel, que resultó ser un cablegrama en clave; pero el mensajero lo había traducido ya, escribiendo el significado debajo. Destinatario y firma habían sido arrancados.

—Los quemé —explicó el mensajero.

Todos leyeron la descifrada misiva:

ELAINE MILLS PUDIERA DAR QUEHACER SI SE PUSIERA A

BUSCAR A SU TÍO WEHMAN MILLS STOP PROPONGO SE LA INDUZCA A CREER QUE TIO WEHMAN SE HA MARCHADO A LA INDIA STOP SERIA UNA BUENA IDEA SI PUDIERA INDUCIRSELE A QUE HICIERA ELLA TAMBIÉN EL VIAJE STOP GASTAD LO QUE SEA PRECISO PARA CONSEGUIRLO.

El meloso Paquis se meció sobre los talones y la punta de los pies y su voz felina parecía rebosar de entusiasmo cuando dijo:

—«Misieu's», ¡confiad en Paquis!

—¿Sí? —gruñó uno de los yanquis.

—¡Cuán hermosa es esta idea mía! —exclamó Paquis.

Elaine Mills se había retirado a su cuarto de «L'Auberge», al igual que los demás alojados; pero, así como los demás habían vuelto a dormirse, Elaine no se había desnudado. Hasta se había puesto las medias como si no pensara dormir.

En las manos delgadas y bien formadas de la muchacha, había unas hojas de papel que repasaba continuamente. La primera era de una agencia francesa de detectives y decía:

«Lamentamos tener que comunicarle que nos ha sido imposible hallar rastro de su tío Wehman Mills. Parece haber desaparecido por completo mientras usted y él se alojaban en el Hotel de Brest».

Había otras que decían poco más o menos lo mismo. Era evidente que Elaine Mills había recurrido a los servicios de detectives particulares para buscar a su tío, sin que ninguno de ellos hubiese podido dar con su paradero.

Sonó un golpecito en la puerta y el bigotudo posadero anunció:

—Hay un tal «monsieur» Smith que desea verla, <mademoiselle>.

Unos segundos después la muchacha contemplaba a su visitante con curiosidad, Smith era bajo y ancho, tenía cuello de toro y se asemejaba a la concepción popular de un abogado bien alimentado.

Llevaba anteojos, y una cartera de documentos debajo del brazo.

—Traigo un mensaje de su tío Wehman Mills —declaró Smith—. Soy su abogado.

—No sabía yo que tuviese abogado —contestó Elaine, con sequedad.

Smith, haciendo como el no la hubiera oído, prosiguió: —Su tío Wehman Mills se ha visto obligado a embarcar, precipitadamente, para la India...

—¿Por qué?

—No me lo dijo. Sólo me entregó los fondos necesarios parar que pudiera enviarla a usted a reunirse con él en el momento en que él me autorizara a hacerlo por cable. Aquí está lo que recibí hace unas horas.

Sacó de la cartera un cablegrama, que ofreció a la muchacha. Esta la cogió y leyó:

ESTO LLEGARA A TUS MANOS POR MEDIACIÓN MI ABOGADO SMITH. LAMENTO ENORMEMENTE HAYAS PERMANECIDO EN IGNORANCIA DE MI PARADERO. ASUNTOS URGENTES Y MUY ESPECIALES EXIGIAN MI PRESENCIA EN INDIA. TODO BIEN. SMITH TE DARÁ PASAJE VAPOR Y FONDOS PARA GASTOS. HAZ EL FAVOR DE REUNIRTE CONMIGO EN LA INDIA.

WEHMAN MILLS.

Elaine Mills alzó la vista y dijo:

—Esto resulta muy poco en consonancia con el carácter de tío Wehman.

Smith sonrió y murmuró: —Creo que todo está en orden.

Sacó de la cartera un pequeño fajo de billetes sujeto con una goma y un sobre oscuro de la clase empleada por las casas de navegación para meter los pasajes. Le ofreció ambas cosas.

—Un pasaje a bordo de un transatlántico que sale mañana para la India y dinero para gastos —dijo.

—Pero… ¿y el pasaporte? —exclamó, sorprendida, Elaine.

Smith hizo una reverencia, y dijo: —El deber de un abogado es acordarse de todo.

Y sacó un pasaporte.

Elaine lo abrió y miró, con asombro, su propio retrato.

—¡Si ésta es una fotografía mía que tenía tío Wehman!

—Su tío Wehman me la entregó antes de embarcar.

Elaine, con pasaporte, pasaje y dinero en las manos, dijo, con voz muy rara:

—Todo esto es extraño. Tío Wehman nunca habría obrado así.

Smith le dio unos golpecitos cariñosos en el hombro.

—Yo, en su lugar, no me preocuparía de eso. Su tío es algo excéntrico y supongo que sus buenas razones tendrá para hacer la que ha hecho.

Elaine suspiró.

—Es posible —dijo.

—Tendrá usted la intención de embarcar para la India, naturalmente.

Elaine vaciló; luego: —Sí —respondió.

—En tal caso, le deseo a usted feliz viaje, señorita.

Dicho esto, Smith recogió su cartera y se fue.

Unos cinco minutos después Smith se reunía con Paquis, que le esperaba, unas cuantas manzanas más allá, en un automóvil pequeño.

Paquis rió al ver a Smith.

—Nadie diría, <misieu> —afirmó,— que es usted un hombre muy buscado por Scotland Yard. Parece una persona decente.

—Guárdese las bromas para mejor ocasión —gruñó el otro.

—<0ui> —asintió Paquis—. ¿Cómo le fue?

—Se tragó el anzuelo enterito.

—¿Va a embarcar para la India?

—Eso dijo.

Paquis suspiró de satisfacción y puso el coche en movimiento.

—Una gran idea, <misicu'> —rió—. Pero, después de todo, todas las ideas de Paquis son buenas, «n'est —ce— pas»?

—Habla usted demasiado de sí mismo —gruñó el otro.

Paquis hizo caso omiso del sarcasmo.

—Elaine Mills pronto se hallará camino de la India —dijo—. Es un viaje muy largo. La muchacha, estará fuera del paso para una temporada.

CAPÍTULO VI

EL HOMBRE DE BRONCE

PAQUIS era demasiado optimista.

Elaine Mills se quedó parada en el vestíbulo de la posada, algo aturdida, contemplando los papeles que le había entregado Smith.

Contó el dinero y vió que apenas era suficiente para pagar las propinas que esperarían los camareros en un viaje tan largo; pero eso no despertó su desconfianza, porque Wehman Mills nunca había sido muy liberal.

—Pobre tío Wehman —murmuró—. Jamás has ganado mucho dinero. Ojalá haya encontrado algo ahora que le haga rico.

Consultó su reloj y vió que estaba muy avanzada ya la noche.

—Más vale que empiece a preparar el equipaje —decidió, volviéndose hacia la escalera.

Llevaba en la mano una lámpara plana de bolsillo. Aquella posada, como muchas otras de Francia, no tenía instalada luz eléctrica, porque a cierta parte de la población le gustaba vivir como habían vivido sus antepasados.

La luz de la lámpara se dirigió hacia la escalera, fue un poco más allí y brilló sobre un pequeño objeto de metal que había caído bajo una desvencijada silla antigua.

Despertada su curiosidad, Elaine se acercó y recogió el objeto. Era un reloj bastante grueso.

Elaine le dio vuelta y soltó una exclamación. Lo había reconocido. Abrió la tapa y enfocó la lámpara sobre la siguiente inscripción:

A TIO WEHMAN MILLS, DE ELAINE

Elaine Mills era una muchacha inteligente y comprendió enseguida el significado de la presencia de aquel reloj.

—Tío Wehman estuvo aquí —se dijo—. Me llamó y luego le pasó algo.

No subió la escalera; en lugar de eso, salió a la calle y se dirigió a la comisaría más cercana. Un gendarme bondadoso se hallaba de guardia.

La reconoció enseguida.

—¡Ah! Usted es la señorita que perdió a su tío —dijo, en inglés bastante bueno—. Sentimos mucho tener que decirle que no hemos hallado rastro alguno de él.

—Yo tengo un indicio —contestó Elaine.

Y le contó, en breves palabras, lo ocurrido en la posada.

—Estoy convencida de que ocurre algo anormal —declaró—. Tío Wehman intentó llegar hasta mí y le hicieron prisionero, se lo llevaron.

—Este «monsieur» Wehman... ¿a qué se dedica? —inquirió el gendarme, con curiosidad.

—Es químico e inventor.

El gendarme recogió unos papeles de encima de la mesa. Estaban sujetos todas juntos. Los consultó y luego se echó hacia atrás en su asiento.

—¿No es cierto que «monsieur» su tío Wehman estuvo metido en un lío en Norteamérica en cierta ocasión, por vender valores mineros que carecían de utilidad? —preguntó, con cortesía.

Elaine se puso colorada.

—Eso no fue culpa de tío Wehman. Tenía un procedimiento para recuperar metales que creyó iría bien. Algunas personas le apoyaron con dinero y arreglaron las cosas de forma que pudieran tragarse todos los beneficios. El procedimiento fue un fracaso y entonces se volvieron contra mi tío y procuraron mandarle a la cárcel. Fue mala gente que no supo hacer buena cara al mal tiempo. Tío Wehman perdió mucho más que ellos.

El gendarme movió, afirmativamente, la cabeza.

—¿No es cierto que «monsieur» su tío Wehman ha inventado la mar de cosas que han resultado fracasos?

—¿Qué tiene que ver todo eso con el hecho de que le haya ocurrido algo? —exclamó la muchacha.

El gendarme sonrió y dijo:

—Puede usted tener la completa seguridad, «mademoiselle», de

que investigaremos.

Pero Elaine marchó de la comisaría convencida de que la busca de Wehman Mills había topado con un obstáculo.

No porque la policía francesa fuera lenta o perezosa —en realidad era tan eficiente cono la de cualquier otro país— sino porque el descubrimiento de que Wehman Mills había tenido roces con la policía de Norteamérica había amortiguado un tanto su empeño.

Elaine se quedó parada en la calle y se mordió el labio.

—¡Maldita sea! —exclamó, furiosa.

Y dio un taconazo en el suelo.

La exclamación de ira de la joven estaba, destinada a tener consecuencias.

Por el mero hecho de que hubiese dado un taconazo en el suelo y soltado una exclamación en alta voz, muchos hombres habían de hallarse en horrible peligro y algunos de ellos habían de morir.

Un vendedor de periódicos tenía instalado su puesto a pocos metros de distancia y, no entendiendo el inglés ni siéndole posible ver la expresión que tenía la cara de la joven, creyó que lo que quería era un periódico.

Corrió a ella con un puñado de diarios y empezó a hablar en francés.

Elaine tenía suficiente experiencia de los vendedores ambulantes franceses para saber que la mejor manera de quitárselos de encima es gastarse unos céntimos comprando algo de lo que venden.

Escogió un periódico de Londres, simplemente porque estaba escrito en inglés y podría entenderlo.

Echó una mirada distraída a los titulares.

DOC SAVAGE VISITARA INGLATERRA

Allá en el fondo de la memoria de Elaine pareció despertarse algo. Leyó los subtítulos y el artículo:

SE ESPERA QUE EL HOMBRE DEL MISTERIO DESEMBARQUE EN SOUTHAMPTON ESTA NOCHE

<Clark Savage, hijo, más conocido en el mundo entero con el nombre de Doc Savage, llegará a Southampton en el vapor que procedente de Nueva York, atracará en dicho puerto esta noche.

»Es, verdaderamente, un hombre de misterio este Doc Savage. Probablemente constituye una de las combinaciones más asombrosas de

genio científico y osadía física en el mundo. Es hombre de una cultura vasta y profunda, un hombre cuyos conocimientos en los campos de electricidad, química, geología, arqueología, ingeniería, y muchos otros, no pueden ser igualados por nadie, según se dice. Se le tiene por una especie de mago mental.

»La fuerza física de Doc Savage corre parejas con su habilidad mental. Una serie de ejercicios científicos, practicados desde la infancia ininterrumpidamente, le han dado una fuerza muscular rayana en lo sobrenatural.

»Tal vez lo más extraño de este hombre sea su profesión: se dedica a ayudar a los desvalidos y a castigar a los culpables. Se dice que jamás acepta pago alguno por lo que hace.

»Doc Savage viene a Inglaterra, a ayudar a uno de sus colegas, William Harper Littlejohn, famoso arqueólogo y geólogo, que está dando ahora una serie de conferencias ante la Sociedad de Científicos.

»William Harper Littlejohn forma parte del grupo de cinco hombres asociados a Doc grupo en su singular profesión. Los otros cuatro son abogado, químico, ingeniero y experto en electricidad, cada uno de ellos famoso en su profesión. Sin embargo, se asegura que a cada uno de ellos le sobrepasa, en su propia especialidad, el superhombre Doc Savage.»

—¡Santo Dios! —exclamó Elaine.

Y miró el título del periódico, creyendo que habría comprado una especie de mentidero.

Pero el diario en cuestión resultó ser uno de los más serios publicados en Inglaterra.

El que un periódico así cantara las alabanzas de alguien, sobre todo de un norteamericano, era poco corriente. Aquel periódico, precisamente, era uno de los más dados a meterse contra todo lo norteamericano.

Elaine releyó lo que decía el periódico acerca de la profesión de Doc Savage. Luego lo dobló, lentamente, pensativa.

Estaba tratando de evocar lo que había oído decir de aquel hombre de misterio. Ahora, concentrándose, recordaba, haber oído hablar mucho de él.

Los periódicos publicaban, con frecuencia, sueltos relacionados con sus actividades. No hacía mucho, había habido un asunto en que a un criminal muy inteligente se le había ocurrido la idea de emplear un submarino en el puerto de Nueva York para escaparse y

Doc Savage se había encargado de hacerle fracasar.

Poco antes de eso, según se decía, Doc Savage había aplastado una revolución en los Balcanes. Doc Savage siempre parecía hallarse allí donde hubiese jaleo.

—Doc Savage debe traerse algo entre manos —se dijo Elaine,— de lo contrario este periódico londinense no le hubiese dado semejante bombo.

Tomó una decisión. Metiéndose el periódico debajo del brazo, recorrió rápidamente, las estrechas y oscuras calles de Brest hasta encontrar un coche.

Veinte minutos más tarde se hallaba en las oficinas de la línea, de vapores que había expedido el pasaje a la India.

Hubo la mar de discusión. El empleado francés gritó y agitó los brazos; Elaine siguió sombría, y determinada. Probablemente el hecho de que fuera una belleza la ayudó.

Por fin logró que le devolvieran el dinero del billete y sacó otro para Southampton, adonde para entonces ya había llegado Doc Savage.

Elaine había decidido solicitar su ayuda en la cuestión de su tío Wehman Mills. Estaba convencida de que le había ocurrido algo a su tío; y Doc Savage tenía fama de ayudar a cuantos necesitaban su auxilio.

Si el hombre aquel diera muestras de vacilación, Elaine tenía confianza en que su propia belleza de la que tenía pleno conocimiento, le decidiría. Esto no significaba que la muchacha dependiera por completo de su belleza.

Pero, por regla general, los hombres parecían siempre muy dispuestos a ayudarla.

A Elaine la esperaba una sorpresa cuando probara sus artes con Doc Savage.

Y también le esperaban otras sorpresas más desagradables aún mucho antes de eso.

EL empleado de la compañía de vapores quedó un poco preocupado después de marcharse la joven.

Reflexionó un buen rato, tras lo cual descolgó el teléfono y llamó a «monsieur» Smith, que había sido el que comprara el pasaje devuelto por Elaine.

Preguntó si había hecho bien en devolver el dinero.

Smith le dio las gracias y le dijo que había hecho muy bien y luego preguntó dónde había marchado la muchacha después de recoger el dinero.

Le dijeron que había sacado pasaje para Southampton.

Pidió y recibió el nombre del barco, que resultó ser uno de los que hacían, con regularidad, la travesía del Canal de la Mancha con pasaje.

El empleado colgó el auricular a continuación, con la impresión de que «monsieur» Smith era un caballero muy bondadoso y benévolo.

Se hubiera tapado los oídos si hubiese escuchado la serie de blasfemias que masculló Smith después de colgar.

¿Qué ocurre? —preguntó Paquis, que se hallaba allí.

—¡Buena la hemos hecho! —contestó Smith—. ¡Esa maldita chica se ha olido algo!

Paquis ronroneó, con suavidad:

—¡Ah! Así tendré que poner en juego mi sorprendente ingenio otra vez.

«La Colombe» es el nombre que dan los franceses a la paloma. También era el nombre del vapor en que Elaine Mills había sacado pasaje.

«La Colombe» más parecía un cuervo alcanzado por una descarga de perdigones oxidados que una paloma. La proa era chata y negra y la obra necesitaba una buena mano de pintura o un buen lavado.

La única chimenea, que tenía era muy alta y parecía demasiado grande para un barco del tamaño de «La Colombe».

Vomitaba prodigiosas cantidades de chispas y humo negro, que caían inmediatamente sobre cubierta y quemaban la ropa de los pasajeros y les ensuciaba la cara.

Elaine Mills se hallaba en su camarote; asomada a un sucio portillo, viendo cómo quedaba Brest atrás. Se hallaban más allá del trozo del puerto que servía de base naval y debido a la oscuridad, ni siquiera se veía la silueta del castillo ni de sus siete torres.

Las luces de las embarcaciones ancladas en Brest se fueron perdiendo de vista y, por fin, el parpadeo del faro retrocedió hasta no ser más que una chispa asustada de luz en la negrura de la noche.

Segura de que estaban en marcha ya, Elaine fue en busca de la cabina de radio, con el propósito de mandarle a Doc Savage un mensaje a bordo del trasatlántico, anunciándole su llegada.

No envió el mensaje. El capitán de «La Colombe» y dos de sus oficiales se hallaban en la cabina de radio, perplejos ante lo que ocurría.

Un vándalo al parecer, había pegado un golpe con un martillo a cada una de las lámparas de transmisión aprovechando unos momentos de ausencia del operador.

Elaine Mills se estremeció al oír la noticia. Se acordó de una pistola pequeña que llevaba en el bolso. Era de las empleadas para tirar al blanco y no para derribar a un hombre; pero resultaría un gran consuelo en caso de apuro.

La joven bajaba a toda prisa por un pasillo, cuando oyó un ruido detrás de ella. Se volvió, echó una mirada y abrió la boca para pedir auxilio. Había visto a aquel mismo hombre alto y moreno que había fingido ser un turista borracho en «L'Auberge» de Brest. El hombre dio un salto y plantó una mano sobre la boca de la joven, ahogando su grito.

La muchacha le mordió. ÉL soltó un gruñido, sacó un pañuelo de seda y se lo metió entre las mandíbulas. Luego la cogió en brazos y la metió en el camarote más cercano.

—Conque morder a Paquis, ¿eh? —ronroneó—. ¡Debiera darle un buen puñetazo en la mandíbula, al estilo norteamericano, «mademoiselle»!

Elaine no le hizo caso. Estaba mirando a los demás ocupantes del camarote.

Estos eran más de media docena y sólo había visto a uno de ellos antes de aquel momento, el que había desempeñado el papel de abogado, dando el nombre de Smith.

Los hombres ayudaron a atar a Elaine a una silla, sin preocuparse de las miradas que ella les dirigía. Uno de ellos ofreció su corbata para que pudiera atársela alrededor de la boca y sujetar el pañuelo que hacia veces de mordaza.

Smith se había marchado y no se supo con que objeto hasta que regresó con el bolso de Elaine. Éste fue abierto y su contenido vaciado en el suelo.

Apareció la pistola, así como el periódico, doblado.

Los hombres leyeron el diario y Paquis, haciendo honor al ingenio de que tanto se jactaba, fue el primero en darse cuenta de su significado.

—¡Ese Doc Savage! —exclamó—. «Monsieurs», la jovencita debe de haberse puesto en camino para solicitar su ayuda.

—¡Demonio! —exclamó Smith, en voz extrañamente chillona.

Se había puesto muy pálido. Se acercó al equipaje del grupo, cogió una maleta horrible, de color amarillo, que debía ser suya, y se dirigió a la puerta.

—¿«Quyatil»? —inquirió Paquis intrigado.— ¿Qué sucede, <m'sieu'>?

Smith frunció el entrecejo.

—¿No ha oído usted hablar de ese Doc Savage?

Paquis se encogió de hombros.

—«Oui», vagamente, «m'sieu'».

—¿Vagamente? Así es como le recordará después, también, si es que se encuentra en disposición de recordarle siquiera.

—¿Qué quiere decir con eso, «m'sieu'»?

—Quiero decir que el luchar contra toda la flota inglesa, resultaría menos peligroso que cruzarse en el camino de Doc Savage —respondió Smith—. Desde este momento, pueden ustedes dejar de contar conmigo. Dejen de contar conmigo en todo.

—¿Quiere usted decir con eso que renunciaría a su parte en unos millones de libras esterlinas para no tener que luchar contra ese Doc Savage? —inquirió Paquis, con sarcasmo.

—Eso es lo que quiero decir, precisamente. Y no sería luchar. Ese Doc Savage no hace más que presentarse y antes de que se haya podido uno dar cuenta siquiera de lo que pasa, le tiene a uno cogido.

—Parece haber tenido usted algún, encuentro con él —dijo Paquis.

Smith soltó un gruñido.

—Un amigo mío se empleó una vez para liquidar a Doc Savage.

—Y... ¿qué le ocurrió a su amigo? —preguntó—. Díganoslo.

Smith cambió el maletín de una mano a otra. No sólo estaba pálido su semblante, sino que sudaba profusamente.

—Algo muy raro le ocurrió a mi amigo —contestó, por fin—. Doc Savage le cogió y debió hacerle algo al pobre en la cabeza. Me

encontré con mi amigo y no me reconoció. No conocía ya a ninguno de sus antiguos compañeros. EL pobre se buscó trabajo en una fábrica de cajas de cartón y sigue trabajando allí, tan honrado como el que más. No ha vuelto a recordar nada de su vida anterior al encuentro con Doc Savage.

—Muy interesante, «oui» —dijo Paquis, con escepticismo.

—Ese Doc Savage no es un hombre corriente —prosiguió Smith, con firmeza—. ¡Es un brujo con todas las de la ley!

Paquis se echó a reír.

—Les contaré un secreto que el jefe sólo me ha participado a mí —dijo—. Uno de los hombres de Doc Savage, ese William Harper Littlejohn, cometió la tontería de invadir la vecindad de El Pantano, en busca del fantasma del rey Juan. Nuestros hombres se vieron obligados a cogerle y le tienen prisionero en estos instantes.

—¡Cielos! —gimió Smith—. ¡Podemos darnos por perdidos! Doc Savage hará...

—¡No hará nada, «m'sieu'»! —respondió Paquis—. Doc Savage ha sido engañado por nuestro estimable jefe.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Doc Savage se halla, en estos momentos, camino de América del Sur, siguiendo una pista falsa —rió Paquis.

CAPÍTULO VII

EL FABRICANTE DE ORO

DOC Savage no se hallaba camino de América del Sur.

El hombre de bronce ni siquiera viajaba en dirección al continente que descubrió Colón en su tercer viaje. Se dirigía hacia un lugar casi exactamente opuesto. Había tomado, cuidadosamente, sus medidas, adivinado que sus misteriosos enemigos vigilarían el transatlántico, Un remolcador había salido al encuentro del barco bastante fuera del puerto; se había llevado a Doc, Monk, Habeas Corpus y Ham, dejándoles en tierra en un punto donde había pocas probabilidades de que pudieran ser vistos.

La falsa partida para América del Sur había sido llevada a cabo con tal precipitación, que Monk y Ham estaban algo aturdidos y no comprendían del todo.

—¿Cómo diablos sabes que todo ese cuento que Johnny se halla camino de América del Sur es mentira? —inquirió Monk.

—¿Te acuerdas de cuanto el supuesto detective Wall —Samuels hablaba por el teléfono de la farmacia antes de que le cogierais vosotros? —dijo Doc.

Monk movió afirmativamente la cabeza.

—¿Te acuerdas que yo estuve con vosotros hasta que vimos entrar a ese hombre en la cabina del teléfono y que luego os dije que le vigilarais y le cogierais cuando saliese?

Monk volvió a afirmar con la cabeza.

—Tú diste media vuelta y te marchaste mientras nosotros le vigilábamos —dijo.

—Justo. No fue difícil dar con el sitio por donde salían los cables telefónicos y hacer un empalme.

Monk rió.

—¿Con quién habló Wall —Samuels?

—Con un caballero cuyo nombre no mencionó. Éste le explicó a grandes rasgos la historia, que había de contarnos para que nos largásemos a América del Sur.

—Pero… ¿por qué?

—Se trata de un asunto algo sorprendente, relacionado con un fantasma del rey Juan, un hombre llamado Wehman Mills y una joven que es sobrina suya.

—Sigo sin comprender por qué nos mezclaron a nosotros en el asunto —murmuró Monk.

—Johnny tuvo la culpa de eso —explicó Doc.

—¿Johnny?

—Evidentemente, Johnny fue a investigar el fantasma. Le cogieron.

—¿Que le «qué»? —aulló Monk—. ¿Cuándo? ¿Dónde?

—En los alrededores de El Pantano. Y debe de haber ocurrido a primera hora de la noche.

El hombre de bronce llamó un taxi.

—Al aeropuerto más cercano del que podamos tomar un avión para Londres —ordenó.

El coche se puso en movimiento.

Monk con aspecto levemente intrigado, preguntó: —¿Dónde vamos?

—Cuando Wall —Samuels telefoneó desde la farmacia, había ocasión de investigar la llamada y enterarse de quién era la persona, con quien había hablado— replicó Doc —. Se comunicó con un despacho que tiene un tal Benjamín Giltstein en Fleet Street, Londres.

—Benjamín Giltstein —murmuró Ham—. ¿Le has oído tú nombrar alguna vez, Doc?

El hombre de bronce movió negativamente la cabeza.

Había movimiento en el aeropuerto de Southampton a tan temprana hora, puesto que era estación terminal de varias líneas de aeroplanos establecidas entre este puerto y las islas del Canal de la Mancha.

Otra línea partía de allí a Londres y el primer avión estaba a punto de salir.

Fleet Street, que empieza en Ludgate Circus y conduce al Strand

y el «West End», es una de las calles más activas de Londres. Pero la fama principal de Fleet Street se debe a la cantidad de periódicos que allí radican.

Los principales periódicos de Inglaterra tienen allí su cuartel general, junto con editores, asociados de prensa, agentes literarios, agencias de recortes y las demás profesiones que se ganan la vida con la palabra impresa.

Los métodos de trabajo intenso moderno, han exigido muchos especialistas en ramas raras. Algunos hombres dedican en vida de trabajo a la fabricación de un tipo especial de pieza de automóvil.

En el campo literario, algunos escritores sólo producen novelas detectivescas; en el periodismo, algunos se especializan en escribir sueltos sobre la bolsa, a exclusión de todo otro asunto.

Benjamín Giltstein era especialista. Su fuerte era la publicidad.

Si un actor quería ver su nombre en los periódicos, lo mejor que podía hacer era dirigirse a cualquiera que ejerciese la profesión de Giltstein.

El agente idearía «trucos» que pasarían por noticias, escribiría artículos, se lo daría a los periódicos y algunos de ellos aparecerían impresos.

Si un magnate industrial desease que su negocio tuviese una eficiente publicidad, acudiría a uno de estos agentes que siendo especialista, conocía la mejor manera de conseguir que el periódico publicara la propaganda creyendo que lo que hacía era dar noticias.

Benjamín Giltstein era hombre corpulento, de encarnado rostro. Usaba monóculo colgado de una cinta. El periodista que se encontraba apurado, siempre podía, sacarle unos cuantos dólares a Giltstein.

Estaba muy a bien con la prensa, porque ese era su negocio. Los periodistas a quienes hacia favores corresponderían a ellos haciendo que fueran publicadas sus cosas.

A aquella temprana hora de la mañana, se estaban, reuniendo periodistas soñolientos en las oficinas cómodamente instaladas que tenía Benjamín Giltstein en Fleet Strect. Todos se quejaban de que les hubieran privado del sueño; pero Giltstein les había telefoneado diciendo que tenía una noticia que haría estremecer al mundo.

La voz de Giltstein parecía rebosar de entusiasmo. En el pasado, el agente de publicidad siempre había sido franco, advirtiendo a los

periodistas cuando intentaba hacer publicidad.

No era buena política intentar engañar a la gente de prensa, como bien sabía Giltstein.

Temiendo que el agente tuviera, en efecto, una gran noticia, los periodistas no se habían atrevido a faltar. Pero llegaron llenos de escepticismo, se arrellanaron en las lujosas sillas y preguntaron qué pasaba.

—Es una cosa muy grande, señores —insistió Giltstein—. Cuando se hallen todos aquí, hablaré.

El agente de publicidad conocía a la mayoría de los principales periodistas de Londres pero se presentaron dos a los que no lograba recordar.

No llegaron juntos.

Uno de ellos era hombre de anchas espaldas, afeitado, de semblante muy pálido, que llevaba lentes de cristal muy grueso y con montura de carey.

Tenía un estómago tremendo y andaba cojeando. Fumaba por añadidura, un puro grande y de un olor insoportable.

EL segundo extraño, que llegó cosa de media hora después, era delgado, con dos grandes dientes de oro en la parte delantera de la boca y una expresión de perpetua hosquedad.

Tenía enormes rodilleras en los pantalones y el traje entero estaba pidiendo a gritos que lo mandaran al quitamanchas. Hablaba con un pronunciado acento latino.

—Trabajo para la Unión de Prensa Italiana —explicó—. Acaban de darme el empleo.

El otro, el del estómago grande, dijo que era un periodista nuevo del <Crown Daily>.

Benjamín Giltstein repartió puros buenos y luego respiró profundamente, sacando mucho el pecho.

—Señores, ¡estoy a punto de contarles una de las cosas más grandes del siglo XX! —dijo grandilocuentemente—. Lo que estoy a punto de decirles, es muy posible que cambie por completo el curso de la existencia económica del mundo. Es colosal, estupendo… como diría un productor cinematográfico norteamericano.

—Déjese de preámbulos y vaya al grano —propuso un periodista —. Nosotros ya veremos si vale la pena dedicar al asunto una línea o dos en una página interior.

Giltstein pareció armarse de paciencia..

—Publicarán ustedes la noticia en primera plana. Todos los periódicos del mundo lo publicarán en primera plana.

—¿De qué se trata?

—¿Saben ustedes cuáles son los ingredientes de que se compone el agua del mar? —preguntó Giltstein de pronto.

—De agua —dijo uno.

—De agua salada —dijo otro,— con ballenas, tiburones y peces surtidos.

—Por favor, tomen ustedes la cosa en serio. El agua del mar contiene en solución, unos treinta y dos de los ochenta elementos conocidos. En el agua del mar encontrarán, además de sal, cloruro de magnesio, sulfato de cal, cobre, zinc, níquel, plomo, cobalto, magneso, bromuro, clorina…

—Lo creeremos bajo palabra —le interrumpió un periodista—. ¿Adónde quiere usted ir a parar con todo eso?

—Existen, actualmente, instalaciones que extraen bronusia del agua del mar en cantidades comerciales —dijo Giltstein.

—¿Intenta usted conseguir publicidad para una de ellas? —preguntó otro periodista.

—¡No! —respondió con brusquedad el agente de publicidad—. Cállense y escuchen. Se halla presente otra substancia en el agua del mar. ¡El oro!

Nadie dijo una palabra.

—¡Oro! —repitió Giltstein, dramáticamente.

—¿Es aquí donde tenemos que aplaudir todos? —inquirió uno de los periodistas, con sarcasmo.

Benjamín Giltstein empezaba a sudar. Los periodistas parecían sentir mucha frialdad hacia los agentes de propaganda aquella mañana.

—El oro se encuentra en el agua en estado de suspensión coloidal —dijo—. Hay aproximadamente, unos diez millones de dólares de oro en una milla cúbica de agua. Existen, aproximadamente trescientos millones de millas cúbicas de agua de mar sobre la tierra. Eso nos da como valor total del oro que hay en el mar…

—¡No lo diga! —gimió un periodista—. No mientras esté yo sin un centavo. Oiga, ¿qué es lo que quiere usted decirnos

exactamente?

—Señores; ha sido descubierto un medio comercial de extraer el oro del agua del mar —anunció Benjamín Giltstein.

Los periodistas digirieron la información, como conocían por experiencia, los métodos de los agentes de publicidad, ponían en cuarentena cuanto de ellos procediera.

Sus empleos dependían en gran manera, de que tomasen semejantes precauciones.

—No hay nada que hacer por ahí —dijo uno de ellos, bruscamente—. Nosotros hemos de publicar la noticia y alguien se ocupa de descargar acciones de una compañía para explotar esa idea. ¿No es eso?

—Por el contrario, le sería a usted imposible comprar una sola acción de esta compañía aunque ofreciera por ella un millón en dinero contante y sonante —replicó Giltstein, sin vacilar.

—¿Cuándo ha de construirse la instalación para extraer el oro? —preguntó alguien.

—Está construida ya.

Se enderezaron todas las orejas al oír esto. Con ello se salía la historia de la categoría de sueño del agente de publicidad y se convertía en una noticia.

—¿Dónde está situada? —inquirió el periodista cojo y de estómago grande.

—¿Ha oído usted hablar alguna vez de Isla Magna? —preguntó Giltstein, a su vez.

—Sí; es una isla pequeña cerca de aquí. Goza, del privilegio de ser una monarquía independiente bajo nuestro protectorado; pero no nos paga impuesto alguno y nosotros los ingleses no tenemos voz ni voto en su gobierno ni en nada de lo que allí ocurre.

—Se hablaba de que un financiero norteamericano que huía de la ley —intercaló otro periodista—, tenía la intención de comprar la isla y nombrarse a sí mismo rey, para estar seguro.

—Isla Magna fue comprada recientemente —dijo Giltstein, con tranquilidad—. Y la instalación para extraer oro del agua del mar está funcionando ahora allí.

—¿Puede usted demostrarlo, amigo? —inquirió el periodista italiano.

—Estoy dispuesto a demostrar todo lo que he dicho —respondió

el agente, con brusquedad—. Si quieren ustedes proporcionare aviones, tendré mucho gusto en acompañarles a Isla Magna donde les será enseñada la instalación que está extrayendo oro del mar. Es más, puedo garantizarles que cada uno de ustedes recibirá una pequeña muestra de oro marino como prueba.

—¿Podemos llevar a un técnico?

—Indudablemente.

Un periodista, que aun sentía escepticismo, preguntó:

—Escuche, Giltstein: ¿está seguro de que no se trata aquí de un plan para vender acciones y obligaciones a todo gas?

—Puedo asegurarle que no se trata de tal cosa.

—¿Quiénes el científico que está extrayendo el oro del agua del mar?

Benjamín Giltstein dio una entonación dramática a sus palabras.

—Un inventor norteamericano —dijo, que se llama Wehman Mills.

La reunión se deshizo a continuación, porque los periodistas querían telefonear la noticia a sus diarios respectivos, así como conseguir permiso para visitar Isla Magna Como no había más que un teléfono en el despacho del agente de publicidad, los periodistas se dispersaron.

Cosa rara, el periodista panzudo y cojo y el del acento italiano y cara hosca se reunieron en un rincón del vestíbulo de abajo.

—Esa panza te sienta divinamente, Monk —rió el que había usado el acento italiano.

El otro contestó: —Hermoso traje ese que llevas, Ham.

El semblante de Ham, que se había vuelto risueño, recobró de nuevo su hosquedad. Odiaba el traje que se había puesto como disfraz.

Es dudoso que aun sus íntimos hubieran podido reconocer a Monk y a Ham.

Doc Savage se había encargado de los disfraces y lo había hecho bien.

Monk se dejó de personalismos y preguntó:

—¿Qué opinas tú de ese asunto de la extracción de oro de agua del mar?

—Fantasía pura.

—Por el contrario —le aseguró Monk;— eso puede hacerse. Se

ha hecho incluso en pequeña escala en el laboratorio; pero el coste de la recuperación ha sido siempre superior al valor del oro recuperado.

Ham se encogió de hombros.

—Más vale que consultemos a Doc.

Abandonaron el edificio, tiraron calle abajo y entraron, en un hotel pequeño.

Doc Savage ocupaba una de las habitaciones y estaba sentado junto a un teléfono. El cerdo de Monk (Habeas, Corpus) se encontraba también en el cuarto.

—He estado haciendo unas llamadas —dijo Doc—. Parece ser que Johnny alquiló un aeroplano que le condujo a Swineshead, pueblo vecino a El Pantano. Johnny hizo indagaciones, por las tabernas del pueblo, acerca del fantasma del rey Juan; Luego desapareció y no ha vuelto a vérsele.

—Todo este asunto es la mar de raro —gruñó Monk.

¿Qué averiguasteis en el despacho de Benjamín Giltstein?

Monk y Ham le contaron la historia de la extracción de oro de agua del mar y la invitación que había recibido la Prensa para que visitara Isla Magna.

¿Qué hacemos de eso del oro? —inquirió Ham.

—En vuestra calidad de periodistas visitaréis la isla y examinaréis la instalación —contestó Doc—. Siendo Monk uno de los químicos más grandes del mundo, debiera darse cuenta de sí se trata de una impostura.

—Pero… ¿y si averiguan que no somos periodistas?

—No es fácil que ocurra eso. He llegado a un acuerdo con los periódicos que fingís representar. Vuestros nombres figuran en la nómina de dichos diarios para el caso de que alguien quisiera investigar.

Ni Ham ni Monk hicieron comentario alguno, porque estaban acostumbrados a que Doc se acordara de todos los detalles, por muy insignificantes que pareciesen.

—¿Qué harás tú, Doc? —inquirió Monk.

—Es preciso que encuentre a Johnny.

—Tal vez sea mejor que te acompañemos —propuso Ham.

—No. Vosotros cuidaos de la instalación extractora de oro. Y procurad averiguar todo lo posible de ese Wehman Mills al que

achacan el descubrimiento del sistema.

—Le haremos una entrevista —rió Monk.

—Lo pongo en duda.

—¿Hum? ¿Por qué?

—A juzgar por la conversación telefónica que sorprendí entre Wall —Samuels y el misterioso jefe de la organización, parece ser que Wehman Mills se les ha escapado a la cuadrilla y andan intentando encontrarle. Esto ocurrió en Brest. Daba la casualidad que Wehman tenía una sobrina allí.

—Quizá sea conveniente que uno de nosotros se encargue de investigar en Brest —propuso Monk.

—Ya nos cuidaremos de eso más adelante —dijo Doc—. Johnny ha de venir primero. Y creo que conseguiréis vosotros mucho más investigando con respecto a Benjamín, Giltstein y su cuento de la instalación.

—¿Cómo encajaría Wehman Mills en este asunto? —se preguntó Monk, en alta voz—. Y... ¿qué será todo esto'?

CAPÍTULO VIII

EL SAMARITANO

ELAINE Mills, a bordo de «La Colombe», estaba haciéndose, mentalmente, las mismas preguntas que Monk había traducido en palabras.

Sus intentos por dar la alarma habían resultado inútiles y empezaba a sentirse asustada de verdad. Estaba fuertemente atada y amordazada.

Hasta aquel momento no tenía la menor idea de lo que se ocultaría tras todo aquel jaleo, aun cuando había escuchado toda la conversación de los que la habían hecho prisionera.

Paquis se hallaba ausente. Llevaba fuera algunos minutos cuando volvió y guiñó un ojo a sus compañeros.

—He decidido cómo deshacernos de la muchacha —dijo—. Ahora somos médicos, <m'seiu's>. Desempeñen ustedes bien su papel.

—¿Se ha vuelto usted loco? —preguntó Smith.

Paquis sacó un frasquito del bolsillo.

—Esto, «m'sieu's», es una droga que hará que a «mademoiselle» se le trastorne la cabeza. Hará que le entre sueño y luego, que se quede sumida en una especie de estupor.

—No acabo de entenderlo —murmuró Smith.

—Somos médicos —repitió Paquis—. La desgraciada «mademoiselle» que se encuentra bajo nuestros cuidados, padece de accesos de locura y no tenemos más remedio que conservarla bajo la acción de las drogas. La llevamos a una institución inglesa.

—¿Quiere decir con eso que la vamos a meter en un manicomio?

—Justo —sonrió Paquis.

—No saldrá bien.

—Por el contrario será muy sencillo. Nuestro jefe se encargará de arreglarlo. «Mademoiselle» dejará de estorbarnos.

Smith soltó un resoplido.

—Reconozco que a ustedes no se les escapa detalle —dijo—. Y tienen salida para todo.

Paquis se puso la mar de orondo al oír esto. Se metió los pulgares en los bolsillos del chaleco y se meció sobre los talones.

—Los ingleses no son lentos en soltar a la gente de los manicomios, «m'sicu's» —sonrió—. Elaine Mills quedará encerrada unos meses... y mucho antes de eso nuestro proyecto actual quedará terminado.

Elaine Mills permaneció completamente inmóvil en su asiento, relajados los músculos para que las cuerdas no le hicieran tanto daño.

La sirena del vapor sonaba a intervalos, prueba de que debían hallarse metidos en una de las brumas tan frecuentes en el Canal.

Pero Elaine apenas oyó el lúgubre sonido.

Al principio, la forma en que aquellos hombres habían pensado deshacerse de ella no le había parecido especialmente terrible; pero ahora, al reflexionar, la perspectiva no resultaba nada agradable.

Un manicomio sería infinitamente peor que una cárcel. Y se hallaría en una situación en que resultaría de todo punto imposible hacer nada por su tío.

Los loqueros hacían, muy poco caso de lo que dijeran las personas encomendadas a su cargo. Si contaba lo que le había ocurrido aquella noche, se tomaría como fantasía de un cerebro enfermo.

Elaine Mills se puso de pronto, tan tiesa en su asiento como se lo permitieron sus ligaduras. Luego pareció desmoronarse y su barbilla se apoyó en su pecho.

—¿Qué demonios le ocurre a esta maldita muchacha? —gruñó Smith.

Paquis miró a la joven, dubitativo.

Luego se acercó y le tomó el pulso. A continuación, escuchó su respiración; pero no pudo oírla.

—«Depechezr vous»! —explotó—. ¡Aprisa! ¡Desaten a «mademoiselle»!

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió Smith.

—¡Quítenle la mordaza! —ordenó Paquis.

Smith rugió:

—¡Escuche, amigo! ¡Yo le pregunté…!

—¿Ha oído usted hablar alguna vez de que la persona que sufre de amigdalitis puede asfixiarse al ser amordazada? —inquirió Paquis—. No pueden respirar más que por la boca y una mordaza les estrangula.

Smith corrió a ayudar a quitar la mordaza. Escuchó a ver si se oía respirar a la muchacha, no pudo lograrlo, y dio muestras de brusca preocupación.

—Si se ha muerto… ¡en menudo lío estamos metidos! —gimió.

—Sólo se ha desmayado, «m'síeu'» —replicó Paquis,— ¡pero es preciso que la hagamos volver en sí o pudiera morir!

Elaine Mills era una muchacha llamativamente hermosa y es dudoso que hombre alguno, por muy despiadado que se considerase, pudiera evitar dar muestras de preocupación por su estado.

Además, la muerte de la muchacha interesaría enormemente a la policía inglesa, y ésta tenía fama de ser muy difícil de evadir.

No sólo le quitaron la mordaza a Elaine, sino que la desataron y la colocaron sobre una litera. Le dieron masaje en las muñecas y unos golpecitos en las mejillas; pero nada ocurrió, salvo que sus miembros parecieron ponerse algo rígidos.

—¡Traigan agua, por favor! —exclamó Paquis—. «Non»! ¡No se preocupen! ¡La traeré yo mismo!

Corrió al lavabo y abrió el grifo. Un grito de sobresalto le hizo girar sobre sus talones. Se le desorbitaren los ojos.

Llegó a tiempo para ver cómo salía Elaine Mills por la puerta.

—¡Esa maldita, chica nos ha engañado! —rugió Smith.

Elaine Milla bajó corriendo el pasillo. No se hacía ilusiones acerca de su huida y de la estupidez de aquellos hombres.

No eran estúpidos. Se habían dejado engañar por una de las estratagemas más vistas, simplemente porque Elaine era hermosa. Un hombre, en iguales circunstancias, nada hubiera adelantado.

Le habría salido mal la combinación. Una muchacha bonita, a punto de morírseles, al parecer, en las manos, les había hecho olvidar su cautela habitual. Elaine había cerrado de golpe la puerta del camarote de que había escapado. La oyó abrirse. Sin volver la

cabeza comprendió que Paquis, Smith y los demás habían emprendido la persecución.

Había un pasillo transversal y la muchacha tiró por él. La alfombra estaba muy desgastada y brillante, y Elaine por poco resbala y cae.

—¡Auxilio! —gritó.

Nadie había a la vista y las máquinas de vapor estaban haciendo un ruido considerable. Lo más probable es que nadie la hubiese oído.

Siguió corriendo, sin dejar de gritar. Empezó a adquirir el convencimiento de que no podría llegar al final del pasillo y salir a cubierta antes de ser alcanzada.

Tenía los miembros entumecidos aún como consecuencia de la presión de las ligaduras y no los podía mover con toda soltura.

—¡Auxilio! —gritó, con desesperación.

Delante de ella, a la izquierda, se abrió la puerta de un camarote.

Elaine no se paró a mirar quién la había abierto. Agachando la cabeza se metió dentro. Su hombro chocó contra alguien.

El individuo con quien había tropezado soltó una exclamación de sobresalto.

La voz era masculina, pero la oscuridad no permitía distinguir sus facciones.

Asiendo la puerta, Elaine la cerró. Encontró cerradura, cerrojo... Lo echó y saltó a un lado. Creía capaces a sus perseguidores de disparar a través de la madera.

—Una belleza en apuros, ¿eh? —murmuró una voz bastante agradable.

Quien hablaba era el ocupante del camarote en que se había refugiado la muchacha. Esta le estudió con curiosidad.

Vió a un joven bastante musculoso, con ojos azules muy abiertos, boca entreabierta, y dientes blancos y fuertes, y un rostro curtido por el sol.

El joven tenía menos de treinta años y su cabello era castaño y rizado. Tenía quitada la camisa y sostenía en una mano una máquina de afeitar y en la otra un tubo de pasta de jabón.

—¿Qué significa esto exactamente? —preguntó.

—¡Chitón! —dijo Elaine.

Oía a sus perseguidores fuera. Pasaron de largo con gran ruido de pasos, llegaron a cubierta y a juzgar por los sonidos, volvieron atrás, abriendo una tras otra, las puertas de los camarotes. Elaine cerró los puños, con ansiedad.

—¿No puede usted esconderme aquí, en algún sitio? —le preguntó al joven.

—No sé por qué he de hacer yo tal cosa —contestó él.

—¡Esos hombres me persiguen! —exclamó Elaine.

El joven la miró.

—O mucho me equivoco —dijo,— o cualquier hombre la perseguiría. Es usted lo bastante bonita para ello.

—¡Con toda seguridad me matarán si me atrapan!

—¡Ah! —exclamó el joven—. Eso ya es distinto.

Tiró máquina y jabón sobre la litera, abrió un maletín y sacó una enorme pistola.

—Eso de matar, ya lo veremos —dijo, sombrío—. ¿Quiénes son?

—Sólo sé el nombre de dos de ellos: Paquis y Smith —susurró Elaine—. Hay otros con ellos. Pertenecen a una cuadrilla que le ha hecho algo a mi tío Wehman Mills.

Elaine y su nuevo paladín escucharon los sonidos del corredor. Éstos habían cambiado de calidad. Se oían muchas voces, algunas de las cuales la muchacha no había oído antes. Comprendió enseguida lo que ocurría.

—Los oficiales del barco han oído el ruido y han venido a investigar —dijo con voz que expresaba alivio.

Asió la puerta y se dispuso a abrirla, con la intención de salir.

El joven le quitó la mano del cerrojo.

—¡No sea usted tonta! —dijo.

Elaine Mills le miró extrañada, y dijo:

—Voy a salir y acusar a esos hombres. ¿Por qué es eso una tontería?

—¿Están armados?

—Sí; claro que sí.

—Entonces, no sea usted tonta —repitió el joven—. Sólo conseguiría que la mataran a usted y que matasen a los oficiales. Estos, seguramente, no llevarán armas. Hasta es posible que me maten a mí también.

Recapacitando, la muchacha comprendió que no dejaba de tener

razón. Se apartó de la puerta.

—¿Qué he de hacer, pues? —preguntó.

—Quedarse aquí y, dentro de poco, iré a ver al capitán y le contaré su historia. Usted puede quedarse aquí entretanto.

—No me quedaré aquí. A lo mejor me encuentran durante su ausencia.

—Le dejaré mi pistola.

—Es usted muy amable.

—Me llamo Trump. Henry Trump.

Fuera, las voces se alejaban. La puerta era lo suficientemente gruesa para que no pudieran comprender lo que se decía; pero la felina voz de Paquis funcionaba a toda marcha, inyectando «oul» y «m'sieu's» en cada frase.

—Es usted norteamericano, verdad? —le preguntó Elaine a Henry Trump.

Él movió afirmativamente la cabeza.

—De Missouri. Una tía me legó unos miles de dólares en la esperanza de que con ellos me establecería por mi cuenta. He estado usando el dinero para conocer Europa.

—Turista —murmuró Elaine.

—Culpable —rió Trump.

—Creo que esos hombres se han ido —dijo.

—Esperaremos un poco aún. Oiga, ¿es usted casada?

—¿Cómo?

—Que si está unida indisolublemente a algún hombre por lazos matrimoniales.

—No. Y esa pregunta me parece la mar de impertinente.

—Seguro —rió Trump—. Pero es que de pronto, se me antojó de suma importancia saberlo.

—¿Hay alguna otra cosa que le interese saber? —inquirió Elaine, haciendo que su voz sonara todo lo más fría posible.

—¡Vaya! Quisiera conocer su historia.

Y como a la muchacha no se le ocurrió motivo alguno para no contársela, empezó a hacerlo, a partir de lo ocurrido en «L'Auberge».

Henry Trump la escuchó emitiendo leves silbidos de sorpresa y mirando de soslayo las atractivas facciones de la muchacha. Difícil hubiera sido decidir cuál de las dos cosas le interesaba más.

—Un misterio de órdago, ¿eh? —sonrió, cuando hubo acabado la joven—. Elaine, me va a gustar esto. Parece como si empezaran a ocurrir cosas a mi alrededor ya. Es decir, si piensa usted permitirme que la ayude.

—No quiero que hagan daño a nadie —respondió ella.

—Por mi no se preocupe —rió Trump—. Aquí tiene mi pistola. Voy a hablarle al capitán.

Elaine cogió el arma, se cercioró de que sabría dispararla y luego Henry Trump se fue del camarote.

—Estaré de vuelta dentro de unos instantes —susurró, antes de cerrar la puerta.

CAPÍTULO IX

EN MANOS DEL ENEMIGO

HENRY Trump al volver al camarote, cerró rápidamente la puerta, echó el cerrojo y se apoyó en ella. Su rostro reflejaba preocupación.

—¡Valiente manera de salir las cosas! —murmuró.

Con los ojos muy abiertos, Elaine le preguntó: —¿Qué ocurre?

En lugar de responder, el joven la miró de pies a cabeza.

—No —se dijo en alta voz,— no puede estarlo.

—¿Estar qué?

—Chiflada.

—¡Hombre! ¡Eso sí que me gusta! —exclamó Elaine, con enfado.

—No se sofoque —le aconsejó Trump, sombrío—. Al capitán de este barco le han convencido de que es usted una loca que va camino de un manicomio inglés.

—¡Conque Paquis y sus compañeros le han dicho eso!

Elaine se dirigió a la puerta.

—Déjeme salir de aquí. Ya aclararé yo eso.

—¡Quiá! El capitán este es muy cabezota. Perdería usted el tiempo con él. Le digo que Paquis le ha convencido. Le he oído hablar yo a ese Paquis. Es una cosa muy seria. Casi llegó a convencerme a mí de que era médico de verdad y que usted era su paciente.

Elaine agitó la pesada pistola.

—En cuanto me haya encarado yo con él, Paquis no le dirá ya nada a nadie.

Henry Trump pareció experimentar interés.

—¿Le pegaría usted un tiro?

—No; pero le asustaría hasta hacerle perder esa voz felina.

Henry Trump rió; pero sacudió, negativamente la cabeza.

—Podría resultar una distracción muy agradable; pero no conduciría a ninguna parte. Sólo serviría para convencer al capitán del barco de que, en efecto, no estaba usted bien de la cabeza. Probablemente la encerraría a usted.

La sirena emitió un lúgubre y prolongado silbido, y la muchacha, aguardó a que se hubiera apagado el eco.

—Tengo que hacer algo —declaró.

—Quédese aquí hasta que atraquemos en Southampton —sugirió el joven—. Me quedaré con usted hasta que vengan los camareros. Vendrán porque van a registrar el barco para ver si la encuentran. Usted se puede meter en el armario de la ropa y yo les convenceré de que no está usted aquí.

Elaine nada respondió.

—Bueno, pues a ver si se le ocurre a usted algo mejor —sugirió Trump—. Cuando se hayan marchado los camareros, la dejaré sola si quiere. Colocaré una gandula fuera, junto al portillo y puede usted dar un grito si me necesita.

—No sé cómo podré agradecerle a usted todo esto —sonrió Elaine.

—¿Me quejo yo, acaso? —contestó el otro—. Mire; lo más cerca que he llegado a estar de desempeñar el papel de héroe con una muchacha tan bonita como usted, ha sido cuando he estado viendo una película.

Elaine dijo, apresuradamente:

—Hay una cosa, más que podemos hacer.

—¿Cuál?

—Enviarle a Doc Savage un mensaje diciéndole que se ha dejado engañar.

—La idea es magnífica. Pero creí que el aparato de radio de este barco había sido destrozado por Paquis y su cuadrilla.

—A lo mejor lo han arreglado ya.

—En tal caso ¿cómo sabremos en qué barco viaja Doc Savage?

—Podemos averiguar qué vapores salieron anoche para América del Sur y mandar un mensaje a todos ellos —Miró al joven con curiosidad—. Oiga: no parece entusiasmarle a usted la idea.

Henry Trump rió, avergonzado.

—Si quiere que le diga la verdad, temo que Paquis y los suyos darán con nosotros.

Elaine Mills dijo con voz decidida:
—Yo voy a la cabina de radio.
—Yo la acompañaré. Pero creo que estamos corriendo riesgos innecesarios.
Abrieron la puerta del camarote y se asomaron con cautela. No viendo a nadie, salieron. Elaine iba envuelta en un gabán que le prestó su acompañante.
Doblaron una esquina y vieron a un marinero con mono, que de rodillas en el suelo, daba brillo a los metales y lavaba la madera.
—No deje que ese marinero le vea la cara —susurró Trump.
Se hallaron al nivel del hombre cuando éste metió el trapo con que estaba limpiando, en el cubo de agua. Pero, en lugar de agua, extrajo del fondo del cubo un revólver.
—¡Estos cartuchos son impermeables! —advirtió, sombrío—. ¡No se muevan ustedes!
Henry Trump había dicho que tenía gana de hacer algo y en aquel instante dio muestras de que no había mentido. Se echó hacia adelante con sorprendente rapidez, soltó un puntapié y el revólver del falso marinero rodó por el pasillo.
Soltando un rugido, el hombre retrocedió, se metió la mano debajo de la camisa y sacó un cuchillo.
Henry Trump cogió el cubo de agua y se la tiró a la cara. El otro masculló una maldición y se llevó la mano a los ojos, cegado por el chorro de agua y jabón.
—¡Vamos! —exclamó Trump y asió a Elaine del brazo.
Dieron la vuelta, para huir, y se quedaron como petrificados. Se habían abierto las puertas de los camarotes cercanos y Paquis, Smith y los otros asomaron, pistola en mano. Henry Trump intentó sacar su arma.
—«Non»! —aconsejó Paquis, con vehemencia.
Trump lo pensó mejor y alzó los brazos.
—Comprendemos que «mademoiselle» habría entrado en uno de los camarotes —rió Paquis—. Mediante el juicioso uso de unos cuantos francos, logramos poner a fregar a uno de nuestros hombres, sirvió de vigía.
—Parecen creerse ustedes que son muy listos —gruñó Trump.
—Más listos que usted «m'sieu'» —murmuró Paquis, animosamente—. Va usted a arrepentirse de haber conocido a esta

linda señorita.

—¡Narices! Acuérdense bien de lo que les digo: van a pagar cara esta faenita.

Elaine Mills y Henry Trump, amenazados por las pistolas, tuvieron que someterse a que les ataran las muñecas. Luego les metieron mordazas en la boca.

—<Mademoiselle> no volverá a engañarnos —le aseguró Paquis a la muchacha.

No les ataron los tobillos y se los obligó a caminar hacia una de las puertas.

Uno de la cuadrilla salió y exploró las inmediaciones y regresó diciendo que no había moros en la costa.

Gracias a la llovizna y a la niebla, la cubierta estaba casi desierta. Nadie vio cómo conducían a los prisioneros hacia popa.

Paquis dio unas órdenes. Fueron arrancados dos salvavidas de la borda y, con trozos de cabo cortados de alrededor de los botes salvavidas, los sujetaron a los prisioneros.

Cada uno de los salvavidas llevaba atada una especie de lata.

Elaine miró, con los ojos desmesuradamente abiertos de horror, mientras cogían a Henry Trump lo alzaban y lo tiraban al agua. A continuación recibió ella el mismo trato.

La muchacha tocó el mar con un golpe terrible. Vió cómo se alejaban los oxidados costados del barco, giró repetidas veces en las agitadas aguas y casi fue arrastrada debajo del vapor por la succión de las hélices.

Casi ahogándose, impedida la respiración por la mordaza volvió a salir a la superficie.

Oyó el ruido producido por el barco, vió su negro bulto perderse en la oscuridad y ya no quedó más que la acuosa soledad del Canal de la Mancha.

Elaine se vió mecida bruscamente por las olas, porque las aguas aun estaban alborotadas por el paso de la nave. Las olas se estrellaban contra el salvavidas y le salpicaban la cara.

No debía faltar mucho para el amanecer; pero la niebla y las nubes de lluvia hacían profunda la oscuridad.

De pronto, sonó una especie de rugido sibilante y una luz deslumbradora se alzó casi a su lado. La muchacha cerró los ojos y luchó por desatarse del salvavidas; pero estaba demasiado bien

atada.

Era dudoso que hubiera podido mantenerse a flote mucho rato, sin embargo, con las manos atadas.

Entonces se dio cuenta de dónde salía aquella cegadora luz. Era la lata que iba atada al salvavidas. Era una luz moderna, de seguridad: una lata de substancias químicas que se encendían al contacto con el agua y que arderían durante mucho rato. Su objeto era facilitar la tarea de encontrar a una persona que se cayera al agua durante la noche.

La niebla, sin embargo, impediría que la viese nadie desde la cubierta de <La Colombe>.

Elaine tiritaba y hacía esfuerzos desesperados por desatarse, cuando recibió una sorpresa.

—¡Elaine! —gritó una voz masculina, cerca de ella.

Un momento después, apareció Henry Trump en la luz, nadando con su salvavidas. Tenía las manos sueltas y se había quitado la mordaza.

En aquel momento la lata atada al salvavidas del joven se encendió, despidiendo una luz tan viva, que no pudieron verse el uno al otro.

Por encima de ellos, el trueno se dejaba oír sin cesar y la lluvia caía con más furia, formando una blanca espuma sobre las verdosas aguas.

—¡En valiente trance nos encontramos! —exclamó Trump, sombrío—. ¿A qué distancia de tierra estaremos?

Le contestó una serie de gritos y Trump, acordándose de pronto, le quitó la mordaza a la muchacha.

—Demasiado lejos —contestó ésta, tiritando—. Yo no soy gran nadadora.

Trump se puso a trabajar en las ligaduras de Elaine y pronto la desató.

Luego trabajaron juntos y ataron los dos salvavidas el uno al otro, para no separarse.

—Escogieron un medio muy raro para deshacerse de nosotros —gruñó Trump.

—Eso es lo que no comprendo. ¿Por qué nos ataron a salvavidas antes de tirarnos al agua?

—¡Escuche!

Elaine aguzó el oído. Al principio, no se oyó más ruido que el producido por la combustión de las substancias químicas de las latas.

Luego la joven percibió un sonido que se parecía al producido por un timbre lejano, de los que emiten un zumbido. Este se fue haciendo mayor.

—Un aeroplano —decidió el muchacho.

Antes de mucho rato apareció el avión, con dos brillantes luces de aterrizaje en las puntas de las alas. El avión bajó hacia el agua, cosa que sólo podía intentar un hidroplano grande. Amaró.

Asomó un hombre y, con las dos piernas y un brazo enroscados a los vientos, alargó un bichero en dirección de Trump y Elaine. Resultó hábil.

Un momento después éstos entraban en el camarote del hidroavión.

Había otros tres hombres dentro. Elaine los miró. Estaba segura de no haber visto a ninguno de ellos anteriormente.

—Nos hemos visto negros para dar con ustedes —dijo uno de ellos—. Creímos, durante un rato, que nos iba a ser imposible ver las luces en la niebla.

—¿Nos estaban buscando? —exclamó Elaine, sorprendida.

—¡Claro que sí!

—Pero… ¿por qué?

El hombre sacó un revólver niquelado, lo agitó lentamente, y dijo:

—Tal vez no lo supieran ustedes; pero no han hecho más que cambiar de vehículo.

Henry Trump gritó, iracundo:

—¡Conque son ustedes cómplices de Paquis, Smith y su cuadrilla!

—No me avergüenza reconocerle —rió el hombre—. Ese Paquis es casi la mitad de listo de lo que él cree ser; pero con ello ya resulta un señor la mar de listo, en verdad.

Elaine se quedó boquiabierta.

—Pero… ¿a qué toda esa complicación de tirarnos al agua para que nos recogiera este aparato?

—Para ahorrar líos. Al capitán de ese barco se le ocurrió la peregrina idea de hacer que la Policía de Southampton investigara

la historia de la muchacha loca.

Elaine y Henry Trump se miraron.

—¡Ojalá hubiese sabido yo eso! —gimió él.

Uno de los hombres sacó cuerdas delgadas, pero fuertes, y se dispuso a atar a Elaine y a Trump.

—¿Dónde vamos? —inquirió la muchacha.

—A visitar a su estimado tío Wehman Mills —gruñó el otro—. Claro que no le gustará a usted eso… ¡Ni pizca!

Otro hombre rió.

—Háblales del otro invitado que tendrán por compañía —dijo:— un eminente arqueólogo y geólogo llamado William Harper Littlejohn.

—¡Habláis demasiado todos! —exclamó el piloto del aparato.

EL hidro avión se deslizó por la superficie del agua, metiendo enorme ruido los motores. Por fin empezó a dar saltos de ola en ola, produciendo tales sacudidas, que amenazaron con desprenderse las alas.

Los rostros del piloto y pasajeros reflejaron aprensión. Fue un momento de peligro, aliviado tan sólo al elevarse por fin, el aparato en la media luz del amanecer.

El hombre de las cuerdas reanudó su tarea de atar a los prisioneros. Luego sacó unos pañuelos que, evidentemente, habían de servir como mordazas.

—¡Lo vais a pasar muy mal! —amenazó Trump—. Doc Savage está mezclado en este asunto.

—Doc Savage se encuentra camino de América del Sur —contestó el otro, con una mueca de satisfacción.

CAPÍTULO X

LA PISTA DEL REY JUAN

LA niebla envolvía El Pantano. Era una niebla especialmente húmeda, tanto, que depositaba glóbulos en los juncos que componían casi la totalidad de la vegetación de la marisma.

El sol parecía un ojo rojizo y débil, por encima de la bruma.

EL único vestigio de vida animal que se observaba era alguna que otra ave acuática; Pero ni estos emplumados anfibios daban muestras de gran energía en un día que habiendo empezado con un cielo despejado, habíase vuelto tan húmedo y desagradable.

Había movimiento en El Pantano, sin embargo, pero era movimiento furtivo, cuidadosamente llevado a cabo para no ser observado.

Doc Savage seguía la pista de Johnny. Los relatos del pueblo acerca del fantasma del rey Juan, le habían proporcionado un indicio del posible paradero de Johnny.

Las huellas del arqueólogo no habían sido difíciles de hallar, porque el barro de El Pantano era blando y retenía la señal de las pisadas.

Eran anormalmente largas y delgadas aquellas huellas de Johnny, indicando, con exactitud la constitución casi esquelética del hombre que las había dejado.

Las huellas permitían deducir dónde había merodeado el científico en busca del espectro del antiguo monarca inglés o de algo menos fantástico que explicara los rumores que circulaban. Luego llegó al punto en que Johnny se había encontrado con el merodeador nocturno.

Doc Savage escudriñó con interés las huellas del individuo a quien había visto Johnny. Reconoció enseguida que la pisada

aquella era la de una sandalia antigua.

Encontró también la señal que dejara la espada que Johnny le había quitado al fantasma y tirado al suelo.

Luego encontró las señales hechas durante la pelea en que Johnny había vencido a su extraño adversario. Los juncos estaban pisoteados y la hierba arrancada donde se había efectuado la lucha.

En aquel punto Doc vió otro juego de huellas: de hombre también. Este era el que había dado el golpe a Johnny en la cabeza, dejándole sin conocimiento.

Parecía haber dos fantasmas del rey Juan.

El tercer hombre, después de darle el golpe a Johnny, parecía haberse marchado a rastras, ocultándose entre la vegetación tal vez mientras el fingido espectro interrogaba a Johnny. Luego había vuelto y ambos fantasmas se habían llevado al científico.

Doc siguió las huellas. Se mantuvo muy pegado al suelo, aun cuando apenas parecía haber necesidad de ello y en vista de la niebla.

La gran marisma, como quedaba inundada en parte por las mareas a veces, estaba surcada aquí y allá por riachuelos, grietas que las violentas corrientes de la marea habían abierto.

En aquellos instantes la marea parecía estar alta y estas grietas estaban llenas o rebosantes.

Doc perdió la pista a la orilla de una de ellas. La cruzó nadando, con unas cuantas brazadas que indicaban una extraordinaria habilidad natatoria, y examinó la otra orilla. Quedó convencido de que a Johnny le habían subido a bordo de una embarcación.

Empezó a avanzar por la orilla del riachuelo. Puesto que era imposible deducir en qué dirección había viajado la embarcación, lo único que podía hacer era seguir el curso del riachuelo, primero en dirección al mar; luego tierra adentro.

A cosa de media milla del lugar en que Doc Savage se hallaba, veíase una extraña figura agazapada entre los juncos.

El individuo en cuestión tenía una barba muy poblada, usaba un traje de malla muy ajustado y un jubón de seda blanca. Una enorme espada de dos filos estaba clavada de punta en el barro, delante de él.

El individuo en sí presentaba un cuadro exótico. Se parecía mucho a un monarca del siglo XIII, al rey Juan.

Pero se había echado hacia atrás la especie de yelmo para poderse poner un casco telefónico moderno. El cordón de éste comunicaba con una caja de aparatos eléctricos.

De dicha caja partían hilos conectados a dispositivos enterrados en el suelo y a otros que colgaban dentro del agua del riachuelo que Doc Savage acababa de cruzar en aquel momento.

Se trataba de un aparato de escucha equipado con micrófonos muy sensibles, lámparas amplificadoras y casco. Recogía los más leves sonidos de agua y tierra y les daba una amplificación enorme.

El chapuceo de un pez a un cuarto de milla de distancia sonaba como un enorme chasquido.

El escucha desconectó el casco del aparato aquel y lo enchufó en un aparato portátil de radio. Habló por el micrófono.

—Alguien se acerca —advirtió.

—¿Sabe quién es? —preguntó una voz por radio.

—No; pero parece venir en esta dirección.

—Dele una dosis del papel de espectro de rey Juan —ordenó la voz lejana—. Asústele para que se vaya de aquí.

El rey Juan recogió su espada, limpió el barro de la punta, examinó la hoja para asegurarse de que estaba tan afilada como una navaja de afeitar y luego echó a andar hacia delante.

Avanzó algo encorvado, postura que su forma de vestir hacía difícil, y se detuvo con frecuencia para frotarse la dolorida espalda y descansar los músculos.

Pero era necesario moverse de aquella manera para evitar que asomara la cabeza por encima de los juncos.

El hombre se detenía con frecuencia, y aplicaba un oído a tierra. Nada oyó.

Después de repetir esta operación varias veces, pareció preocupado. Empezó a buscar huellas.

Por fin encontró el sitio por donde Doc Savage había cruzado el riachuelo.

Pero a Doc no se le veía por ninguna parte.

Intentó seguir el rastro de Doc Savage, Logró hacerlo durante unos cien metros. Lo que descubrió le hizo morderse los labios. Gruesas gotas de sudor perlaron su frente.

Pero, era evidente que Doc Savage le había oído acercarse y que le estaba siguiendo los pasos a él, a su vez.

El hombre de la cota de malla no dio muestras de gran terror; pero sí de preocupación. Se metió la espada debajo del brazo, sacó una pistola muy moderna de debajo del jubón y la conservó en la mano.

Luego se dedicó a buscar, cuidadosamente, al intruso. No pudo encontrar a nadie.

Andando cautelosamente, esquivando los trechos en que los juncos eran mas altos, el hombre volvió al lugar en que tenía escondido el aparato de radio y el de escuchar.

Usó este último. No oyó sonido alguno que no pudiera ser explicado por causas naturales.

Cambió el aparato de radio y se puso en contacto con sus asociados.

—Ocurre algo muy raro —dijo—. No me ha sido posible encontrar a ese hombre; pero si descubrir sus huellas. Creo que me está siguiendo a mí.

—¿Un hombre solo?

—Uno nada más, a juzgar por las huellas. ¿Qué hago?

—Dé muestras de estar asustado —ordenó la voz—. Recoja sus aparatos y siga el riachuelo por la orilla derecha.

—Pero... eso le conducirá a...

—No se preocupe de eso. Nosotros nos encargaremos de ese individuo. ¿No le ha visto? ¿No tiene la menor idea de cuál es su aspecto?

—No.

La conversación se dio por terminada. El rey Juan recogió los aparatos, como se le había ordenado y echó a andar por la orilla del riachuelo.

El aire se iba haciendo algo más cálido y, por consiguiente, más opresiva la niebla. De vez en cuando soplaba una ráfaga de aire por El Pantano, haciendo que la niebla se retorciera y danzara en nebulosos trazos.

Estos, al ser vistos inesperadamente, tenían un parecido enervador con figuras que avanzaran deslizándose y el rey Juan apuntó a más de uno de ellos con su pistola, creyendo que le atacaban.

El hombre no había abandonado su vigilancia. Estaba seguro de que había un intruso en la marisma, pero la extraordinaria

habilidad que éste tenía para ocultarse, le ponía los nervios de punta.

El terreno se hizo más alto y más seco. El riachuelo que seguía, apenas tenía movimiento y su agua era verde, de un color muy sucio.

Un pájaro acuático echó a volar con ruidoso batir de alas, arrastrando las patas durante unos instantes por el agua.

El rey Juan avanzó otros cien metros. Por las mallas le corría el sudor, porque la armadura era pesada y también pesaban lo suyo las cajas de aparatos eléctricos.

La nerviosidad y los esfuerzos físicos le tenían casi agotado. Por fin, al dar un traspiés, soltó las cajas y se sentó sobre ellas, jadeante.

Cuarenta pasos a su izquierda. Y un poco atrás, un arma de fuego se disparó, repercutiendo la detonación por toda la marisma.

EL rey Juan se alzó bruscamente. Creyó, al principio, que le atacaban. Pero no se oía el silbido de ninguna bala cerca de él. Sonaron más disparos.

Una ametralladora dejó oír su tableteo. Los disparos sonaban por ambos lados y atrás. Había hombres de pie entre la hierba y los juncos.

Todos ellos llevaban vestidos estilo rey Juan y eran ellos los que disparaban.

Al disparar, cargaron por el camino que acababa de recorrer el primer rey Juan.

Éste comprendió, enseguida, lo ocurrido. Sus compañeros habían preparado una emboscada para coger al misterioso individuo que le estaba siguiendo.

Debían de haberle visto ya.

Soltando los aparatos eléctricos, el primer rey Juan se unió a los otros.

Olvidó, por completo su fatiga. Alcanzó a un hombre con armadura, que llevaba un fusil ametralladora.

—¿Viste ad tipo ese? —preguntó.

—¡No muy claro! Estaba entre los juncos. Sólo le vi un segundo. Pero ése no se nos escapa. —Gritando, usando sin cesar sus armas, los reyes Juan fueron convergiendo en la orilla del río. Tenían a la pieza acorralada.

Un hombre gritó de pronto. El cañón de su arma escupió fuego;

el mecanismo empezó a lanzar proyectiles.

Se oyó un chapuzón.

—¡Le di! —aulló el que disparaba.

Corrieron a la orilla del agua. El terraplén de barro estaba señalado como si un cuerpo hubiera rodado por él. Del agua verdosa empezó a surgir una serie de burbujas.

—Ahí abajo está —rió el rey Juan que había disparado.

—Tiraos al agua y sacadle —propuso alguien.

—¿Con estos trajes de hojalata? —exclamó otro—. ¡Se quedaría uno en el fondo!

Dos hombres intentaron despojarse, apresuradamente, de la armadura; pero hacía falta tiempo para conseguirlo. Gruñeron, maldijeron, se hicieron daño en los dedos y adelantaron muy poco.

Otro rey Juan, más despabilado, rebuscó en una especie de mochila que llevaba y sacó un manojo de barras atadas unas a otras con cordel.

Era dinamita, con fulminante y mecha ya. Empleó un encendedor para prender la mecha.

—Largaos de aquí aprisa —advirtió.

Inclinándose hacia adelante, dejó caer cuidadosamente, el paquete de dinamita en medio de las burbujas que aún estaban saliendo del agua.

El explosivo se hundió, lentamente, hasta desaparecer y sólo el humo, que salía del agua denotó su presencia.

El hombre dio media vuelta y echó a correr. Debido a la armadura, tenía que hacerlo de un modo especial. Se enredó en los juncos y cayó, mascullando maldiciones.

Una gran sábana de agua saltó por la ribera, llegó hasta el caído y le barrió de pies a cabeza, haciéndole dar una voltereta completa.

Una llamarada iluminó la niebla y surgió una columna de humo. La tierra pareció encogerse y recobrar, nuevamente, su posición normal.

La concusión dobló juncos y hierba en una extensión enorme y se alzaron varios pájaros, asustados. El riachuelo parecía haberse convertido en burbujeante barro y el agua que la explosión había echado fuera, volvía a deslizarse a su cauce, con un gorgoteo.

El que había tirado la dinamita se puso en pie, blasfemando aún, y echando agua por la armadura. Corrió al río. Sus compañeros se

reunieron con él.

Se quedaron mirando, aguardando.

—Algún pedazo del cadáver debiera salir a flote —murmuró uno.

—Es probable que la explosión lo incrustara en el barro —dijo el responsable.

—¡Mirad! —exclamó otro. El río estaba revuelto y muy fangoso, pero estaba adquiriendo un color marcadamente encarnado.

—¡Sangre! —dijo uno.

—¿Qué os parece si nos largáramos de aquí? —preguntó el primer rey Juan.

Se alejaron.

CAPÍTULO XI

LA INSTALACION DE LA MARISMA

EN ningún punto de El Pantano tenía la vegetación más de un metro ochenta, de altura.

Pero en algunos lugares había pequeños promontorios cuya altura era un poco mayor y que, por consiguiente, podían verse en la distancia.

Había bastantes de éstos, sin embargo, para que ninguno de ellos se destacara más que los otros.

Una media docena de estos promontorios se hallaba cerca de la orilla del río en que había explotado la dinamita. Allí, el río era más ancho y menos profundo, casi un lago.

Los juncos que sobresalían marcando aquellos promontorios no eran naturales; pero hubiera sido preciso examinarlos con atención para darse cuenta de ello, aun hallándose cerca.

Los juncos y la hierba sobresalían con naturalidad; habían sido tratados con pintura verde, o tal vez tinte. En otros puntos no había más que pintura sobre hojas de hierro galvanizado; pero el trabajo se había hecho con habilidad.

El «camuflaje» era perfecto.

Los cobertizos eran bajos y bastante extensos. Eran de madera cubierta de hojalata, con pintura y juncos y hierba teñidos encima.

Uno de los cobertizos, lindante con el agua, contenía un hidroavión. Era grande, fuerte, construido más bien para dar buen rendimiento en el trabajo que para conseguir grandes velocidades.

No se veía con claridad qué contendrían las otras construcciones; pero de una de ellas salía un leve rumor que resultaba inaudible a los pocos metros y que un experto hubiera reconocido como el zumbido de un motor excelentemente

amortiguado.

El grupo de reyes Juan se aproximó a los disimulados edificios. Andaban aprisa y todos iban sudando.

Paquis salió de la cabaña en que funcionaba el motor. Llevaba una cazadora, pantalón corto y botas de agua.

Apareció también Smith, atraído por el ruido de los hombres. Estaba manchado de barro de pies a cabeza y llevaba un trapo grande en una mano. Se enjugó la cara con él.

—«Bonjour, m'sieu'» —dijo Paquis, con sequedad—. ¿Qué es lo que les hace volver tan excitados?

—¿Qué demonio ha ocurrido? —inquirió Smith, a su vez—. ¿Ha habido algún contratiempo?

Los reyes Juan se dejaron caer al suelo, jadeantes y, el que había empleado la dinamita contó la historia. No omitió detalle alguno.

—¿Quién era ese hombre a quien voló usted? —preguntó Paquis.

—No le vimos la cara. Ni siquiera vimos lo bastante de él para formarnos una idea de su aspecto.

—Pero el cadáver, «m'sieu'» —murmuró el francés—. ¿No lo examinaron detenidamente ustedes?

—Voló en la explosión.

—¿Y los restos?

El otro se encogió de hombros.

—Sólo vimos la sangre.

—«En verité»! —estalló Paquis—. ¡Vamos!¿No buscaron ustedes fragmentos del cuerpo aquel?

El otro volvió a encogerse de hombros.

—La sangre...

—¿Soy yo el único que tiene dos dedos de frente? —aulló Paquis —. Debieron ustedes de asegurarse, «m'sieu's». Tal vez sólo estuviera herido el hombre.

Paquis agitó los brazos y se puso a soltar adjetivos en su idioma natal. Fue bastante explícito en lo que se refiere a la familia de sus colegas.

—Volveremos a asegurarnos —dijo con brusquedad—. ¡Pronto!

El regresar a la orilla del riachuelo requirió media hora, porque los reyes Juan estaban cansados. Maldecían el peso de su armadura a cada paso y algunos se detuvieron para quitarse los pesados trajes.

EL riachuelo aun estaba agitado y lleno de barro. Las aves acuáticas volaban en circulo por encima y no habían vuelto a posarse todavía.

A una orden de Paquis, dos reyes Juan se quedaron en paños menores y se echaron al agua.

Salieran con fragmentos de cristal. Éstos fueron reconocidos y se comprobó que habían formado parte de dos minúsculos frascos.

No se encontró otra cosa.

—«Cela est impossible!» —murmuró Paquis—. Es imposible, «Oui». Debiera haber, por lo menos, aunque no fuera más que un trozo pequeño del cuerpo.

—Tal vez se lo haya llevado el agua —gruñó Smith.

—Tal vez, «m´sien'» —reconoció Paquis;— pero no podemos correr riesgos.

—¿Qué importa todo eso? —exclamó Smith, con un resoplido—. Acabamos aquí hoy, después de todo.

Paquis movió afirmativamente la cabeza.

—Pero nadie, «m'sicu'», debe sospechar que existe relación alguna entre esto y nuestra encantadora combinación de Isla Magna.

Smith soltó otro resoplido.

—Si alguien desconfía de Isla Magna, será porque ese agente de publicidad, Benjamín Giltstein, no habrá sabido hacer bien las cosas.

—Giltstein es muy astuto —dijo Paquis—. Ya se encargará él de que salga a la perfección su parte.

Discutieron un rato más y, como no parecía haber nada que hacer allí ya, regresaron a los cobertizos.

Reinaba el silencio alrededor de éstos. El motor seguía funcionando. Un hombre estaba agazapado tras unas matas, vigilando, con el fusil ametralladora en las rodillas.

—Nada por aquí —anunció.

Paquis entró en otro de los cobertizos. No permaneció dentro mucho tiempo.

—Seguiremos adelante con el trabajo hasta que quede terminado —dijo, al volver—. He consultado con nuestro jefe.

—El jefe se está tomando la mar de molestias para no asomar la cara —gruñó un hombre.

—El jefe no quiere correr riesgos, <m'sieu'> —dijo Paquis—. Es muy inteligente.

Lo que en boca de quien, como Paquis, estaba acostumbrado a jactarse tanto de su talento, resultaba una alabanza muy alta en verdad.

Se reanudó el trabajo, entrando los hombres en el cobertizo. Se oía, de vez en cuando, el ruido de herramientas.

Los hombres no salían a descubierto, porque los cobertizos se comunicaban entre sí mediante pasillos cubiertos También se observaba actividad en el cobertizo en que se hallaba el hidroavión. Un hombre trabajaba en el motor.

Una vez cesó por completo toda actividad al volar por encima un avión en dirección al Norte. La marisma yacía sumida en el más profundo silencio, sin que se oyera el menor ruido que delatara lo que estaba sucediendo.

La única prueba de que la civilización se hallaba cerca, era aquel aeroplano.

Salvo por su llegada, la marisma seguía tan desierta como si se hubiera encontrado en algún rincón deshabitado del mundo y no a pocas millas de las fértiles haciendas que emigrantes holandeses habían arrebatado a aquella pantanosa sección de Inglaterra, con la misma laboriosidad de que su raza había dado pruebas al convertir trozos del Zuider Zee en terreno fértil.

Paquis se sentó ante un aparato transmisor y receptor de radio y habló suavemente. El equipo era de poca potencia y es dudoso que sus ondas llegaran más allá de los confines de El Pantano.

Más tarde, de acuerdo con las órdenes de Paquis, empezaron a llegar reyes Juan y a quitarse la pesada armadura con alivio.

Era evidente que numerosos hombres disfrazados todos igual, habían estado estacionados por distintos puntos de la marisma para alejar a cualquier visitante por el miedo o por la violencia.

El único atractivo que tenía la marisma era la caza de aves acuáticas y no era temporada de caza.

Las barbas postizas, las armaduras y las espadas de dos filos de que se componía el disfraz de los reyes Juan, fueron atados en montones y tirados en las arenas movedizas vecinas que se las tragaron rápidamente.

—Será preferible que estacionemos un centinela con los aparatos

de escucha, <m'sicu's> —decidió Paquis.

Y destacó a un hombre con unos aparatos eléctricos.

El hombre se internó solo unos cuantos metros por entre los juncos; luego se arrodilló para conectar los aparatos.

Inesperadamente, se oyó un leve ruido al lado suyo, como de algo que se rompiera. Bajó la mirada. Había unas partículas brillantes en el suelo; parecían de finísimo cristal y descansaban en una mancha de líquido que pareció evaporarse con mágica rapidez.

El hombre exhaló un profundo suspiro y cayó exánime, junto a sus aparatos.

Un gigante de bronce salió de entre los juncos se acercó y tomó el pulso al caído. Le latía con fuerza. Por añadidura, parecía, estar roncando.

Lo que se había roto al lado del centinela era una ampolla de cristal llena de una composición química que se evaporaba instantáneamente y hacía perder el conocimiento a quien la respirara.

Doc Savage llevaba un chaleco singular debajo de la ropa. Estaba compuesto de ligeras planchas a prueba de bala, colocadas como si fueran escamas.

Por encima de las mismas había bolsillos y numerosos receptáculos. Gracias al relleno que había entre medio, el chaleco apenas se notaba.

EL contenido de los bolsillos era surtido y asombroso. Había delicados dispositivos mecánicos, extrañas armas científicas, pomos de cristal con productos químicos preparados para conseguir los más sorprendentes efectos.

Dos de aquellos pomos le habían permitido al hombre de bronce simular la muerte en el riachuelo. Uno de ellos contenía un líquido que al mezclarse con el agua producía burbujas; en el otro había, simplemente una sustancia de tinte rojo, parecido a sangre.

Doc Savage, viéndose acorralado y no queriendo ser reconocido, se había echado al río nadando debajo del agua hasta hallarse fuera de peligro.

Había estado fuera del río cuando echaron dentro el explosivo.

Avanzó como un espectro por entre la niebla. Delante de él se alzaba la extraña estructura de la marisma.. Se dejó caer al suelo y pareció desvanecerse, reapareciendo después cerca de la pared de

un cobertizo.

La superficie era de hojalata, pintada de verde claro para imitar juncos que crecieran en el barro. La pintura parecía fresca, como si no hiciera mucho tiempo que hubiese sido aplicada. Doc aplicó un oído a ella.

Muy cerca, el motor amortiguado seguía funcionando. Se oía una especie de suspiro leve, como si funcionaran bombos y, de vez en cuando, un ruido sibilante.

Doc Savage quedó convencido de que el cobertizo junto al que se hallaba estaba ocupado. De vez en cuando alguien cambiaba de posición.

Una voz dijo:

—Esta inactividad cae bajo la nomenclatura de vocación desmesuradamente molesta.

Doc Savage permaneció muy callado; pero surgió un extraño y minúsculo sonido. La nota era tan vaga que hubiera podido confundirse fácilmente con el rumor de alguna ráfaga de aire.

Era un sonido parecido al que pudiera hacer la brisa al atravesar un bosque frío y deshojado, o podría haber sido el trino de algún ave cantora exótica.

Aquel era el sonido de Doc Savage. Un sonido minúsculo que emitía con frecuencia en momentos de tensión.

Pero poseía el trino tal ventrílocua calidad, que un observador vecino, que mirara al hombre de bronce, no hubiese podido adivinar de dónde procedía.

Los labios metálicos no se movían. Los músculos de la garganta no sufrían la menor alteración perceptible. Es dudoso que el propio Doc supiera exactamente cómo producía el sonido.

El trino debió de llegar hasta el interior de la cabaña. La voz que hablara antes volvió a hablar. No fue en inglés, francés, ni idioma alguno del llamado mundo civilizado.

Fue en el idioma de una raza perdida, de los antiguos mayas. Era una lengua que sólo unos cuantos blancos conocían y los habitantes de un valle remoto de América del Sur, que Doc Savage había visitado en cierta ocasión en busca de un inmenso tesoro de la antigua Maya.

—Hay un guardián aquí, Doc —dijo la voz en dicho idioma.

Era la escolástica voz de Johnny.

—¿Qué demonio está usted diciendo? —rugió el centinela, dirigiendo una torva mirada al geólogo.

—Una cantinela calculada para arrancarle una sonrisa a la Fortuna —contestó Johnny, con sequedad.

El centinela frunció el entrecejo, tratando de comprender las palabras del otro.

—¡Cierre el pico! —le aconsejó.

—Soy individuo dotado de una superabundancia terminológica —anunció Johnny—. Soy verboso, y me interesa enormemente las intrincaciones de la alocución.

—¡Uf! ¡Qué manera de hablar! —exclamó el centinela—. ¿Querrá usted callarse?

Echó mano a la pistola; pero sin gran decisión. Parecían intrigarle las polisílabas palabras de Johnny.

Éste siguió hablando. Había oído el trino de Doc y sabía que se hallaba cerca. En sus angulares facciones no apareció el menor indicio de excitación; pero tenía vivo interés en distraer la atención del guardián, para que Doc pudiese poner en práctica cualquier plan que pudiera habérsele ocurrido.

—El arte de la arenga —advirtió—, es la esencia de la erudición, uno de los puntos culminantes de la cultura. Es...

Una nube metálica pareció llenar la puerta de la cabaña. Se volvió con rapidez de relámpago corriendo hacia el guardián.

Este debió darse cuenta instintivamente de que le amenazaba algún peligro.

Giró sobre sus talones. Abrió la boca; alzó la pistola. Pero sus movimientos parecían infinitamente lentos en comparación con la velocidad del gigante de bronce.

Dedos metálicos asieron la mano que sujetaban la pistola y la desarmaron.

Otra mano halló la boca del hombre, juntándole fuertemente los labios para que no pudiera gritar.

Doc Savage dejó caer la pistola y llevó la mano a la nuca del guardián. Los dedos se pusieron en tensión ejerciendo una presión enorme sobre ciertos centros nerviosos.

Ocurrió una cosa singular. El guardián sufrió una enorme sacudida y luego se quedó completamente tieso, Doc le dejó caer al suelo. El guardián seguía conservando el conocimiento y quería

moverse; pero experimentaba una extraña parálisis.

Johnny le miró con curiosidad. No era la primera vez que le veía hacer aquello a Doc Savage, pero seguía asombrándole.

Pasarían muchas horas antes de que el guardián recobrase el uso de sus miembros, a menos que Doc reajustara los nervios para aliviar la presión paralizada. Los sorprendentes conocimientos que tenía el hombre de bronce de la anatomía humana hacían todo aquello posible.

Doc Savage se inclinó sobre Johnny, asió los eslabones de las esposas y sus enormes tendones se pusieron en tensión. Los músculos resaltaron en sus espaldas como pelotas.

Los ojos de Johnny se abrieron desmesuradamente al romperse la cadena.

Sabía la fuerza que era preciso emplear para ejecutar semejante proeza. Era cosa que muy pocos hombres forzudos profesionales hubieran podido hacer.

—¿Qué está pasando aquí? —inquirió Doc.

—Maldito si lo sé —respondió Johnny—. Han tenido mucho cuidado en no decírmelo.

Doc alzó una mano, en advertencia.

—¡Escucha!

Johnny aguzó el oído.

—¡Alguien viene!

CAPÍTULO XII

LA COPA DEL REY JUAN

ERA Smith el que se acercaba. Se había puesto las botas de agua y una de ellas debía de tener un agujero porque hacía un ruido esponjoso al andar.

Tenía quitada la chaqueta y se le veía el correaje que sujetaba una pistola debajo de cada uno de sus brazos.

Llegó a la cabaña en que se hallaba el prisionero se agachó y miró hacia el interior.

Johnny estaba sentado en el suelo, con las manos juntas delante, para que pareciera que seguía esposado. La débil luz brillaba sobre las anillas de las esposas.

Smith se quedó boquiabierto al ver al guardián tumbado en el suelo.

—¿Qué demonios....? —gruñó.

—Su carcelero parece haberse encontrado con acontecimientos muy poco propicios —dijo Johnny.

—¡Al demonio con usted y con sus palabras kilométricas! —exclamó Smith—. ¿Qué lo ha hecho usted a ese hombre?

—No le he molestado en absoluto.

Smith, sin desconfiar y furioso con Johnny, entró en el cobertizo, llevándose una mano a la pistola del sobaco izquierdo. En aquel instante sufrió un pequeño accidente.

Dio un traspiés, medio se volvió, y bajó la mano libre para no caer.

Esto hizo que se volviera hacia Doc Savage, que se encontraba junto a la puerta.

Smith siguió luchando por desenfundar la pistola y, como ésta se hallaba colgada en el lado más cercano a Doc, alzó la mano que la

cubría y empezó a apretar el gatillo. Eso fue un error, porque se le encasquilló inmediatamente.

Con un revólver, tal vez le hubiera sido posible disparar así, pero no con una pistola.

Doc avanzó. Smith dio media vuelta y echó a correr. Su rostro reflejaba el más vivo terror, porque había reconocido a Doc Savage y todos los temores que antaño le inspiraba el hombre de bronce volvieron centuplicados.

Smith no se dirigía a la puerta; la pared de hojalata del cobertizo le cerraba el paso. Agachó la cabeza, se la protegió con las manos y pegó contra la pared a toda velocidad.

La construcción no era muy segura; la hojalata cedió y el asustado hombre salió.

Johnny se alzó del suelo, furioso.

—¡Qué suerte más perra! —exclamó—. ¡Qué desgracia más desmesurada!

Se había armado un tumulto imponente en la vecindad. Voces masculinas gritaban, y blasfemaban. Smith aullaba como si le estuviese desgarrando las carnes un tigre. Su voz expresaba el más profundo terror.

Dentro de la cabaña, se oyó de pronto, un ruido como si un gigante tuviese un puñado de perdigones enormes y los estuviese dejando caer, uno tras otro, sobre el tejado. Se abrieron grietas.

El ruido del plomo al repiquetear contra la hojalata hacía que el tableteo lejano de la ametralladora resultara casi indistinguible.

Los disparos se interrumpieron. Fue posible oír cómo resbalaban hacia el suelo los juncos teñidos del tejado, segados por los tiros anteriores.

—¿Cuántos hay aquí? —preguntó Doc.

—Una docena, con seguridad.

—Vamos —dijo Doc;— más vale que salgamos de aquí.

El hombre de bronce se acercó a una de las paredes de hojalata, se puso de costado y la atravesó con la misma facilidad que si la lata hubiera sido papel.

Johnny le siguió.

Uno de los reyes Juan, sin su disfraz ya, había estado cerca de la pared. El ruido producido por Doc al atravesarla le hizo dar un salto atrás.

Alzó la pistola.

Lo que ocurrió entonces pareció milagroso. La pistola tronó; pero el proyectil no dio en el blanco, porque Doc se había movido con rapidez de relámpago.

Con los ojos desorbitados, el hombre intentó disparar por segunda vez.

No pudo hacerlo.

Dedos metálicos le asieron por la nuca, se retorcieron. El rey Juan dejó caer los brazos y todo su cuerpo pareció ponerse rígido.

Cuando Doc le soltó, el hombre permaneció derecho unos instantes, como si fuera un tronco en pie, y cuando cayó lo hizo como lo hubiese hecho un tronco, rígidamente, sin doblarse. Una vez en el suelo, respiraba y tenía los ojos abiertos; pero ninguno de sus miembros funcionaba.

Doc Savage se llevó una mano al interior de la ropa, sacó una minúscula esfera de metal y la tiró. La bola pasó por encima del tejado del cobertizo, cayendo entre los hombres que había al otro lado.

Se abrió con un estallido parecido a una palmada. Empezó a salir humo negro y a extenderse a una velocidad pasmosa.

Aullando, Paquis y sus hombres huyeron del negro palio, temiendo que contuviese gas. Se retiraron ordenadamente sin embargo.

Se metieron en otro de los cobertizos y, después de transcurridos unos diez segundos, empezaron a salir otra vez, poniéndose máscaras antigás.

Johnny dijo con sequedad: —Van a luchar, Doc.

EL hombre de bronce hizo señas con las manos, luego se agachó y empezó a deslizarse por entre los juncos.

Johnny, al seguirle, iba muy callado, El humo, que seguía enroscándose como una serpiente al salir del huevo metálico que había tirado Doc, les ocultaba de momento.

Paquis y sus hombres intentaban averiguar su paradero mediante el oído.

Doc parecía un silencioso fantasma de bronce. Johnny avanzaba con sumo cuidado. Era muy posible que sus vidas dependieran de no ser oídos, porque se hallaban al descubierto ya.

Los juncos y las hierbas no detendrían las balas.

Recorrieron unos cien metros. Las espasmódicas ráfagas de aire empezaron a alejar la nube de humo de los cobertizos. Paquis empezó a dar órdenes.

—Van a seguirnos la pista —murmuró Johnny que tenía la costumbre de olvidarse de usar palabras grandes cuando se encontraba en un trance difícil.

La contestación de Doc Savage a eso fue detenerse y emplear un dedo para practicar un pequeño agujero en el suelo.

En él enterró una de sus ampollas anestésicas. La dejó cerca de la superficie, donde la romperían los pies al pisarla. Como el gas era inodoro, dejaría sin conocimiento a los descuidados.

—Pero… ¡si llevan máscaras antigás! —observó Johnny.

—Tal vez se las hayan quitado ya cuando lleguen aquí. La niebla les empañará los cristales y las máscaras les resultarán más estorbo que otra cosa.

Los dos hombres siguieron avanzando. Estaban empapados de humedad.

Doc fue dejando enterradas más ampollas.

Al cabo de un rato oyeron gritos de sorpresa y horror. Como había supuesto Doc, debían haberse quitado las máscaras y se había roto una de las ampollas al ser pisada.

No vieron cuántos hombres habían quedado sin conocimiento. La persecución, sin embargo, había cesado de repente.

Johnny, escuchando atentamente, no pudo adivinar lo que hacían sus enemigos.

—Están volviendo a los cobertizos —dijo Doc.

Johnny movió afirmativamente la cabeza, nada sorprendido por aquella prueba de la finura de su oído. Doc había desarrollado todas sus facultades hasta un punto casi increíble.

Lo conseguía mediante ejercicios científicos practicados desde su infancia durante dos horas todos los días.

Johnny reflexionó. Apenas respiraba fuerte. Su huesudo cuerpo tenía una resistencia asombrosa y no era aquella la primera vez que se había encontrado en un trance difícil.

—Piensa —le pidió Doc—. ¿No oíste nada que pudiera dar una idea de lo que están haciendo aquí, en la marisma?

—Me vendaron los ojos cuando me trajeron aquí —contestó Johnny, muy despacio—. Lo que vi fue insignificante.

—El motor parecía estar haciendo funcionar un compresor —afirmó Doc.

Johnny asintió con la cabeza.

—Sí; una, bomba o algo parecido. La categoría especifica a que la aplicación es afín, se me escapa de momento.

El huesudo arqueólogo volvía a usar palabras largas ahora que se había retirado el peligro.

—¿Hueles algo? —inquirió Doc.

—Sólo el desagradable aroma de este terreno.

—Amoniaco —dijo Doc.

Johnny olfateó de nuevo.

—Exacto —dijo, por fin—. Lo confundí con el olor característico de la marisma. ¿Le encuentras tú algún significado especial?

Doc dijo: —Es preciso que echemos una mirada a la instalación.

Se oyeron unas cuantas detonaciones. Un oído inexperto las hubiera tomado por tiros.

—EL escape de un motor —dijo Doc.

Un instante después el motor se puso en marcha. Era el de un aeroplano, porque se oía al propio tiempo el ruido sibilante producido por la hélice.

Llegaron a sus oídos gritos.

—¿Van a darnos caza desde el aire? —gimió Johnny.

—No te preocupes. Tengo bombas de humo suficientes para que no puedan vernos.

Se dirigieron nuevamente hacia los cobertizos.

Pero, antes de que se hallaran cerca, el avión arrancó. EL aparato se deslizó por la superficie del riachuelo y se hallaba escondido entre la niebla cuando despegó.

En lugar de dar la vuelta continuó volando en línea recta, cruzando El Pantano hasta que el sonido se apagó.

—¡Qué me superamalgamen! —exclamó Johnny—. Esto sí que no lo comprendo.

Doc alzó un brazo.

—Mira.

La niebla se estaba volviendo negra por encima de los cobertizos.

—¡Humo!

—Justo —Doc empezó a correr—. Han incendiado los

cobertizos.

Johnny echó a correr detrás de él. Recorrieron aprisa el camino que les separaba de las cabañas, que se hallaban ya ardiendo por los cuatro costados.

Amainaron el paso, deteniéndose incluso a escuchar.

Pero, según descubrieron momentos después, podían haberse acercado con toda tranquilidad. Paquis y sus hombres se habían marchado, llevándose incluso a aquellos a quienes había inutilizado Doc.

—¡Se han marchado asustados! —gritó, Johnny.

Doc Savage no respondió. El motor amortiguado no funcionaba ya. Corrió hacia el cobertizo en que be hallaba, pero, en lugar de acercarse a la puerta, abrió un boquete en la pared de hojalata de un puntapié.

Johnny corrió hacia la puerta.

—¡Cuidado! —le gritó Doc—. ¡No entres por ahí!

Johnny se apartó de la puerta, se acercó a su compañero y se asomó al interior. Los ojos se le abrieron desmesuradamente.

La puerta estaba entreabierta y, metida debajo, había una granada de mano, sujeta de tal manera que el menor movimiento de la puerta la hubiera hecho explotar.

—Su regalo de despedida —explicó Doc.

Hacia mucho calor dentro del cobertizo, porque las llamas cubrían el tejado, consumiendo los juncos y la hierba postizos. La parte de madera parecía haber sido rociada de gasolina porque ardía con furia.

EL centro de la estancia estaba ocupado por maquinaria. Había un motor Diesel grande, parado. También había un compresor. El olor a amoniaco era muy fuerte.

—¡Atrás! —aconsejó Doc;— se ha reventado una de las tuberías de amoníaco.

Johnny estaba tan intrigado que olvidó su exagerada fraseología.

—No entiendo —dijo.— Eso parece una...

—Instalación refrigeratoria —asintió Doc, sin dejarle acabar—. Y lo es.

—Pero... ¿por qué una instalación semejante aquí en la marisma?

—Veamos si alguna de estas otras cabañas nos da una

contestación a esa pregunta.

El siguiente cobertizo resultó ser una especia de cuartel. Las camas y las mesas que contenía estaban ardiendo todas. Probaron otro cobertizo, que resultó ser el más grande de todos.

El tejado y los lados ardían; pero había una llama infinitamente más ardiente en el centro del suelo. Salía con un violento rugido de una abertura semejante a una chimenea.

—Un agujero, un pozo de alguna clase —afirmó Doc—. Echaron dentro un barril de gasolina y aplicaron una cerilla —agregó a su compañero.

Una serie de tuberías se entrelazaban de una forma muy compleja alrededor del incendiado pozo. Algunas de ellas partían en dirección a la instalación refrigeratoria. Otras iban hacia el río cercano.

Un número de tubos más pequeños parecían como clavados todos alrededor del agujero. Había otro motor y una bomba de gran capacidad para chupar fango.

—Es sencillísimo —dijo Doc.

—Seguro. Tan infantil que yo no le veo ni los pies ni la cabeza.

—¿Has oído hablar alguna vez del método empleado para abrir pozos de ventilación en el gran túnel de Amberes, en Bélgica, donde fue necesario atravesar arenas movedizas y fango como éste?

—Yo no soy ingeniero.

—Se limitaron a montar una gran instalación refrigeradora y helaron el barro —explicó Doc—. Así pudieron excavar sin dificultad.

—¿Quieres decir…?

—Que nuestros amigos se limitaron a abrir un pozo haciendo uso de los métodos de ingeniería más modernos.

Pero… ¿qué andaban buscando?

Si Doc Savage tenía alguna teoría sobre el particular, no la dio a conocer. La cabaña parecía un horno; partes de ella empezaban a hundirse. Se retiraron.

Johnny dijo, pensativamente:

—Yo creo que esos hombres completaron lo que fuera que querían hacer.

La mirada de Doc Savage corría de un lado a otro, buscando. Sin mirar a su compañero, preguntó:

—¿Por qué crees eso?

—Por trozos de conversación que sorprendí. En varias ocasiones los que me apretaron dijeron que su trabajo aquí estaba casi terminado. Deduje que había de terminarse hoy. Luego iban a llevarme a una isla donde seguiría prisionero hasta que no me fuera posible ya, poner en peligro sus planes.

—¿Oíste el nombre de la isla?

—Magi o algo así —murmuró Johnny.

—¿Isla Magna?

—Eso fue. ¿Qué sabes tú de Isla Magna, Doc?

—Monk y Ham la están investigando en estos momentos —dijo Doc.

Se había alejado un poco ya. Parecía caminar hacia un lugar determinado, por entre los juncos. Johnny, siguiéndole con curiosidad, observó que se guiaba por unas huellas de pisadas.

—¿Crees que uno de ellos no huyó… —empezó a preguntar Johnny.

Luego calló al observar que las pisadas eran dobles: iban y volvían.

—Un hombre parece haberse deslizado del campamento unos instantes antes de que se marcharan —dijo Doc—. Las huellas son recientes. Y si te fijas bien, verás que el hombre estaba tomando precauciones para que no le vieran sus compañeros. Parece como si hubiera tenido algo escondido por aquí y hubiera ido a buscarlo antes de que se marcharan.

Doc pareció haber adivinado con exactitud, porque no tardaron en llegar a un punto en que alguien había escarbado apresuradamente el barro.

—Mucho se debían fiar unos de otros —dijo el arqueólogo, con desdén—. Este hombre escondió todo lo que tenía de valor lejos de sus amigos, por miedo a que le robaran.

Doc no hizo comentario alguno. Se arrodilló y escarbó, sacando pedazos grandes de barro en la esperanza de que en alguno de ellos hubiera quedado señalado el contorno de alguna de las cosas escondidas.

No halló ninguno de estos moldes. Pero sí encontró un objeto que sin duda al hombre se le habría pasado por alto en su apuro.

El hombre de bronce limpió el barro del objeto. Empleó un

pañuelo para limpiarlo bien. Luego lo alzó. Era de un metal amarillo brillante.

El objeto era grande y tenía la forma de una copa algo grotesca. Por uno de los lados llevaba un dibujo en esmalte.

Johnny lo miró de cerca.

—El escudo de armas del rey Juan —murmuró—. ¿Es de bronce?

—De oro —respondió Doc—. Lo bastante blando para poderle clavar las uñas. Eso significa que es oro puro.

—¿Imitación?

—Auténtica. Una pieza de museo. Tú eres autoridad en cosas antiguas, ¿Qué dirías tú que vale esto?

—Mil libras esterlinas.

—Un poco más. ¿Te acuerdas del labrador que fue herido mortalmente anoche por uno de los reyes Juan?

Sí dicen que le encontraron una moneda en el bolsillo. Una moneda acuñada en tiempos del rey Juan. Pero… ¿cómo sabías tú eso?

—Los periódicos —respondió Doc.

—Deben haber robado un museo —decidió Johnny—. Sí; deben haber hecho eso para conseguir reliquias auténticas que les ayudaron a llevar a cabo su engaño. Pero… ¿por qué?

—La estratagema del espectro del rey Juan sólo estaba destinada a impedir que se acercara aquí la gente y descubriera los cobertizos secretos.

—Todo era eso lo que yo quería decir. ¿A qué todo ese lío? ¿Qué se oculta tras todo ello?

—La contestación a todo eso debe hallarse en Isla Magna —decidió Doc lentamente—. Tal vez Ham y Monk la descubran.

CAPÍTULO XIII

EL ATENTADO

MONK y Ham pegaron la cara a las ventanillas del gran hidroavión y vieron Isla Magna. Cerca de una docena de otros corresponsales hizo lo mismo.

El aparato era un trimotor muy grande.

—La isla esa parece una rana verde muy grande despatarrada en el mar —decidió Monk.

—Buena manera de describirla es esa —dijo Ham que estaba desempeñando el papel de italiano que no habla muy bien el inglés.

Por la comisura de los labios, le dijo Monk:

—¡Maldita sea tu estampa! ¡No te acerques a mí! Vas a hacer que desconfíen.

—Si tú crees que me gusta tu compañía, estás completamente chiflado, so gorila —contestó Ham, también en un susurro.

Luego cambió de posición, al parecer para ver mejor Isla Magna, y para sacar unas instantáneas con la máquina fotográfica que había tenido el buen acuerdo de llevar consigo. Era la primera vez desde su salida de Londres, que él y Monk se habían hallado tan cerca el uno del otro.

Benjamín Giltstein estaba delante, donde había estado soltándoles una arenga a los periodistas, a voz en grito, hasta el momento de ser vista Isla Magna.

El avión que Giltstein se había encargado de proporcionar tenía una cabina casi aislada de todo ruido donde era posible conversar si se alzaba un poco la voz.

Si el agente de publicidad desconfiaba de Monk y de Ham aún no había dado la menor señal de ello. Les había tratado con esa cordialidad característica del agente de publicidad cuando trata con

los representantes de la prensa.

El avión voló en círculos sobre Isla Magna, a una altura de menos de sesenta metros. La isla era baja, algo rocosa y parecía efectivamente una rana despatarrada de un color verde bilioso.

Las patas abiertas señalaban en dirección a la corriente que prevalecía en el océano y podían haberse comparado a diques.

Benjamín señaló hacia el punto en que las patas, de haber sido la isla una rana, se hubieran juntado.

—¡Miren señores! —dijo—. La instalación que lleva a cabo lo que el hombre siempre ha soñado conseguir: extraer oro del agua del mar.

La instalación se hallaba en una serie de edificios de ladrillo rojo, nuevo, y tejados recién pintados. Los edificios eran cuatro en número.

Uno de ellos se hallaba a orillas del agua y servía de compuerta. De él partía un canal en dirección a otro edificio que era muy grande. Los otros dos eran, evidentemente, una central de fuerza y un almacén de herramientas.

Desde el edificio, un canal de desagüe cruzaba la isla y se vaciaba por lo que parecía la boca de la rana.

—Observarán ustedes que la isla es perfecta —dijo Giltstein—. Las corrientes marinas empujan el agua por entre los dos brazos de tierra y, después de ser extraído el oro se deja escapar el agua por el otro extremo de la isla, donde las corrientes se la llevan. De esa manera no sometemos la misma agua dos veces a tratamiento.

Monk no hizo mucho caso de la conversación. Estaba estudiando el resto de Isla Magna. Por el lado oeste donde el terreno era un poco más elevado, había varías casas de piedra, de aspecto antiguo, formando una calle.

—¿Qué es eso? —inquirió Monk, dirigiéndose a Giltstein.

—El pueblecillo que existía anteriormente en la isla. Ahora, está ocupado por obreros que hacen funcionar la instalación extractora de oro.

EL piloto del hidroavión amaró bastante bien entre las dos penínsulas que parecían patas de rana y luego atracó en la playa.

Los periodistas se quitaron zapatos y calcetines y vadearon a tierra. Fueron recibidos por varios hombres de aspecto sombrío que llevaban fusiles y pistolas.

—¿A qué todo este adorno? —inquirió el representante de un periódico londinense de la tarde.

—Son de la Escolta Real de Magna —dijo Giltstein.

—¿«Real»?

Benjamín Giltstein sonrió.

—¿Ha olvidado usted que le he dicho que esta isla es independiente? No pertenece a nación alguna. El rey de Isla Magna es un monarca absoluto.

—¿Quién es el rey? —intercaló Monk.

Sin parpadear siquiera, contestó el otro:

—Wehman Mills.

—¿EL hombre que descubrió el procedimiento para extraer oro del agua?

—Justo.

—¿Podremos hacerle una entrevista, el rey Wehman Mills? —preguntó inmediatamente Monk.

—Lo siento —sonrió Giltstein—. No recibe a la prensa.

—Entonces, ¿querrá dejarse hacer una fotografía? —insistió Monk.

—No; pero más tarde le daré a cada uno de ustedes una fotografía de Wehman Mills.

Iban caminando hacia el grupo de edificios en que se hallaba la instalación.

Ham se detuvo en seco.

—Yo me he olvidado de las placas para la cámara fotográfica —declaró—. Tengo que volver por ellas o no podré sacar fotografías.

Y echó a andar nuevamente hacia el hidroavión.

—¡Un momento! —dijo Giltstein, con brusquedad—. Uno de los miembros de la Escolta Real de Magna tendrá que acompañarle.

¿Por qué?

—Es una de las órdenes del rey Wehman Mills —respondió el agente.

Ham al regresar apresuradamente en dirección al aeropuerto, se vió acompañado de un hombre de agrio semblante, armado de un rifle.

El abogado estaba disgustado.

Había esperado tener oportunidad de explorar un poco en cuanto se hubiese alejado de los demás.

No estaba muy seguro de por qué habrían llevado a la isla a los representantes de la prensa; pero tenía el completo convencimiento de que no les enseñarían más que la instalación extractora.

Monk quien tenía muy pocos que pudieran igualársele en química, se daría cuenta enseguida de sí la instalación podía funcionar.

Ham quería examinar otras partes de la isla como por ejemplo, el pueblecillo que había en el lado oeste.

Pasaba ya con su escolta, por entre arbustos y maleza. Ya no llegaban a sus oídos los sonidos del grupo de periodistas.

Ham se llevó una mano al bolsillo con naturalidad. Cuando volvió a sacarla tenía en ella una de las pequeñas ampollas anestésicas invento de Doc.

Se detuvo bruscamente.

—¡Uf! —exclamó—. ¿Qué olor es ese?

El hombre olfateó, frunció el entrecejo y dijo: —Yo no huelo nada.

Ham abrió la boca, se tambaleó y luego cayó a cuatro pies. Al hacerlo contuvo el aliento y rompió la ampolla en la mano.

El hombre le miró con extrañeza. Volvió a olfatear creyendo que le habría ocurrido algo a Ham. Luego cayó al suelo y se quedó profundamente dormido.

Ham se puso en pie. El gas se había disipado en menos de un minuto y él se había librado de sus efectos mediante el sencillo expediente de contener el aliento.

Rió al contemplar al guardián. Tenía la intención de investigar un poco; luego volver y echarse al lado del hombre simulando hallarse en el mismo estado que él.

Cuando el otro recobrara el conocimiento creería que ambos habían estado bajo los efectos del gas. Tendría, la seguridad, desde luego, de que Ham, había sido el primero en sucumbir a sus efectos.

El pueblecillo del lado Oeste de la isla nunca había tenido muchas pretensiones y ahora daba muestras de haber estado descuidado desde hacía unas semanas.

La cizaña no había sido arrancada, la hierba estaba sin cortar; las ventanas estaban sucias y, donde se había roto algún cristal, lo habían tapado con periódicos.

Las casas eran de piedra. La única calle estaba sin pavimentar;

pero como abundaba la grava carecía de importancia el hecho. En lugar de aceras había senderos apisonados.

Ham bendijo silenciosamente la altura y la profusión de cizaña y poniéndose a gatas, avanzó en dicha postura. Echaba de menos su estoque.

De haberlo llevado, sin embargo, sólo hubiera servido para dar un fuerte indicio acerca de su identidad.

La parte posterior, abierta, de una casa, pareció invitarle a que se aproximara. Lo hizo y se detuvo bruscamente al oír una voz en el interior.

—No hay motivo de alarma «m`sieu's».

La voz recordaba el ronroneo de un gato.

—¿Qué importa que Doc Savage apareciera en El Pantano? Nada averiguó. Destruimos nuestra instalación allí para que no se enterara de lo que estábamos haciendo.

—Yo no hablaría con tanta seguridad, Paquis —gruñó otra voz —. ¡Ese hombre de bronce no es humano!

—He de reconocer que es difícil de engañar —dijo Paquis—. <Oui>. Fue una gran sorpresa cuando apareció y libertó a su amigo William Harper Littlejohn. «Quelle honte!» (¡Qué vergüenza!) Pero Doc Savage no tiene la menor idea de que existe relación entre esta isla y El Pantano.

Ham, oyendo esto, rió expansivamente. Parecía ser que Johnny se hallaba sano y salvo.

Dijo Smith:

—El traer a los periodistas aquí fue una idea bien mala, en mi opinión.

Fue idea del jefe —le recordó Paquis.

—Ya lo sé. El jefe tiene sus ideas peculiares.

—«Oui», y son excelentes, por añadidura. La visita de los periodistas era absolutamente necesaria.

—No veo yo por qué.

—Publicidad —explicó Paquis—. Cuanta más publicidad se nos haga, menos probabilidades habrá de que conciba sospechas nadie.

Smith soltó un resoplido.

—Si uno de nuestros prisioneros se escapara y hablase con un periodista, habría una clase de publicidad que nos haría muy poca gracia.

—«Oui» —asintió Paquis;— y por esa misma razón propongo que ayude usted al centinela que vigila en estos instantes a nuestros prisioneros.

Smith, con la inquietud reflejada en el semblante, salió de la casa y tomó por uno de los senderos.

Ham siguió al hombre por entre la cizaña. Se estaba rehaciendo de su sorpresa. No había tenido la menor noticia, hasta aquel momento de que existían otros prisioneros.

Sentía viva curiosidad por saber quiénes podían ser éstos.

Smith llegó a una casa de piedra, se detuvo y miró a su alrededor con atención. Ham permaneció completamente inmóvil entre la cizaña.

Por encima, las gaviotas volaban y reñían. Se oía el leve rumor de los rompientes en la playa y, de la instalación extractora, llegaba el zumbido de maquinaria en acción.

Smith entró en la casa.

Ham se llevó la mano bajo el brazo, donde tenía una funda tan bien disimulada que apenas se notaba.

Sacó una de las pistolas ametralladoras invención de Doc. En una especie de bolsillo que tenía la funda por un lado, reposaba un dispositivo que parecía una caja de hojalata: un silenciador.

Ham lo aplicó al arma; luego examinó el tambor de municiones para asegurarse de que sólo contenía balas de misericordia, proyectiles que apenas perforaban la piel, dejando inmediatamente sin conocimiento al que tocaban.

Ajustó la pistola para que hiciera disparos sencillos.

Cambiando de posición, logró ver a Smith. El corpulento hombre se hallaba en el umbral. Apuntó con cuidado y el tiro le dio en una pierna.

El ruido de la pistola con silenciador al hacer un disparo sencillo, era como un chasquido de la lengua. Smith dio un brinco y violentamente, se llevó una mano al lugar donde le había dado el proyectil. Se inclinó hacia atrás e intentó examinarse la herida. Aun estaba en esta posición, cuando perdió el equilibrio y cayó al suelo. Después de eso ya no se movió.

Otro hombre corrió al lado de Smith. Era corpulento también, y llevaba un fusil ametralladora.

La pistola de Ham, hizo otro chasquido; El casquillo vacío dio en

una piedra al caer e hizo un sonido casi tan alto como el ruido del disparo.

En la casa el hombre corpulento se llevó una mano al costado. Llegó, tambaleándose, a la puerta, se asomó y no pareció tener fuerzas suficientes para contenerse.

Rodó por la puerta. Ham se acercó, corriendo. Si había algún otro hombre dentro tenía muy pocas esperanzas de poderle dar.

Pero no había más que un hombre en el cuarto, Era de bastante edad, todo hueso y tendón, enfundado en arrugado traje negro que había sido brillante.

Tenía revuelto el blanco cabello, y de punta como el de un salvaje de circo.

AL hombre le tenían prisionero de una manera muy sencilla. Tenía una rueda de acero, que debía pesar sus buenos doscientos kilos esposada a uno de sus tobillos.

Ham agarró por los pelos al último hombre que sucumbiera a los efectos de las balas de misericordia y le arrastró hacia adentro para que no le descubrieran. Luego miró al prisionero de blanca cabellera.

—¿Quién es usted? —preguntó.

El otro se puso en pie. Tenía aspecto de no haber comido últimamente.

—¡Dónde está mi sobrina? —inquirió—. ¿Está bien?

Ham dijo: —Le he preguntado quién mil diablos es usted.

—Wehman Mills —murmuró el anciano.

Ham no tenía la menor idea de qué nombre debía esperar; pero quedó sorprendido.

Wehman Mills era el nombre del hombre que figuraba como rey de la isla y que era además, el inventor del procedimiento para extraer oro del mar.

—¡Mi sobrina! —exclamó Wehman, con ansiedad—. ¡Encuéntrela! No se preocupe de mí. ¡Busque a Elaine!

—¿Dónde está?

—¿Qué sé yo? —gimió el hombre—. Debe andar por los alrededores. En una de estas casas, seguramente.

Ham colocó otro tambor en su pistola y la alzó.

Wehman Mills retrocedió, intentando, frenético, romper la cadena que le sujetaba. Luego gimió: —¡Por favor! ¡Yo no he hecho

nada!

Ham oprimió el gatillo y se oyó un ruido semejante al que produciría uno que yendo en automóvil a toda velocidad, sacara un palo en el momento de pasar junto a una verja o algo parecido. El plomo rebotó sobre la rueda. La cadena se movió frenéticamente. Luego el candado que la sujetaba se deshizo por completo.

Wehman Mills dijo, con brusquedad:

—¡Ya podía haberme dicho lo que iba a hacer! ¡Me ha dejado usted atontado del susto!

—¿Dónde cree usted que está Elaine? —preguntó Ham.

—Hablaban como si se hallase cerca de aquí. Vayamos a mirar.

El anciano hubiera salido corriendo, de no haberle detenido Ham. Éste miró, primero, por la ventana, y vió a un hombre asomarse a la puerta de la casa en que primero oyera voces.

El individuo aquel había oído el ruido producido al deshacerse el candado y sentía curiosidad.

—¿Ocurre algo, <monsieur> Smith? —gritó.

A Ham le faltaba mucho para saber imitar una voz con la habilidad de Doc; pero hizo lo mejor que pudo.

—¡Qué rayos! ¡No! —respondió.

Logró un leve parecido con la voz áspera de Smith y los ecos del cuarto disfrazaron aún más su tono, de forma, que se disiparon las sospechas de Paquis. Volvió a meterse en la casa.

Ham escogió una ventana situada al otro lado y trabajó para abrirla.

—¿Es cierto que la instalación que hay en esta isla extrae oro del agua del mar, de verdad?

—Sí —contestó Wehman Mills—. ¡Claro que sí!

—Entonces... ¿a qué obedece todo esto?

—Me están robando mi secreto —rugió Mills—. Vinieron a mí unos hombres ofreciéndome capital para hacer la instalación. Luego descubrí que estaban reteniendo cartas que yo había escrito a mi sobrina ELaine. Fingí necesitar materiales que sólo podían adquirirse en la ciudad francesa de Brest, donde se encontraba Elaine. Me llevaron allí y logré escaparme. Pero volvieron a hacerme prisionero. Luego cogieron a Elaine cuando empezó a desconfiar y se puso a investigar.

Ham tenía ya abierta la ventana. Se asomó, no vió a nadie y

saltó al exterior.

—Escapó usted en Brest —repitió Ham,— y le cogieron y volvieron a traerle. Luego cogieron a Elaine también.

—A Elaine y a un joven llamado Henry Trump.

Mills dio prueba de su edad por la dificultad con que saltó por la ventana.

Gruñó y se retorció al molestarle las entumecidas articulaciones.

—¿Dónde encaja lo de El Pantano?, —inquirió Ham.

—¿Qué?

—El Pantano. Había unos hombres haciendo, algo allí. El Pantano es una región pantanosa de la costa Este de Inglaterra, como debe usted saber.

—No tengo la menor idea de por qué puede haber habido gente en El Pantano —declaró Wehman Mills—. El asunto es muy sencillo: Me están robando mi plan para extraer oro del agua del mar. A eso se reduce todo.

—Busquemos primero a Elaine y a Trump —propuso Ham—. Luego discutiremos.

Encontraron a Elaine en la primera casa a que se asomaron. Al igual que Wehman, estaba esposada a un trozo de maquinaria.

Había un hombre de guardia. Ham le pegó un tiro por la ventana, después de cargar la pistola con balas de misericordia. El hombre rodó por el suelo sin conocimiento a los pocos instantes.

—¡Tío Wehman! —exclamó la muchacha.

Ham miró a la joven con sorpresa, diciéndose que jamás había visto muchacha más encantadora. Los rigores de la prisión no habían logrado marchitar su belleza.

La súper ametralladora, disparó a través de su silenciador. El candado no cedió y Elaine Mills soltó una exclamación al clavarse en su tobillo trozos de plomo, como agujas.

Ham se quitó la chaqueta, la dobló, la usó como almohadilla y volvió a probar. Aquella vez el candado se abrió.

—¡Henry Trump! —exclamó Elaine—. ¡Tenemos que ponerle en libertad a él también!

Ham frunció el entrecejo.

—¿Quién es Henry Trump?

—Un joven que se portó muy bien conmigo en el barco. Creo que lo encerraron en la casa de al lado.

Ham movió afirmativamente la cabeza y atisbó por una ventana para ver si el ruido producido por las balas al rebotar contra el candado había llamado la atención pero el pueblecillo seguía desierto.

—¿Qué ha sido de los que habitaban anteriormente aquí? —preguntó.

—Fueron trasladados al ser comprado el pueblo —contestó Wehman.

—¿Por qué se escogió esta isla para hacer la instalación? —preguntó Ham, con curiosidad.

—Porque es independiente —contestó el inventor—. No hay que pagar impuestos a nadie.

—¿Impuestos?

—Los impuestos sobre los ingresos son terribles. Malos son en Norteamérica; pero aun son peores en Inglaterra, Lo teníamos todo calculado. Si gana uno un millón, el gobierno se lleva más de la mitad.

—Me cuesta trabajo compadecer al hombre que se preocupa de los impuestos que ha de pagar sobre ingresos de un millón.

—La isla sólo costó cincuenta mil dólares, —prosiguió Wehman —. Eso sólo representa el impuesto de unos cuantos días sobre los beneficios obtenidos por mi procedimiento para extraer oro del mar.

—¿A razón de cuánto cree usted que extraerá oro la instalación?

—A razón de medio millón de dólares al día, por lo menos —declaró el otro, con solemnidad.

Ham seguía vigilando por si se veía señal alguna de haber sonado la alarma, aun cuando toda la isla parecía tranquila.

—¿Puede usted enseñarme la casa en que tienen prisionero a Henry Trump? —preguntó.

Elaine Mills escogió una casa y se señaló.

—Allí —dijo.

—Podemos, llegar hasta ella, divinamente, procurando no ser vistos —decidió Ham.

—Es preciso que salvemos a Henry Trump —dijo Elaine, con fervor.

Ham hizo un esfuerzo para que no se le notara en la cara; pero le hacía muy poca gracia el fervor con que la linda muchacha

hablaba de Henry Trump.

Este parecía haber hecho conquista.

La casa en que se suponía que se hallaba prisionero Henry Trump estaba fuertemente cerrada. Las ventanas tenían echadas las persianas y la puerta estaba cerrada con llave.

Ham dio una vuelta a la casa, protegida por un muro bajo, de piedra.

—¿Está usted segura de que es éste el lugar? —le preguntó a Elaine Mills.

—Creo que sí —contestó la joven.

Ham volvió a cargar su pistola con balas de misericordia, la escondió y dio unos golpes en la puerta. Elaine Mills se hallaba a su lado.

—¿Diga? —respondió una voz masculina, agradable, desde el otro lado de la puerta.

—Ese es Henry Trump —susurró Elaine.

—¿Está usted vigilado, Trump? —preguntó Ham.

—¡No! —estalló la voz—. ¿Quién demonio es usted?

—¡Es un grupo de salvamento! —gritó Elaine—. ¡Vamos a entrar!

Pareció como si Henry Trump soltara una maldición y expresara sorpresa.

Ham empujó la puerta. Estaba atascada mas bien que cerrada con llave y se abrió de golpe, haciéndole caer dentro.

El hecho de que estuvieran echadas las persianas hacía que reinara una semioscuridad en el cuarto. El abogado miró a su alrededor, con la pistola preparada.

Surgió de un rincón el tintineo de metal.

—Aquí —dijo la voz de Trump.

Ham vió entonces al joven. Estaba sentado en el suelo con esposas en pies y manos.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—El general de brigada Theodore Marley Brooks, conocido, vulgarmente por el nombre de Ham. Uno de los ayudantes de Doc Savage.

—¿Uno de los ayudantes de «quién»? —inquirió Trump, boquiabierto.

—De Doc Savage.

—¿Está «él» aquí?
—No. Permítame que intente abrir esas esposas.
—No tendrá usted mucha suerte —gruñó Trump—. Hace horas que estoy intentando hacerlo yo.
—¿Tiene usted una horquilla? —le preguntó Ham a Elaine.
—Algo que se le parece —contestó ella, llevándose la mano al cabello.
—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Trump—. ¿Qué se oculta tras todo este jaleo?
—Que me registren —contestó Ham.
—Estos hombres intentan robarme mi sistema de extraer oro del mar —contestó Wehman—. Eso es lo que se oculta tras todo este jaleo.
Las esposas se abrieron una tras otra.
¡Tiene gracia! —rió Trump—. ¡Y yo que he estado sudando tinta para intentar abrirlas.
Se puso en pie.
Se oyó un golpe fuerte. Cayeron varios listones de la persiana de una de las ventanas. Se rompió el cristal y cayó al suelo ruidosamente.
El cañón del fusil que había roto persiana y vidrio, apareció. Era evidente, por la forma, que se trataba de un fusil de repetición.
—«Ne bougez pas» —ordenó la voz de Paquis.
La linda Elaine Mills, que no comprendía, francés, susurró:
—¿Qué ha dicho?
—Que no nos movamos —respondió Ham—. Más vale que sigamos el consejo.
Paquis conservó el fusil quieto, no quitando el ojo de los puntos de mira y dio una orden a alguien que estaba detrás de él. Se oyó ruido entre la vegetación. Luego se abrió la puerta y entraron varios hombres, apuntando con fusiles ametralladora.
—¡Entregue su pistola, amigo del pantalón con rodilleras! —ordenó Paquis.
La tensión del momento le había hecho olvidar a Ham de su disfraz. AL principio no se dio cuenta de que le hablaban a él. Mas al aullar Paquis una maldición, sin embargo, lo comprendió.
Entregó su pistola. En otras circunstancias hubiera luchado.
Moviendo su pistola en forma de abanico, hubiera regado el

cuarto de balas como la hubiera regado de agua con una manguera. Pero Elaine Mills y los otros correrían grave peligro si se empezaba a disparar.

Los hombres examinaron, maravillados, la súper ametralladora.

—¡Es preciosa! —gruñó uno de ellos.

—Igual que la que quitamos a ese huesudo Johnny en El Pantano.

—Silencio, «m'sieu's» —gruñó Paquis—. Registrarle.

Se acercó un hombre y le metió una mano en el bolsillo a Ham. Éste hizo una mueca alzó un pie y lo descargó sobre el pie del otro. Se oyó el crujir de huesos destrozados.

El hombre soltó un aullido, dio un salto atrás y, luego adelantándose, dirigió un puñetazo a la mandíbula de Ham.

El abogado era lo bastante boxeador para haber podido esquivar el golpe con facilidad. Y se movió; pero sólo lo bastante para recibirle en la frente, donde no le aturdiría.

Pero sus actos después fueron los del hombre que ha quedado fuera de combate. Agitó los brazos; le giraron los ojos en las órbitas; cayó pesadamente, al suelo.

Gracias a su agilidad, logró caer sobre el costado izquierdo doblando el cuerpo de forma que todo el peso cayera sobre un estuche que reposaba en su bolsillo.

Éste contenía las ampollas de gas. Sabía que, si el golpe era lo bastante fuerte, se reventarían las ampollas, Sintió que el estuche se aplastaba.

Contuvo el aliento.

Un momento después, empezaron a caer hombres. El gas carecía de olor y de color, de forma que no tuvieron aviso alguno de su presencia.

Pero Paquis se mostró digno de la fama de inteligente que él mismo pregonaba. Retrocedió y salió del cuarto.

—<¡Au secours!> —gritó—. ¡Auxilio!

Ham corrió hacia la puerta; pero la amenaza del fusil de Paquis le hizo retroceder. Abrió una de las ventanas. Cuando intentó saltar por ella, se vió encañonada por las armas de los hombres que acudían en contestación a la llamada del francés.

Empezó a respirar de nuevo, porque el gas se había disipado.

Los hombres de Paquis tenían valor. Corrieron hacia la casa y

entraron por puerta y ventanas. Eran demasiados para poder esperar vencerles.

Ham hizo lo más prudente: se entregó.

CAPÍTULO XIV

ORO EN EL MAR

MONK oyó el grito de auxilio lanzado por Paquis. Se detuvo. Con su cara afeitada y descolorida, sus gruesos lentes, su vientre postizo, la simulada cojera y los horribles puros que fumaba, tenía poco parecido con el químico de aspecto de gorila.

Las gafas tenían cristales de aumento que le molestaban algo, pero que hacían parecer más grandes sus ojos.

—¿Qué fue eso? —gruñó.

—Uno de los obreros que se está divirtiendo, sin duda —contestó Giltstein—. Entremos en la instalación.

Monk vaciló. Estaba preocupado por Ham, aunque sus facciones no lo revelaran. Pero si insistía sobre la cuestión del grito, podría provocar jaleo y deseaba retrasar todo lo posible el revelar su verdadera identidad.

El hecho de que no fuera la voz de Ham la que soltara el grito resultaba algo consolador.

A los periodistas ya les habían enseñado la entrada del agua marina. Esta no era más que un canal excavado precipitadamente que conducía una cantidad de agua hacia la instalación.

Dos hombres armados guardaban la entrada de ésta; pero, a una palabra de Giltstein, la abrieron. El agente de publicidad hizo un pequeño discurso antes de entrar.

—Cuando regresen ustedes a Londres, señores, tal vez quieran referirse a un procedimiento análogo de tratar el agua, a fin de escribir su relato con conocimiento de causa —dijo—. En tal caso, no tienen más que describir el medio corriente de extraer bronusia del agua de mar.

—¿Qué es bronusia? —preguntó uno de los periodistas.

—Un líquido oscuro, rojicastaño, no metálico, empleado en la química sintética, la medicina y la industria de colorantes y también en la composición de lo que los motoristas llaman etilo —explicó Giltstein—. Y no tiene nada que ver con esta instalación, salvo que ésta se parece a las empleadas para extraer bronusia.

Siguió un discurso técnico, algo árido, durante el cual el grupo fue conducido a cada pieza de maquinaria a medida que ésta le era descrita.

Benjamín Giltstein resultó poseer un vocabulario completo de fraseología técnica.

Después de salir el agua del mar del canal, —explicó el agente —, ésta iba a parar a una cámara donde recibía una inyección de ácido sulfúrico. Esto hacía factible el resto del procedimiento.

A continuación, el agua pasaba a otro depósito —uno muy largo, con válvulas y numerosos electrodos. De éste se alzaba una espesa nube de vapor que era recogida arriba y conducida a otros aparatos.

—En este depósito —anunció Giltstein,— el contenido aurífero del agua del mar queda ionizado o convertido en conductor de la electricidad. Este es un proceso muy difícil, puesto que el oro en su estado nativo, se halla en el agua en forma de suspensión coloidal. Se introduce clorina en este depósito, substancia que, como lo dirá cualquier químico, se une al sodio del agua salada y echa fuera, literalmente, a la bronusia.

—¿Es eso un hecho científico o un simple «camelo»? —preguntó alguien.

—Un hecho científico —aseguró Giltstein.

Monk afirmó para sí, con un movimiento de cabeza. Hasta ahí, el procedimiento era factible. A Monk no le cabía la menor duda de ello.

—¿Dónde está el oro ahora? —preguntó un periodista.

Giltstein señaló el vapor que se alzaba como bruma.

—Ahí.

—¡Narices! Ahora veo que todo esto es una impostura. El oro es un metal amarillento pesado.

—¿Ve usted el oro en el agua del mar? —le respondió Giltstein.

El otro se quedó pasmado.

—No —dijo.

—Bien —observó el agente con sequedad;— pues sigue usted sin

verlo. Pero sígame y lo verá.

El grupo se trasladó a un cuarto en que había un largo cilindro de metal.

Estaba lleno de tubos y cables.

Giltstein dio una orden y se cerraron unas válvulas, impidiendo el paso al chorro de vapor. A continuación, fue abierto el cilindro y se les permitió a los periodistas que se asomaran a él. No había nada dentro.

—Aquí está el corazón de todo el procedimiento —aseguró Giltstein—. Se introducen substancias químicas y el oro queda filtrado, porque se adhiere a las mismas.

—¿Cuáles son las substancias químicas? —preguntó alguien.

—Eso no puedo revelarlo. Es la invención, el secreto...

El chorro de vapor volvió a entrar en el cilindro, un poco después se abrió una válvula, dejando salir una masa espesa.

—El oro —dijo Giltstein, con gesto dramático.

—¡A mí no me parece oro! —resopló alguien.

El agente de publicidad no hizo caso y siguió a la masa, hasta el punto en que se introducía en un horno.

—El calor evapora las substancias químicas —exclamó.— Entonces queda el oro puro.

Apareció un hombre con un cucharón de mango muy largo. Abrió una válvula. Se vió una llamarada deslumbradora.

El hombre corrió a un molde con su cucharón. Unos momentos después abrió el molde y extrajo un cubito de metal amarillento.

El obrero sumergió el cubito en agua para enfriarlo y luego se lo entregó a Giltstein, que se lo dio al periodista más incrédulo.

—¡Oro! —dijo—. ¡Vale unos mil dólares, aproximadamente!

—¡Cielos! —exclamó el periodista—. ¡Si que parece oro!

—Es suyo. Hágale aplicar la piedra de toque cuando regrese a Londres.

—¿Cómo? —aulló el periodista—. ¿Que esto es mío?

Giltstein sonrió.

—Habrá un cubito para cada uno de ustedes, señores —dijo—. Tenemos oro en abundancia. Los océanos del mundo son extensos y hay diez millones de dólares en cada milla de agua.

Monk se adelantó. Cogió el cubito de oro de manos del periodista, que lo soltó de mala gana. Lo arañó, lo examinó de cerca

y luego lo devolvió, algo aturdido.

¡Era oro!

Durante los siguientes cinco minutos hubo un jaleo imponente. Los representantes de la prensa inglesa no estaban mejor pagados que sus colegas de Norteamérica y el saber que les iba a ser regalado un cubito de oro que valía unos mil dólares, les produjo la misma impresión que si les hubiera alcanzado un rayo. Por fin se tranquilizaron.

—Oiga —dijo uno de ellos—, ¿qué objeto se persigue con esto? No creo que regalen oro así porque sí.

—Ningún objeto ulterior —insistió Giltstein—. Estas muestras no tienen más fin que proporcionarles una prueba para que puedan ustedes regresar a Londres y escribir la verdad.

Un periodista se puso a rascarse la cabeza.

—Pero… ¿por qué se están ustedes tornando tantas molestias para que hable la prensa del asunto?

—Se lo explicaré, a condición de que no publiquen ustedes mis explicaciones.

—¡Hable!

—Wehman Mills, propietario, rey y único soberano de Isla Magna, no es partidario de entregar su dinero a una serie de chupatintas gubernamentales en forma de impuestos.

—Los impuestos se han hecho terribles últimamente —asintió un periodista.

—Justo. Por eso se construyó la instalación aquí. Esta es una isla independiente. Por consiguiente, no se pagará impuesto alguno. Eso significa un chorro enorme. Si sacáramos diez millones de dólares en oro, tendríamos que pagar por lo menos la mitad en impuestos. Pues bien, esa idea nos hace muy poca gracia. El conseguir la Isla fue para nosotros, una operación comercial.

Un periodista rió:

—¡Es muy ingenioso todo eso!

—Vamos a dar la tercera parte de nuestro oro a instituciones benéficas —dijo Benjamín Giltstein—. Les agradeceré que publiquen eso.

—Seguro —asintió uno de los periodistas—, pero, ¿por qué quiere que aparezca en los diarios?

—En parte se debe al espíritu filantrópico de Wehman Mills y en

parte, a que es negocio. Como comprenderán ustedes; si logramos crear un ambiente favorable entre el público, habrá una infinidad de protestas si el gobierno de Inglaterra, decide apoderarse de esta isla.

—¿Pueden apoderarse de ella legalmente?

—¡No señor! Hicimos investigar bien el asunto por medio de abogados antes de comprarla.

Entró un hombre. Parecía excitado. Llamó aparte a Giltstein y habló en rápido susurro que ninguno de los periodistas pudo oír.

Monk le miró atentamente. Su rostro se tornó un poco más pálido de lo que le hacía el color adoptado como caracterización.

Doc Savage era muy hábil en el arte de leer labios y Monk había estado practicándolo con su jefe. No era muy experto aún; pero entendió parte de lo que se dijo.

El mensajero estaba diciendo:

—Acabamos de atrapar a un hombre llamado Ham que es uno de los ayudantes de Doc Savage.

Monk no pudo entender más.

Se llevó una mano al sobaco. Uno de los guardianes, que se hallaba cerca, se sobresaltó y empezó a alzar su arma. Se quedó como helado al ver que le apuntaba el cañón de la pistola súper ametralladora que había sacado Monk.

—¡Manos a las nubes! —gruñó éste, escupiendo el puro.

Benjamín Giltstein aulló: —¿Qué significa esto?

—¡Significa que se va a armar una ensalada de tiros a menos que hagan ustedes lo que yo les ordene! —contestó Monk—. Y significa que voy a averiguar qué se oculta tras esto, aunque para ello tenga que hacer añicos la isla entera.

Monk tenía una característica por la que se dejaba dominar ocasionalmente.

Le gustaba la acción violenta. Cuando se encontraba en una situación apurada, tenía la costumbre de soltarse el pelo y abrirse paso a tiros y puñetazos.

Benjamín Giltstein intentó hablar; pero estaba tan excitado que sólo podía tartamudear.

Monk se quitó las gafas y las tiró. Se rompieron sobre el piso de cemento.

Un periodista echó hacia atrás una mano, con un cubito de oro,

con la evidente idea de tirárselo a Monk.

—Si se cree usted a prueba de balas, ya puede empezar a tirarlo —le advirtió Monk.

El periodista se estremeció y dejó caer el cubito de oro.

El agente de publicidad, señalando a Monk, logró gritar:

—¡Ese hombre no es periodista! ¡Debí desconfiar de él desde el primer momento! ¡Guardias! ¡Disparad contra él!

La pistola de Monk soltó un disparo. Giltstein pegó un brinco y cayó, luego, al suelo. Rodó con una mano apretada contra el costado.

Los periodistas vieron salir sangre por entre los dedos del agente de publicidad y no tenían medio de saber que se trataba de una simple herida superficial hecha por las balas de misericordia.

Cuando el hombre se quedó inmóvil en el suelo, creyeron que estaba muerto.

—¡Asesino! —le gritó uno a Monk.

Éste vió a un guardián exterior cerca de la ventana. Rompió el cristal de un disparo; pero el guardián, se agachó y luego metió el rifle dentro y se puso a tirar a tontas y a locas.

Los periodistas se atropellaron unos a otros en su precipitación por ocultarse detrás del depósito de hierro empleado en la extracción del oro.

Otro de los guardianes quiso aprovechar la confusión para pegarle un tiro a Monk. El químico extendió un puño del que había sido afeitado su adorno habitual —los pelos que parecían clavos.

El guardián giró como una peonza, sin sentido antes de caer al suelo.

Monk era capaz de abrir por completo una herradura con las manos y largaba unos puñetazos en proporción a su fuerza.

El hombre seguía disparando alocadamente por la ventana. Monk corrió a ella, asió el cañón, le arrancó el arma de las manos y luego se inclinó fuera de la ventana, dándole al hombre como si la escopeta fuera un taco y él una bola de billar.

—¡Tres! —exclamó Monk, con un resoplido. Luego aumentó, tranquilamente, el total a siete, largando una ráfaga de balas de misericordia contra otros cuatro guardianes. Aun andaban éstos tambaleándose y cayendo sin sentido cuando el químico salió a la luz del sol.

Es dudoso que Monk se hubiera detenido a calcular sus posibilidades de derrotar a toda la Isla Magna él solito; pero salió como si esa fuese su intención.

Dos guardianes que habían estado junto a la puerta, apuntaron a Monk con sus fusiles ametralladoras.

Con la precisión del hombre que se ha visto ante cañones de fusil en ocasiones anteriores, el químico se echó a un lado.

Su súper ametralladora sonó cuando se dejaba él caer. Parecía como si alguien hubiera pasado violentamente el arco por el bordón de un enorme violoncelo.

El impacto de las balas de misericordia hizo retroceder a los dos hombres.

Los fusiles se les cayeron de las manos y rodaron por el suelo al hacer efecto las balas.

—¡Nueve! —exclamó Monk, llevando la cuenta.

No parecía haber nadie más en la inmediata vecindad de la instalación. Se puso a escuchar.

Dentro del edificio, los periodistas, asustados, hablaban en voz baja, preguntándose unos a otros si habían sufrido herida alguna y haciendo comentarios acerca del temperamento sanguinario de Monk.

En la distancia, las olas gruñían sordamente al chocar contra la rocosa costa y las inevitables gaviotas volaban en círculo y chillaban por arriba.

Desde el pueblecillo llegó un grito:

—¿A qué vienen todos estos tiros allí?

—¡No os preocupéis! —contestó Monk—. ¡Los guardias estaban dando una exhibición 1

Luego echó a correr en dirección al pueblo. Avanzaba con la cabeza alta y la pistola preparada. Había un sendero y lo siguió, asustando a los pájaros que anidaban entre la maleza y las ramas bajas de los árboles.

Se movió la vegetación detrás de Monk. Una voz gritó: —¡Usted! ¡Alto!

Monk tenía demasiado sentido común para intentar esquivar las balas de un arma que le era imposible ver. Se detuvo, dio la vuelta lentamente y miró al individuo que le había detenido. Este personaje salió de la maleza al camino.

Era bajo y de mirada asesina.

Alzó una pistola y preguntó:

—¿Quién es usted? ¿Qué está ocurriendo aquí?

—Soy uno de los periodistas. Venía a buscar ayuda.

—¿Por qué?

—Uno de mis compañeros parece haberse vuelto loco. Ha tumbado a tiros a cuatro o cinco personas. Tal vez quiera apoderarse del oro que hay en la isla.

Y lo cual, después de todo no se hallaba tan apartado de la verdad. Con gran disgusto de Monk, sin embargo, aquel hombre no parecía muy incrédulo.

—¡Vaya a ayudarles! —ordenó Monk—. ¡Yo iré en busca de más gente!

El otro le dirigió una mirada malévola y le amenazó con la pistola.

—Eso no cuela, amigo —gruñó—. ¡Suelte esa pistola tan rara que lleva!

Monk la soltó inmediatamente. La tenía delante del estómago al dejarla caer. Y alzó las manos rápidamente. El otro avanzó.

Monk soltó un puntapié con el pie derecho. La súper ametralladora que había soltado le había caído sobre el pie, y fue impulsada hacia adelante por el puntapié.

El otro hombre intentó esquivarla, fracasó y se tambaleó, aturdido por el golpe que la superametralladora le dio en un lado de la cabeza.

Un instante después, un puñetazo formidable de Monk le hizo caer.

—¡Diez! —exclamó éste, encantado.

Al proseguir su marcha, el químico abandonó el camino, no deseando encontrarse con más enemigos de una manera tan inesperada.

Oyó gritos excitados procedentes del pueblo, lo que indicaba que sus enemigos empezaban a alarmarse.

Por añadidura, los periodistas estaban aullando con toda la fuerza de sus pulmones en la instalación, aumentando la confusión general.

Monk rió, se aflojó el cinturón y se sacó el relleno que le había dado aquel aspecto tan panzudo. Se quitó la camisa además de la

chaqueta y el chaleco, y los tiró. Luego se apretó el cinturón.

Consideraba que le iba saliendo todo muy bien y no abrigaba el menor temor en cuanto al porvenir. En este particular, Monk tenía la sicología del peleador perfecto.

Nunca se paraba a medir las consecuencias en cuanto empezaba el conflicto.

Corría los riesgos más increíbles y, por lo tanto, tenía la costumbre de obtener resultados inmediatos.

Un grupo de enemigos apareció en el sendero. Iban aprisa, metiendo mucho ruido. Monk se metió detrás de un árbol y los dejó pasar.

Los examinó. Ninguno de ellos era hombre a quien hubiera visto antes.

Siguió adelante, atento a dar con el paradero de Ham para ponerle en libertad. Pero no hubo dado más de una docena de pasos cuando se detuvo.

Se oían pasos presurosos en el sendero. Evidentemente, un rezagado corría a reunirse con el grupo que acababa de pasar.

Monk escogió un matorral próximo al sendero y se acurrucó tras él. El rezagado corría con la boca abierta de par en par para poder respirar mejor, lo que hacía que pareciese no tener barbilla. Soltó una especie de balido al surgir el químico de detrás del matorral. Rodaron ambos por el suelo y, cuando se detuvieron, Monk se hallaba sentado a horcajadas sobre el otro.

El cautivo tenía los ojos acuosos y Monk le dio masaje en uno de ellos con el cañón de la súper ametralladora.

—¿Dónde está Ham? —exigió.

—¡No dispare! —clamó el otro.

—¿Dónde está Ham? ¡Maldita sea tu estampa!

—¡La cuarta casa al entrar en el pueblo!

Monk le asió de la barbilla y le cerró la boca. Luego, antes de que el otro se diera cuenta de lo que le iba a pasar, le dio un solo golpe, como si intentara clavar un clavo.

El hombre soltó un sonido que parecía un gorgoteo y le giraron los ojos en las órbitas.

—¡Once! —dijo el químico.

La cuarta casa era un edificio que ocupaba mucho terreno y que tenía un tejado más pendiente de lo usual y una gran chimenea a

cada extremo.

Arquitectónicamente, tal vez fuera el edificio más imponente del pueblo, con una sola excepción: un colegio de piedra que se alzaba, algo separado, en una pequeña colina.

Había un hombre obeso delante de la puerta, con un fusil en una mano y con la otra curvada junto a la oreja.

Como toda su atención estaba concentrada en interceptar cualquier sonido procedente del lugar de la instalación, no oyó a Monk deslizarse por detrás de él. A veces Monk sabía moverse con sorprendente ligereza para un hombre de su tamaño.

De un manotazo le tiró el fusil; luego asió al hombre de la garganta y le usó como maza para abrir la puerta.

No había esperado encontrar más hombres dentro de la casa. Había supuesto que todos andarían buscándole por fuera.

Recibió una sorpresa.

Había varios hombres. Veíase sobre una mesa situada en el centro del cuarto una caja, alrededor de la cual se hallaban todos reunidos Estaban entretenidos, en abrirla y repartir los fusiles que contenía.

Los hombres se volvieron al entrar Monk tras su magullada víctima.

Estaban boquiabiertos de sorpresa.

Monk alzó la pistola súper ametralladora. Su intención era tumbar a todos ellos con balas de misericordia antes de que pudieran entrar en acción. Su cautivo le estropeó el plan, pues se asió a la súper ametralladora con ambas manos y la sujetó como si estuviera ahogándose en el mar y aquel fuera el único salvavidas a la vista..

El puño libre de Monk rebotó sobre su cabeza. El hombre soltó un grito; pero siguió agarrado. Monk gruñó y se dejó caer de rodillas, intentando apuntar a sus adversarios.

Uno de ellos Dio un salto y cayó de pie sobre la espalda del químico. EL impacto aquel hubiera bastado para romper una espina dorsal corriente.

Monk sólo soltó un resoplido, sin embargo, y dio al otro un puñetazo que le hizo dar una voltereta en el aire.

Luego le largó otro golpe al que sujetaba la súper ametralladora más fuerte que los que le diera anteriormente. El hombre empezó a

temblar de pies a cabeza.

—¡Doce! —rugió Monk.

Intentó extraer su pistola de la mano del hombre que ya había perdido el conocimiento; pero no pudo hacerlo antes de verse obligado a alzarse y hacer frente al ataque de dos enemigos.

La pareja no tenía más armas que los puños, lo que resultaba una verdadera desgracia para ellos. Uno se sentó bruscamente, con expresión inexpresablemente dolorida, y se llevó ambas manos a la boca del estómago, en la que el puño de Monk había descansado durante un momento.

El otro hombre esquivó un puñetazo Luego saltó hacia atrás, cauteloso, tropezó con una silla, casi cayó por encima de ella y luego la cogió.

Se la tiró a Monk.

Este tuvo tiempo de sobra para esquivarla, porque la vio venir. Pero no lo hizo. Alzó la mano y con una habilidad que hizo parecer fácil la cosa, cogió la silla. La asió por una pata y, empleándola a modo de maza, cargó contra sus adversarios.

Éstos se dispersaron a su paso. Uno de ellos sacó un revólver, perdiéndolo y quedándose con una muñeca rota al descargarle el químico un silletazo.

La puerta exterior se oscureció al entrar nuevos hombres. El grupo que marchara por el sendero había vuelto atrás al oír el tumulto.

—¡Coged a ese mico vivo! —aulló uno—. ¡Tenemos que hacerle declarar lo qué sabe Doc Savage de nosotros!

Dos hombres cogieron las mesas tirando al suelo la caja de fusiles.

Corrieron hacia Monk con la mesa lo bastante alta para que éste no pudiera esgrimir la silla. Le acorralaron contra la pared.

Monk dejó caer la silla y salió, rugiendo, de entre la mesa y la pared. Sus brazos se movieron como aspas de molino. Unos hombres se pegaron como sanguijuelas a sus piernas, a su cintura y, por fin a sus brazos. Le arrastraron al suelo.

Se amontonaron sobre él, como moscas sobre azúcar. Varias veces Monk, gritando a todo pulmón asomó por encima de la pila, para volver a ser tumbado y cubierto.

Cuando más violento se hacía el combate, más chillaba Monk.

Lo intenso del ruido que hacía siempre indicaba la violencia de la lucha.

Empezaba por susurrar apenas en su voz infantil y, en una lucha dura acababa por quedarse ronco de tanto gritar.

En aquellos momentos gritaba tan alto que amenazaba quedarse sin voz.

Estaba muy sumergido en la pila de hombres y puesto que no había sitio para dar golpes, pellizcaba, pinchaba y retorcía, arrancando trozos de ropa y a veces hasta desgarrando la piel.

Mediante un esfuerzo hercúleo, sacó la cabeza del montón para respirar.

Alguien empezó a darle puntapiés en la cabeza. Intentó hundirla de nuevo en la pila de hombres, estilo tortuga; pero no pudo.

Vez tras vez el pie aquel entró en contacto con la sien de Monk. Aquello era demasiado hasta para un hombre tan resistente como el químico.

—¡Trece! —gimió.

Y perdió el conocimiento.

Antes de haber transcurrido la hora completa el gran hidroavión despegó, alzándose sin dificultad de las aguas relativamente tranquilas situadas entre las dos lengüetas de tierra que, desde arriba, parecían las patas de una rana.

Dentro del camarote del avión, los periodistas charlaban entre sí; los que no, se hallaban ya sentados ante sus máquinas portátiles escribiendo el relato que iría inmediatamente a ser compuesto en cuanto llegaran al periódico.

Se les había contado algo que justificaba lo ocurrido con Monk y Ham y se lo habían creído todo a pie juntillas, cosa que no era mucho de extrañar, porque la explicación había sido plausible en grado sumo.

Monk y Ham —les habían explicado— no eran periodistas, sino conspiradores que intentaban robar el secreto del procedimiento para extraer oro del mar.

Monk y Ham no se hallaban a bordo del aeroplano. Eran prisioneros y como talen permanecerían aguardando la sentencia del monarca de Isla Magna.

A los periodistas se les había pedido que no olvidasen que Isla Magna era una potencia independiente, tan nación aparte como

Inglaterra, Francia o Norteamérica.

No era fácil que los representantes de la prensa lo olvidaran. Pasaría mucho tiempo antes de que olvidaran detalle alguno de lo sorprendente de la isla y de lo que allí había ocurrido.

Tampoco lo olvidarían los periódicos de Inglaterra, el Continente y América en mucho tiempo. Era aquella una historia como para que la publicaran en primera plana, hasta los diarios londinenses más conservadores.

Benjamín Giltstein no regresaba con el avión. Los periodistas aún le creían muerto, ya que a éste no se le habían pasado todavía los efectos de la bala de misericordia que le había clavado Monk.

A modo de recuerdo, cada periodista llevaba su pequeño cubito de oro que valía, aproximadamente, mil dólares.

CAPÍTULO XV

ATAQUE EN LONDRES

LOS periódicos dieron un bombo enorme al asunto. Aquellos cuyos representantes habían cometido el error de no llevarse máquina fotográfica a Isla Magna, reprodujeron dibujos hechos a toda prisa por sus artistas.

Sólo dos periódicos —los más conservadores— no sacaron ediciones extraordinarias; pero uno de ellos tampoco había sacado número extraordinario al acabar la Guerra Europea, conque ello no significaba que no considerasen Isla Magna un buen asunto.

El criado del hotel entregó a Doc Savage las últimas ediciones de los números extraordinarios. El asombroso hombre de bronce se hallaba solo en su cuarto del hotel londinense y repasó los diarios sin que su expresión sufriera cambio alguno.

Sin embargo, el singular trino, el sonido extrañamente exótico que era parte de él, se oyó subir y bajar la escala musical, sin seguir una tonada determinada, y, no obstante, siendo claramente musical en su ondulante calidad.

El relato de los periódicos versaba sobre el procedimiento para extraer oro del agua del mar, sueño de la Humanidad durante muchos años.

Los periodistas más serios hacían de esto el punto principal, hablando luego de cómo dos criminales habían intentado apoderarse del secreto.

Los periódicos más pomposos aprovechaban el asunto del supuesto intento de robo dedicándole la mar de espacio.

Uno de ellos publicaba la opinión de un abogado internacional, según el cual Isla Magna era decididamente, una isla independiente, libre de todo impuesto.

Dicho abogado expresaba también el convencimiento de que las autoridades de Isla Magna tenían derecho a hacer lo que se les antojara de los dos criminales que habían tenido el poco talento de intentar robar el secreto del procedimiento para la extracción de oro del agua del mar. Doc Savage echó los periódicos a un lado, cogió el teléfono y pidió conferencia con la cárcel de Southampton en que Wall —Samuels, el hombre que decía ser detective particular, había estado encerrado.

«Había estado» hemos dicho. Y lo repetimos. Un abogado astuto había logrado sacarle de la cárcel. Nadie conocía su paradero en aquellos momentos.

Doc Savage apagó las luces, se acercó a la ventana y se asomó a la calle.

Empezaba a anochecer y estaba aguardando a Johnny. El apagar las luces era una de las precauciones habituales que le habían permitido a aquel hombre de bronce vivir durante años de infinito peligro.

Abajo, en la calle, se detuvo un taxi y un hombre alto, tan delgado que parecía un traje animado, se apeó. La silueta de Johnny resultaba llamativa, aun a distancia.

Despidió el coche y entró en el hotel.

Unos tres minutos después, una mano probó la puerta, la halló cerrada y llamó.

Doc se acercó y dio vuelta a la llave, abriendo.

Una detonación sonó en sus oídos y una lengua de llama pareció quererle acariciar el pecho.

Dobló los brazos y se los puso al nivel de los hombros y saltó a un lado.

Llevaba un chaleco a prueba de balas; pero no tenía protegidos los brazos.

La bala, pasando a unos cinco centímetros de él, rasgó un centro de mesa y abrió un surco en la superficie del mueble.

Doc se había echado hacia el mismo lado de la puerta. La empujó para cerrarla. Un hombre cargó contra la puerta intentando impedirlo.

El hombre de bronce hizo fuerza, cerró y la cerradura de muelle encajó por sí sola.

Empezaron a saltar astillas de la puerta bajo el impacto de balas.

—¡Imbéciles! —aulló la voz de Wall— Samuels —. ¡Disparad contra la cerradura!

Los disparos se hicieron menos alocados y dieron con violenta exactitud.

La cerradura saltó.

—¡Cuidado! —ordenó Wall— Samuels.

Pegó un puntapié a la puerta y ésta se entreabrió. Con una pistola dirigió tiros a varios rincones del cuarto. Masculló una blasfemia, porque la habitación se hallaba a oscuras. Luego buscó a tientas el interruptor y lo apretó.

—Más vale que nos larguemos de aquí —dijo el otro.

—Si —contestó Samuels;— más vale.

Salieron precipitadamente.

Abajo, una mujer empezó a gritar.

La que gritaba era de edad, huesuda y de rostro poco agraciado. Tenía la boca abierta todo lo que daba de sí y los alaridos que soltaba eran roncos y de sobresalto.

—¡Hay un hombre en mi cuarto! —aulló.

—Tenga la bondad de tranquilizarse y callar, señora —le rogó Doc Savage, serenamente.

El hombre de bronce había entrado por la ventana, habiéndose descolgado hasta el alféizar mediante un delgado cordón de seda.

Había un gancho atado al cordón; éste había estado enganchado en la ventana del piso superior; pero una sacudida había bastado para descolgarlo.

Doc había estado arrollando el cordón al gancho, que era telescópico, y metiéndoselo en el bolsillo.

—¡Auxilio! ¡Asesinos! ¡Guardias! —aullaba la mujer, asustada.

Luego vió mejor al hombre de bronce, dejó de gritar y preguntó en voz algo melosa:

—¿Qué demonios está usted haciendo aquí?

La llave estaba en la parte interior de la puerta. El hombre de bronce la hizo girar en la cerradura y un instante después, se hallaba fuera, en el pasillo.

La mujer empezó a lanzar alaridos otra vez.

Doc Savage escuchó junto al hueco del ascensor y oyó un ruido que le hizo comprender que se estaba luchando en uno de los ascensores.

Evidentemente estaban reduciendo al botones a la impotencia. Bajó corriendo bruscamente la escalera; iba a una velocidad asombrosa.

Se oyeron disparos abajo.

Halló el vestíbulo en pleno revuelo. Wall —Samuels y sus hombres habían derribado a tiros la araña que iluminaba el lugar, para sembrar el terror entre los que allí se hallaban.

Unos coches que aguardaban fuera se llevaron a la cuadrilla. Doc vió, durante unos segundos el último vehículo.

Bajó el ascensor y salió Johnny, evidentemente disgustado.

—¡Qué caprichos tiene la mordaz adversidad! —dijo—. Me he perdido el jaleo.

—Evidentemente, calcularon el ataque para el momento en que tú llegaras —dijo Doc—. Dieron por sentado que yo, personalmente te abriría la puerta y que así tendrían ocasión de disparar contra mí.

—Y… ¿la tuvieron?

—Sí.

—¡Ultrarreprensible! Y… ¿lograron fugarse?

—Así parece. Pero vi el último de sus coches y me fijé en su número de matrícula. —Doc salió, encontró a un policía y le dio el número del automóvil que había visto. El guardia prometió hacer radiar la alarma inmediatamente para que se buscara dicho vehículo.

Johnny estaba leyendo las ediciones extraordinarias de los periódicos cuando Doc se reunió con él. Las facciones del huesudo arqueólogo eran un verdadero cuadro al leer el relato.

No se citaban los nombres de Monk y Ham. Sólo se hablaba de ellos como criminales mercenarios; pero Johnny sabía lo que aquello quería decir.

Miró a Doc. No empleó palabras largas.

—Es una noticia de alivio —dijo, lentamente.

Doc Savage le condujo a un rincón solitario del vestíbulo.

—¿Qué averiguaste? —respondió.

Johnny dio un golpe al periódico.

—De este relato es difícil deducir…

—No me refiero a eso. Antes de regresar al hotel estabas recogiendo datos históricos del reinado del rey Juan.

—¡Ah!¿Eso? —el hombre huesudo se registró los bolsillos. Y

sacó un manojo de documentos—. Aquí tienes una breve sinopsis del reinado de Juan. Oye, ese rey Juan, era un hombre de cuidado. Probablemente fue uno de los peores reyes que haya tenido Inglaterra.

En aquel instante se acercó un policía para decirles que el coche de Wall —Samuels había sido visto cerca de Kentish Town.

Wall —Samuels y sus cuatro hombres iban ya en el mismo automóvil. Habían intentado detenerles varios policías y los fugitivos habían disparado contra ellos, siguiendo su camino en dirección Norte.

Doc Savage le escuchó en silencio. Luego repasó los documentos que le había dado Johnny. Se los guardó sin hacer comentario alguno y era imposible deducir de sus facciones si había hallado algo interesante en ellos o no.

—Vamos —le dijo a su compañero.

Subieron al cuarto de Doc y recogieron una serie de cajas de metal equipadas de asas de cuero. Estas cajas contenían los numerosos aparatos científicos del hombre de bronce y los llevaba siempre dondequiera que iba.

Un taxi rápido les llevó desde el hotel a través del numeroso tráfico londinense, hasta un aeródromo.

No se trataba de Croydon, lugar de aterrizaje de las líneas comerciales, sino de otro aeropuerto empleado por deportistas y compañías comerciales de menor cuantía que se dedicaban a vender aeroplanos.

El hombre de bronce compró un aparato —uno de los modelos más modernos y veloces— que le costó poco más de dos mil libras esterlinas.

Doc Savage pagó la cantidad en efectivo, sin comentario ni preocupación aparente. Dos mil libras esterlinas, después de todo, no representaban una cantidad excesiva para él, porque el hombre de bronce tenía acceso a un tesoro cuyo valor hubiera aturdido al hombre más fantástico.

Antes de despegar en el aparato recién comprado y mientras lo cargaban de gasolina y lubrificantes, Doc hizo una llamada telefónica a la Policía.

El coche de Wall —Samuels había sido hallado... en otro aeródromo. Y Wall— Samuels y sus cuatro hombres habían

despegado en un aeroplano, perdiéndose en la noche.

—Mi hipótesis es que se han marchado en dirección a la Isla Magna —aventuró Johnny.

Doc probó el potente motor del nuevo aparato. Funcionaba a la perfección.

—Isla Magna es lo más probable —asintió.

Johnny empezó a meter sus cosas en la cabina del aeroplano.

—Deduzco que nos disponemos a investigar la misteriosa Isla Magna —dijo.

—No te equivocas —repuso Doc.

CAPÍTULO XVI

HILOS DE FUEGO

LA luna brillaba; las estrellas como iridiscentes chispas, lucían permanentemente en el cielo; pero a unos siete u ocho mil pies de altura, nubes amontonadas al principio en masas grises y abultadas a las que la luz de la luna daba aspecto de espuma plateada; luego, debajo de éstas, veíanse falanges de vapor más oscuro y densa que amenazaban con descargar lluvia.

Sobre el mar y hasta dos mil pies de altura, la oscuridad era profunda.

Doc Savage condujo el aparato en dirección a Isla Magna volando a catorce mil pies, donde la atmósfera estaba despejada y hacía frío.

De vez en cuando consultaba instrumentos; luego cambiaba un alfiler que indicaba su posición en el mapa colocado en el tablero bajo el salpicadero.

Su idea de su posición era increíblemente exacta.

Johnny estaba repasando las pistolas súper ametralladoras, sacando cartuchos de los tambores de municiones y pasándolos por un aparato que descubría si tenían alguna falla microscópica que pudiera hacer que las armas se encasquillaran.

—Este es aún un enigma profundo —murmuró—. El hecho subsiste tan inalterablemente claro que no podemos formar hipótesis alguna que aclare la relación que pueda haber entre El Pantano e Isla Magna.

—¿Están las armas en buen estado? —preguntó Doc.

—Sí.

—Vamos a descender ahora. Isla Magna se halla a muy pocas millas de aquí ya.

El hombre de bronce cortó la magneto, y la hélice no pudiendo girar contra la compresión del motor nuevo, se convirtió en una rígida hoja de aluminio que brilló a la luz de la luna.

El aparato se inclinó y bajó como un espectro de alas rígidas.

La masa de nubes subió a su encuentro. Hililllos de vapor pasaron por sus lados como espuma y aparecieron abismos más negros y agujas de nube más oscuras, como si fueran bocas hambrientas y marcados colmillos.

—Encantador lugar —murmuró Johnny.

Como si se les hubiera tragado por completo, la oscuridad les envolvió. El interior del aeroplano se tornó húmedo. Una vez las gotas de lluvia repicaron contra las ventanillas.

—El reflector de rayos infrarrojos —ordenó Doc.

Johnny corrió a una de las cajas de metal, la abrió y sacó un voluminoso aparato. Conectó un cable del mismo a otra caja que contenía un generador operado por un potente motor de cuerda. Gruñó y sudó dándole cuerda a este último.

De una tercera caja extrajo una especie de gafas que parecían cajas y que él y Doc se pusieron. Luego Johnny abrió una ventanilla, sacó por ella el reflector de rayos infrarrojos y dio a un interruptor.

No había habido más que intensa oscuridad delante y debajo; una oscuridad que resultaba imponente. Pero el reflector obró un cambio sorprendente.

Nubes y bruma fueron atravesados mucho más de lo que hubiera podido hacerlo un reflector corriente.

Hallándose los rayos infrarrojos fuera del espectro visible, resultaban invisibles para el ojo humano. Sólo con ayuda de las complicadas gafas que los dos hombres se habían puesto podía ser usado el reflector para examinar el terreno.

No se hallaban por debajo de las nubes. Doc niveló un poco más la quilla del aparato para evitar que el silbido del aire al pasar por el fuselaje revelara su proximidad.

Con una rapidez que sobresaltó levemente a Johnny, descendieron por debajo de las nubes. Miró por las gafas.

—¡Allí! —exclamó.

Isla Magna, se hallaba debajo de ellos. Parecía extrañamente anormal, porque no se tenía impresión alguna de color con los rayos

infrarrojos. No se veían más que diversos matices de luz y sombra.

Doc Savage no voló directamente sobre la isla, sino que describió un ancho círculo, manteniéndose alejado de la costa.

Le era posible distinguir el pueblo y la instalación para la extracción de oro del agua. Esta última se hallaba a oscuras.

Había playa por la parte interior de los dos brazos de tierra, en la que podían aterrizar. Aparte de esto, no se veía ningún lugar apropiado para ello.

Doc acercó el aparato un poco más al interior.

Abajo, en la isla, se vió un pequeño destello y desde él una hilera de chispas se extendió hacia arriba, ésta pasó al aeroplano y se convirtió, de pronto, en deslumbradora bola de luz que quedó suspendida, casi inmóvil, en el aire.

—Una bengala con paracaídas —dijo, Doc, sombrío—. No estaban dormidos.

El aparato empezó a vibrar levemente. Era todo de metal y la extremidad del ala izquierda parecía empezar a corroerse mientras que abajo, en tierra, se veía como un ojo encarnado que parpadeaba. Era una ametralladora.

—El principio de una noche muy movida —vaticinó Johnny, tranquilamente.

Doc —empezó a maniobrar con el aeroplano y salió de la lluvia de metralla.

La bengala, suspendida en un paracaídas, se hundió hasta quedar debajo de ellos. Quedaron en la oscuridad.

En la península más al Oeste de las dos se estaban empujando dos hidroaviones al agua. Habían estado casi escondidos entre los árboles que cubrían aquella parte de la isla.

Una segunda bengala ascendió y se iluminó. Las ametralladoras rompieron fuego de nuevo. Empleaban balas trazadoras aquella vez y por muchas maniobras que hizo Doc no pudo librarse de que le dieran de vez en cuando.

—Yo tengo un remedio para tan molesta conducta —comentó Johnny.

Quitó el tambor de balas de misericordia de su pistola y colocó otro que llevaba un número distinto. Luego se inclinó hacía afuera, apuntó cuidadosamente e hizo un solo disparo.

En tierra se vió una enorme llamarada y un árbol cayó,

arrancado de raíz.

Esto ocurrió cerca de una de las ametralladoras.

Johnny volvió a disparar. Aquella bala hizo un enorme agujero en el suelo.

El explosivo que contenían aquellos proyectiles era potentísimo.

Johnny continuó disparando y los hombres que servían una ametralladora —era en realidad, un antiaéreo del tipo más moderno — perdieron la serenidad y huyeron, abandonando la pieza.

Johnny tuvo que disparar cinco veces más antes de dar al antiaéreo y destruirlo.

Los dos aviones se hallaban ya sobre el agua corriendo a gran velocidad.

Doc puso su aparato de canto sobre un ala y bajó hacia uno de ellos. Johnny apuntó, sin prisas; luego soltó una ráfaga de balas explosivas.

El agua pareció hervir delante de uno de los hidroaviones y el aparato se movió como si saltara. Durante un instante pareció que podría seguir adelante.

Luego se inclinó hasta que la extremidad de un ala se clavó en el agua y como consecuencia de ello, el aparato giró tan violentamente que zozobró por completo. Cuando empezaba a hundirse salieron hombres, apresuradamente, por las ventanillas.

EL segundo hidroavión logró despegar. Su piloto inmediatamente procuró ascender lo más aprisa posible, elevando para ello la nariz de su nave.

Unos momentos después se dirigía hacia el aparato de Doc. Dos leves chispas encarnadas danzaban por encima del motor.

Hubo una vibración violenta; luego Doc luchó con los mandos y echó su aparato a un lado. Abrió la ventanilla y miró hacia abajo.

El tren de aterrizaje colgaba hecho trizas.

—Ametralladoras sincronizadas —le dijo a Johnny—. Ese segundo aparato va a ser duro de pelar. Parece tan rápido como el nuestro o más.

Había subido una tercera bengala iluminando el cielo. Johnny, esforzando la vista, vió que las bengalas las sacaban del almacén de herramientas próximo al edificio grande que dedujo contendría la instalación.

Apuntó cuidadosamente al almacén y disparó una bala

explosiva. No dio en el blanco y tuvo que disparar tres veces más antes de que el almacén se convirtiera en un montón de vigas, hojalata y polvo.

—Eso pone fin al asunto de las bengalas —gruñó.

Si los ocupantes del aparato que tenía ametralladoras sincronizadas esperaban que Doc Savage permaneciera en el aire y diera batalla allí recibieron una sorpresa.

En cuanto la última bengala se hundió en el mar, Doc empezó a descender.

—Vinimos a ayudar a Monk y a Ham —le dijo a Johnny—, y no a luchar por el gusto de hacerlo.

El tronar del otro aparato resonaba por toda la isla, ahogando por completo el poco ruido que hacía el avión de Doc después de haber cortado el motor.

Esperaba aterrizar sin motor; pero si le hacia falta, había un arranque de electroinercia para ponerlo en marcha mientras aun se hallara en el aire.

De nuevo se empleó el reflector de rayos infrarrojos y las extrañas gafas.

Doc echó el aeroplano hacia la playa, giró hasta meterse en la dirección del viento (que ya había observado por el movimiento de las bengalas) y niveló la quilla.

Johnny se aplastó contra el salpicadero y se cubrió la cara con la chaqueta.

No tenían tren de aterrizaje y era imposible prever lo que sucedería.

Doc escogió un punto en el agua, a pocos metros de la playa, quitó toda la velocidad posible pisando violentamente el timón y enfiló tierra.

Hubo un golpe, un rebote y luego una sacudida al estrellarse contra ellos las olas. Con un silbido metálico, al plegarse por completo un ala, el aparato se detuvo finalmente, con la proa metida en la arena.

Luego hubo un silencio interrumpido tan sólo por el gorgoteo del agua del mar y los gritos excitados de sus enemigos por encima del zumbido del motor del otro aeroplano.

—¿Te has hecho daño? —inquirió Doc.

—No —respondió Johnny.

El hombre de bronce saltó del aparato, encontró que el agua le llegaba a la cintura y vadeó a tierra. Johnny chapaleó tras él.

Hallaron más conveniente correr en dirección a la instalación extractora de oro. Detrás de ellos se oían voces de hombres que se llamaban unos a otros con ansiedad.

Lámparas de bolsillo y reflectores de mano hacían correr de un lado a otro sus haces de luz.

Una serie de blasfemias anunció que había sido hallado el aparato en el agua. Enfocaron al avión con las luces como señal para el aparato que volaba, que tanto daba que amarase ya.

Delante de Doc se cernió un edificio cuadrado. Cerca de él ardía y humeaba un montón de escombros, restos del almacén de herramientas destruido por Johnny.

—¡Aguarda! —ordenó Doc.

Johnny abrió la boca para preguntar qué tenía la intención de hacer; pero el hombre de bronce le abandonó demasiado aprisa, y el huesudo geólogo se quedó rígido, jadeando y escuchando.

Doc Savage se acercó a la puerta del lugar en que se hallaba la instalación.

Tenía un enorme candado; pero éste se abrió al hurgarlo Doc con el pincho de metal que sacó de su chaleco secreto.

Una vez dentro, sacó una lámpara de bolsillo. Esta funcionaba merced a un generador de resorte y la lente podía graduarse hasta proyectar un haz luminoso del grueso de un lápiz.

La luz viajó rápidamente por encima de los depósitos y tuberías. Alguna que otra vez el haz luminoso se ensanchaba momentáneamente.

Permaneció bien ancho durante varios segundos cuando Doc llegó al largo depósito del que salía la concentración final que los periodistas habían visto convertir en cubitos de oro. Fuera, Johnny se agitaba inquieto. Empezaba a sentir ansiedad porque oía acercarse a sus enemigos. Los hombres estaban siguiendo las huellas que Doc y él habían dejado en la blanda arena de la playa.

Preparó la pistola para usarla como ametralladora y se aseguró de que el tambor contenía balas de misericordia.

Cuando Doc apareció a su lado se sobresaltó y por poco empezó a disparar.

—¿Qué encontraste? —preguntó.

—Nos oirán —susurró Doc;— echemos a andar hacia el pueblo.

Se alejaron cautelosamente y en la intensa oscuridad era necesario orientarse por el tacto tan sólo. Doc iba delante.

Con frecuencia sus manos guiaban a Johnny para que sorteara un obstáculo que éste no lograba ver.

—Ahora no nos oirán —susurró Johnny al poco rato—. ¿Qué descubriste?

—¡Mucho! ¡La instalación para extraer oro del océano es una impostura!

—¿Cómo?

—¡Una impostura! —repitió Doc—. No están sacando oro del mar.

CAPÍTULO XVII

JALEO EN LA NOCHE

JOHNNY siguió a Doc Savage en silencio durante un rato digiriendo lo que le acababa de decir.

Empezó:

—Pero los periodistas dijeron...

—Les engañaron. La idea de extraer oro del océano no es un imposible. Se ha llegado a hacer incluso, en pequeña escala, en el laboratorio. Pero esta gente no lo está haciendo con el aparato que tiene instalado.

Johnny gruñó:

—Entonces, ¿qué significa todo esto? Han gastado la mar de dinero en comprar la isla y hacer la instalación.

—En total, les habrá costado menos de cien mil dólares. Y cuando uno trata en millones —le recordó Doc—, eso no es una cantidad muy grande.

—Entonces, ¿quieres decirme para qué construyeron la instalación?

—Eso tal vez se averigüe antes de que hayamos terminado ¡Silencio! Llegamos al pueblo.

Ardían luces en algunas de las cabañas. Algunas figuras pasaban rápidamente por delante de las ventanas. Apareció un hombre en una puerta, con los hombros envueltos en cananas con municiones para ametralladoras grandes.

—No cabe la menor duda de que estaban preparados para un asedio —susurró Johnny.

Doc Savage nada dijo, sino que miró atentamente hacia adelante. Otro hombre franqueó la iluminada puerta, con las manos llenas de huevos metálicos que eran indudablemente granadas.

Doc dedujo que aquella casa debía ser la armería.

—Aguarda aquí —le dijo a Johnny.

Avanzó haciendo muy poco ruido. Dada la intensa oscuridad, no era preciso tener mucho cuidado para no ser visto, salvo ir preparado para dejarse caer al suelo si alguien encendía una lámpara de bolsillo.

Llegó a una ventana de la cabaña de la que habían salido hombres con armas.

En el interior había un cuarto grande, cuyo suelo estaba cubierto de cajas que contenían armas y municiones. Doc trabajó en la ventana, la abrió y entró. Encontró un martillo pequeño que había sido usado para abrir las cajas.

Unos golpes secos con el martillo inutilizaron arma tras arma.

Había una caja de cintos de ametralladora cargados ya de cartuchos. Con una navaja los deshizo por completo.

Vió una caja de granadas de mano. El inutilizarlas requería demasiado tiempo. Tendría que esconderlas.

Otra cosa que llamó su atención fue una caja de dinamita —material de primera calidad— que debía haberse empleado para barrenar al hacer la instalación. Sólo faltaban unas cuantas barras.

Cerca de esto había un rollo grande de alambre aislado y un generador detonante de tipo antiguo, de los que tienen un mango recto.

Al empujar éste hacia abajo, hacía girar el generador produciendo corriente suficiente para hacer explotar el fulminante.

Doc hizo dos viajes al exterior, llevándose las granadas de mano primero y luego la dinamita, el alambre y el generador. Tal vez resultaran útiles.

Lo ocultó todo entre maleza y arbustos, cubriéndolo con tierra. Se guardó algunas de las granadas en el bolsillo.

Si se habían oído los golpes que diera al inutilizar las armas —cosa casi segura— habrían creído que el ruido lo había hecho uno de sus propios hombres.

Johnny le aguardaba con ansiedad.

—¿Qué, ahora? —preguntó.

—Encontrar a Ham y a Monk —susurró Doc—. Pero primero es preciso que la cuadrilla crea que estamos cerca del otro extremo de la isla. Aguarda aquí. —Unos cinco minutos más tarde, Paquis

celebraba una conferencia con sus hombres en el lado opuesto de la Isla Magna. Paquis se había repuesto por completo de los efectos de las ampollas de gas, rotas en el bolsillo de Ham.

—«Non non»! —exclamó con insistencia.

—No. No se atreverían a dirigirse hacia el pueblo.

—Ese Doc Savage se atrevería a cualquier cosa —dijo Smith.

Paquis se encogió de hombros.

—Sea como fuere le tenemos acorralado aquí en la isla. Nuestro avión es su único medio de huída. Y he dado órdenes al aparato que vuele y que no amare, para que no haya posibilidad de que se apodere de él, hasta que hayamos liquidado este asunto.

Un momento después empezó a oírse el zumbido del motor. El sonido retrocedió y cambió de tono al elevarse el avión.

Luego se vieron los reflectores de las extremidades de las alas, que corrían, como dos ojos grandes, por encima de los árboles. El hidroavión empezó a describir círculos alrededor de la isla.

Paquis masculló una maldición.

—¡Los muy idiotas! Vuelan tan bajo que el ruido del motor no nos permitirá oír si se acerca ese Doc Savage.

Empezó a gritar y agitar una lámpara de bolsillo, intentando hacerle comprender al piloto que debía alejarse más.

Casi al lado de Paquis se oyó una explosión tremenda y surgió una llamarada. A Paquis por poco se le pusieron los pelos de punta y perdió el sombrero al correr en busca de refugio.

—! < Prends Barde > ! —aulló—. ¡Cuidado! ¡Una granada!

Otra granada estalló más cerca que la primera. Los hombres se dispersaron.

Algunos de ellos tuvieron suficiente presencia de ánimo para hacer uso de las lámparas. Los haces luminosos, perforando la oscuridad, iluminaron la gigantesca figura de un hombre.

—¡Doc Savage! —rugió Paquis—. ¡Ya os dije que estaría en este lado de la isla!

Dando un salto atrás, Doc se perdió de vista. Sonó una solitaria pistola; luego una descarga cerrada. Corteza, ramas y hojas cayeron como lluvia.

Un arbolillo, segado por completo, se derrumbó ruidosamente.

Pero Doc Savage se hallaba a unos metros de distancia, corriendo con rapidez. Antes de tirar las dos granadas de mano para

llamar la atención había explorado el terreno. No hizo ruido alguno que el zumbido del motor del aeroplano permitiera oír.

—!<Ecoutez>! —aullaba Paquis—. ¡Escuchen! ¡Tal vez podamos oírle! ¡Maldito sea ese infernal avión!

Paquis aullaba y maldecía en la distancia cuando Doc apareció al lado de Johnny tan silenciosamente como un fantasma.

—Estaba preocupado —dijo el arqueólogo—. Las granadas...

—Las granadas son de su propio armería —explicó Doc—. Las demás están escondidas. ¿Abandonó alguno el pueblo durante el jaleo?

—Tres hombres. Creo que uno de los prisioneros está en esa casa de allá. Por lo menos hay un hombre en la puerta, como montando guardia.

La casa —o mejor dicho, las luces de la casa— que Johnny indicaba estaba al lado sur de la calle. Él y Doc avanzaron hacía ella silenciosamente.

Antes de que hubieran ido muy lejos, la puerta se abrió, derramando luz rojiza que debía emanar de una linterna, y un hombre armado se detuvo unos instantes en la abertura, escuchando.

—¡Mira! ¡Ahí está el centinela! —susurró Johnny.

Con una presión de los dedos, Doc le indicó que aguardara. Luego avanzó él solo. Había muy pocas probabilidades de que le descubrieran, gracias a la noche y al ruido del aeroplano.

El centinela se llevó una mano a la oreja. Luego volvió a bajarla y dirigió una mirada de rabia al aeroplano. Se oyó un golpe dado en carne. El centinela dio un par de pasos, se le doblaron las rodillas y cayó sobre su fusil.

La granada que había tirado Doc rebotó contra la entreabierta puerta después de darle al centinela en la cabeza y rodó dentro de la casa.

Salió del interior un ronco grito en voz masculina, un grito ahogado lleno de terror.

Doc Savage corrió a la puerta. Un hombre viejo, delgado, de cabello blanco, se hallaba sentado en el suelo. Llevaba polainas y un cuello sucio cuyas puntas parecían alas.

Estaba esposado a un volante de hierro, demasiado pesado para que pudiera moverlo y miraba con terror a la granada que se había

parado a un metro escaso de él.

—No se ha sacado el perno —le dijo Doc—. No explotará.

El hombre se estremeció de sorpresa, como si hubiera recibido una sacudida eléctrica. Habló; pero sus palabras eran ininteligibles al principio.

Respirando profundamente probó otra vez.

—¡Doc Savage! —exclamó—. No… no puede usted ser ninguna otra persona.

El gigante de bronce se dejó caer al lado del viejo y asió la cadena de las esposas. Sus brazos, al hacer fuerza, se convirtieron en dos barras cubiertas de músculo.

El viejo soltó una exclamación de asombro al partirse los eslabones.

—Yo soy Wehman Mills —murmuró, y se puso en pie tan aprisa como se lo permitieron sus entumecidas articulaciones—. ¡Mi sobrina! ¡Está en la casa de al lado!

—¿Quién?

—¡Elaine!

Era la primera vez que el hombre de bronce oía hablar de Elaine; pero las explicaciones tendrían que esperar.

—¿Dónde están Monk y Ham? —preguntó.

—No lo sé. Pero Elaine…

—Iremos por Elaine.

Como el viejo era lento, Doc le cogió y le hizo salir aprisa. Se detuvo un instante a examinar al centinela. Éste tendría suerte si se despertaba al día siguiente.

Elaine estaba en la casa de al lado. No había ningún centinela con ella. Doc empleó una lámpara de bolsillo para ver las esposas que la sujetaban, mientras repetía la proeza de romperlas con los dedos.

La linda Elaine Mills miró al hombre de bronce de pies a cabeza y pareció evidentemente satisfecha de lo que vió.

—No creo que esta intentona salga tan mal como la otra —dijo.

Y en su agradable voz no se notó temblor alguno.

—¿Qué otra? —inquirió Doc.

—Su ayudante Ham intentó salvarnos ya.

Doc dijo: —Ham acostumbra hacer las cosas bastante bien.

—Las hizo excelentemente. Creo que hubiera podido sacarnos a

todos, de no haber sido porque Paquis y su cuadrilla se enteraron de dónde estaba Ham. Se presentaron en el momento más oportuno. Aun no he logrado comprender cómo pudieron hacerlo.

—¿Dónde está Ham ahora? —preguntó Doc—. ¿Y Monk?

—Más arriba de esta calle —contestó la muchacha—. Creo que están juntos.

Doc y sus compañeros salieron apresuradamente de la casa. Johnny ayudaba a Wehman Mills. Elaine se las arreglaba sola, aun cuando cojeaba un poco, entumecida por la postura en que había estado.

La primera casa que probaron estaba vacía. Igual ocurrió con la segunda y la tercera. Antes de llegar a la cuarta oyeron voces.

—¡Escucha, picapleitos del demonio! —decía la voz infantil de Monk—. ¡Me estás pinchando adrede con ese alfiler!

—¡Cállate! —contestó Ham—. ¡Aun tengo ganas de probar esa idea del cristal!

Monk y Ham estaban esposados a pesadas piezas de maquinaria y habían logrado arrastrarlas hasta hallarse sentados muy cerca el uno del otro. Ham estaba usando un alfiler de corbata para intentar abrir las esposas de Monk.

Saludaron a Doc con expresivas sonrisas. El hombre de bronce cogió el alfiler de corbata y se puso a trabajar en las esposas.

—¿Sabes tú la brillante idea que se le ocurrió a este picapleitos indecente para soltarnos? —dijo Monk, indignado—. Quería romper una ventana y usar el cristal para cortarme uno de los pulgares para que la mano me pasara bien por la anilla de las esposas.

—Estoy seguro de que hubiese ido bien —dijo Ham, sin pestañear.

Monk soltó un resoplido. Luego preguntó:

—¿Dónde está ese otro hombre... Henry Trump?

El hombre de bronce movió negativamente la cabeza.

—Estoy un poco atrasado, Monk. ¿Quién es Henry Trump?

Elaine Mills dijo:

—Un joven muy amable que intentó ayudarme y se vió complicado en este terrible asunto.

—Le buscaremos —aseguró Doc—. Y buscaremos una cosa que con toda seguridad, estará fuertemente guardada.

Monk expresó sorpresa.

—¿Cómo has dicho al final?

—Una cosa, con mucha guardia. O tal vez no esté en una casa. Puede estar en alguna otra parte de la isla.

—¿Qué?

—La otra casa que explicará todo esto —dijo Doc.

Wehman Mills se acercó a la puerta y se asomó.

Y cayó hacia atrás, un segundo antes de que una bala hiciera un agujero redondo en el marco de la puerta.

CAPÍTULO XVIII

LA ESCUELA

—NUESTRO intervalo de seguridad ha finiquitado precipitadamente —observó Johnny, con sequedad.

Sin prisa aparente, se acercó a una ventana, saltó por ella rompiendo cristales a su paso, y corrió hacia la esquina de la casa.

El hombre que había disparado contra Wehman Mills oyó romperse la ventana y acudió a hacer un disparo. Tenía un potente reflector de mano y lo encendió.

Johnny vió la luz, dedujo que el hombre la estaría sosteniendo a un lado y preparó la pistola para que disparara estilo ametralladora. Barrió con balas un espacio de unos cuatro metros a cada lado de la luz.

El reflector cayó; el hombre que lo había sostenido soltó un grito y, un momento después, apareció tambaleándose, llevándose la mano al pecho, donde le había dado la bala de misericordia y preguntándose, con toda seguridad, qué era lo que le había ocurrido. Se debilitó y se sentó. Luego se tendió cuan largo era.

—Será mejor que retrocedamos a través del pueblo —aconsejó Doc—. Registraremos las casas por el camino.

—Sí —exclamó Elaine;— ¡es preciso que encontremos a Henry Trump!

—Y cierta cosa que estos hombres deben estar guardando —agregó Doc.

Las casas eran más pequeñas ya, poco menos que chozas. Más allá de ellas, pero invisible en la noche estaba el gran colegio de piedra que se alzaba sobre la colina.

Paquis gritaba, no del otro lado ya, sino más cerca. Los gritos iban dirigidos a sus hombres, convocándoles para el ataque.

A intervalos frecuentes se interrumpía para maldecir al aeroplano, que seguía haciendo ruido por encima de ellos.

Monk y Ham habían tirado por el lado izquierdo de la calle, diciéndose cosas muy poco agradables mientras registraban las casas.

—Oye, estúpido —le dijo Ham a Monk—, ¿qué es lo que espera Doc que encontremos por aquí exactamente?

Monk derribó de un puntapié una puerta que estaba cerrada con llave.

—Creí que ese enorme cerebro tuyo vería todas las cosas claras —contestó, agriamente.

Ham encontró una lámpara de bolsillo encima de la mesa de la cabaña que estaban investigando. La encendió y la luz iluminó a Monk durante breves instantes. Ham la apagó precipitadamente.

Monk soltó un berrido y corrió a refugiarse justamente a tiempo para librarse de la lluvia de proyectiles dirigida contra la lámpara de Ham.

—¡Me enfocaste con ella a propósito! —exclamó Monk—. ¡Intentaste conseguir que me pegaran un tiro!

—No tendré yo esa suerte —le respondió Ham—. La luz se encendió y te iluminó a ti accidentalmente.

—Si tirase yo una roca y te espachurrase la cabeza, eso sería un accidente también —dijo Monk, con ferocidad.

—Inténtalo el día que te sientas ambicioso —le invitó Ham.

Elaine Mills, oyendo todo aquello y no notando más que odio y rabia en el tono de ambos hombres, se acercó a Doc y le asió del codo, aprensiva.

—Me temo que sus dos hombres se van a pelear —dijo—. ¿No puede usted hacer algo para impedirlo?

—No se preocupe —le respondió Doc— Están así siempre.

De un punto delante de ellos, una voz gritó: —¡Doc: Savage! ¡Auxilio!

—¡Es Henry Trump! —exclamó Elaine, corriendo hacia adelante.

Encontraron a Henry Trump sentado en un cobertizo abierto, un lugar nada limpio en que los antiguos habitantes de la isla debían haber tenido vacas.

Las piernas de Trump estaban esposadas a uno de los postes que sostenían el techo.

—Comprendí que me andaban buscando —exclamó.

Doc se puso a trabajar en las esposas. Henry Trump soltó una exclamación de sorpresa al ver partirse los eslabones entre los dedos del hombre de bronce.

—¡Cielos! —estalló—. He leído muchas cosas de Usted, Savage, y nunca he creído la mitad. Pero no creo ahora que sea exageración nada de lo que dicen.

Doc le ayudó a ponerse en pie.

—¿Se ha fijado usted si los hombres vigilan alguna parte de la isla en particular? —preguntó.

—No —respondió Trump, intrigado—, ¿por qué?

—Andamos intentando dar con un sitio así.

Monk intercaló:

—Hay la escuela. Se alza sobre un montículo aquí cerca.

—Y es el único edificio grande que queda —agregó Ham.

Doc dijo, rápidamente:

—Probaremos el colegio.

Wehman Mills, interpeló con ansiedad:

—Escuche: yo creo que debiéramos intentar escapar de aquí...

—El aeroplano es el único medio de huir —le dijo Doc—. Y está volando. Tendremos que luchar.

Paquis y sus hombres estaban estrechando el cerco; pero con cautela.

Hacían un disparo de vez en cuando y evidentemente, avanzaban en grupos para mayor seguridad.

Doc distinguió la voz de Smith y luego el tono llorón de Wall — Samuels, el falso detective.

Henry Trump se acercó a Doc Savage.

—¿Se dirige usted a la escuela?

—Sí.

—¿Por qué?

—Tal vez tengan el escondite allí.

—¿Escondite? —murmuró Trump—. ¿Se refiere usted al oro que hayan sacado del mar?

—No han sacado oro del mar. La instalación es una impostura.

—¡Santo Dios! —farfulló Trump—. Entonces, ¿qué se oculta tras todo esto?

—Se lo explicaré en cuanto nos hallemos a cubierto. La escuela

es de piedra, podremos hacernos fuertes en ella.

Trump murmuró:

—No me parece una buena idea que nos encerremos.

Doc no contestó, sino que siguió andando en la oscuridad. Encontró a Johnny, Monk, Ham y los demás, les dio una orden en voz baja y se colocaron en fila india para poder avanzar con mayor sigilo.

Detrás de ellos, Paquis estaba expresando, entre blasfemias la opinión que le merecía la inteligencia del piloto que aun volaba tan ceñido a la isla, que el ruido del motor no permitía hacer el registro bien.

Paquis estaba preocupado. Estaba un poco asustado también y parte de sus maldiciones tenían por objeto animarle a él mismo. No le hacía gracia la idea de andar cazando a Doc Savage en la oscuridad.

—¡«Prends Barde»! —advirtió a sus hombres—. ¡Cuidado! ¡No hay mucha prisa!

—Le he estado diciendo que ese hombre de bronce es un mal asunto —murmuró Smith.

—¡Cállese! —le aconsejó Benjamín Giltstein—. Aun nos queda un recurso del que nada sabe el hombre ese.

—<Oui> —asintió Paquis;— pero no debe desconfiar. Por consiguiente, hemos de fingir que le perseguimos con encarnizamiento.

En aquel instante, Paquis saltó hacia adelante y cayó de bruces. Una voz que salía de la oscuridad le había producido el mayor sobresalto de su vida.

—¡Imbécil! —rugió la voz—. ¡No metas ruido y hagas sospechar a Doc Savage que estoy yo cerca!

—¡El jefe! —susurró alguien.

—«Oui» —dijo Paquis—. ¿Qué ocurre?

—Doc Savage conduce a su grupo a la escuela.

—¿<Comment>? —estalló Paquis—. ¿Cómo? Pero... ¿cómo ha adivinado...?

—Registró el pueblo —prosiguió el jefe, que se había mantenido siempre en segundo término—. Ahora va a probar la escuela.

—En tal caso, debe sospechar la verdad «mi'sieu's» —gimió Paquis.

—En efecto —asintió el otro—. El incidente de El Pantano debe haberle proporcionado un indicio.

Paquis preguntó: —¿Qué hacemos?

—Lleva a todos los hombres a la escuela. Escóndelos dentro. Cuando se presente Doc Savage intentad acabar con él y con algunos de sus hombres. Pero impedid a toda costa que entren en el edificio.

—<Oui> —asintió el francés.

—Más tarde acorralaremos a Savage —aseguró el otro—. Yo me encargaré de arreglar eso. No desconfía de mí.

—¿Va usted a reunirse nuevamente con él?

—Naturalmente —rió el hombre que había dado las órdenes.

El misterioso hombre se hallaba a muy pocos pasos de Paquis y los demás.

Retrocedió, separó los arbustos y echó a andar en la dirección tomada por Doc Savage y su grupo.

El hombre iba a la mayor velocidad compatible con el silencio y, alzando la vista hacia donde el hidroavión seguía volando en la oscuridad, rió con ferocidad, agradeciendo el ruido que hacía el aparato.

Menos de cuatro minutos después formaba parte del grupo de Doc Savage.

Al parecer no le habían echado de menos. Ni una sola vez había brillado luz alguna sobre sus facciones.

Paquis estaba muy ocupado reuniendo sus hombres. Cuando los tuvo juntos se dirigieron, corriendo y dando un rodeo, al colegio de piedra. No tardaron mucho en llegar al edificio.

Los niños, en sus juegos, habían desgastado hierba y vegetación del terreno próximo al colegio dejándolo desnudo. Era una elevación de barro rocoso sobre el cual se alzaba el edificio.

AL acercarse a la puerta, Paquis llamó suavemente. No obtuvo contestación.

Masculló algo, con inquietud, decidió correr un riesgo y encendió su lámpara de bolsillo. Entonces profirió una maldición.

La puerta estaba entreabierta y había un hombre tirado delante de ella. Tenía los ojos abiertos de par en par y respiraba con regularidad; pero era incapaz del menor movimiento.

—¡Es obra de ese demonio de Savage! —exclamó Paquis.

—Sí —murmuró Smith;— eso mismo le ocurrió a uno de los nuestros en El Pantano. Doc Savage les oprime la nuca yo no sé cómo.

—¡Adentro! —gruñó Paquis—. ¡Es preciso que los ataquemos por sorpresa.

Tuvo que dar la orden dos veces más antes de que los hombres se armaran de valor suficiente para entrar en el colegio. Llevaban las pistolas preparadas.

Pero, con gran sorpresa suya, nada ocurrió. No había nadie en el edificio.

—¡<Bona>! —exclamó Paquis—. Doc Savage se adelantó para despejar el camino y luego volvió atrás en busca de los otros. ¡Hemos llegado antes que ellos!

Una vez dentro todos los hombres, la puerta fue cerrada y se echaron los cerrojos. Las ventanas estaban equipadas de grandes planchas de acero a prueba de bala. Había aspilleras abiertas en ellas.

Smith rió.

—Parece como si fuéramos los dueños de la situación.

Su satisfacción duró muy poco.

Desde fuera, la potente voz de Doc Savage gritó:

—¡Señores! ¡Se han metido ustedes de cabeza en una trampa!

Los hombres que había dentro del edilicio escucharon estas palabras con expresiones diversas.

Smith soltó un gemido. Benjamín Giltstein comprimió los labios y nada dijo. Paquis se mostró francamente incrédulo.

—¡Usad vuestras armas, <omes amis>¡ —gritó—. ¡Disparad contra su voz!

—¡Un momento! —llamó Doc. Y era tal el tono de su voz, que imponía atención—. Estuve yo dentro antes de que llegaran ustedes.

—¡No miente! —murmuró Smith—. ¡Acordaos del hombre que encontramos en la puerta!

—En el sótano —prosiguió Doc Savage—, hay una caja. Contiene la dinamita que fue retirada del lugar en que tenían ustedes las armas. Conectados con ella están los hilos del generador detonador.

—¡Mirad a ver si miente!

—La luz está encendida en los sótanos —siguió diciendo Doc—.

Vemos desde aquí la caja con el explosivo y podemos hacerla explotar antes de que ninguno de ustedes la mueva.

La puerta del sótano fue abierta y Smith se asomó al interior que estaba brillantemente iluminado.

—¡Rayos! —exclamó.

Y retrocedió.

La caja de dinamita estaba suspendida del techo con un trozo de alambre.

Otros hilos aisladas partían de ella y salían por la ventana.

—¡Apagad las luces! —propuso Giltstein—. Así podrán cortarse los alambres sin que él lo vea.

—¡<Non>! —exclamó Paquis—. Haría explotar la dinamita en cuanto se apagaran las luces.

La voz de Doc Savage llegó hasta ellos débilmente.

—Piénsenlo ustedes bien. Luego, suelten las armas y salgan.

Doc Savage y su grupo aguardaran fuera. Habían colocado lámparas de bolsillo de forma que quedaran iluminados los cuatro costados de la casa.

El reverbero de la luz iluminaba débilmente a Doc y a los suyos con que se mantenían tras rocas y árboles. Johnny, largo y huesudo como la propia Muerte, se hallaba inclinado sobre el generador eléctrico conectado con el explosivo.

Henry Trump estaba en tensión y muy pálido. Se humedecía constantemente los labios y miraba a Doc Savage, que no se había apartado un instante de él durante los últimos momentos.

—Fingió usted ayudar a Elaine Mills para asegurarse de que fuera capturada, ¿no es cierto? —le preguntó Doc con brusquedad. Henry Trump no se sobresaltó. Tal vez sus facciones se tornaron un poco más pálidas.

—¿Qué fue lo que me delató? —preguntó, con gruesa voz.

—El que se volviera usted atrás a hablar con Paquis, después de emprender el camino del colegio. Usted creyó que yo iba delante; pero estaba detrás, asegurándome de que ninguno de nuestros enemigos nos seguía. Le oí a usted marcharse.

Trump inclinó levemente la cabeza. Luego dejó caer con rigidez las manos contra sus costados.

—No pienso ser tan estúpido que lo niegue —dijo—. Sí; ayudé a la muchacha para asegurarme de que fuera capturada. También fui

responsable de la captura de Ham. Cuando vino a buscarme, tuve tiempo de hacer una señal a mis hombres antes de ponerme las esposas y fingirme prisionero.

—Fue usted bastante listo —reconoció Doc.

—En efecto —gruñó Trump.

Y sacudió violentamente la mano derecha.

Una pistola pequeña —que debía estar colgada de algún gancho dentro de su manga— cayó. Trump logró cogerla.

Pero jamás pudo usar el arma. Doc Savage, moviéndose hacia él a la primera sacudida del brazo, descargó un puñetazo en la mandíbula del hombre.

La cabeza del joven se fue hacia atrás y luego hacia delante. Tosió y escupió unos cuantos dientes. Luego rodó por el suelo.

El ruido que produjo al caer llamó la atención de Elaine. Acudió corriendo.

—Pero… ¿qué le ha ocurrido? —exclamó—. Era un joven tan simpático…

Se abrió la puerta de la escuela y salió Paquis. No llevaba pistola y tenía las manos alzadas por encima de la cabeza.

Los demás salieron tras él, mirando nerviosamente hacia atrás, como si temiesen que explotara la dinamita antes de que hubieran salido.

CAPÍTULO XIX

EL BOTIN DEL REY JUAN

EL cuarto había sido en otros tiempos habitación del director del colegio.

Aun quedaban una mesa y una biblioteca vacía.

En el suelo había numerosos paquetes y cajas todas éstas muy fuertes aunque no de gran tamaño. Algunos de los paquetes y unas cuantas cajas habían sido abiertos.

El contenido, tirado sobre el suelo parecía, a primera vista, ser metal viejo.

Había jarrones, copas, utensilios de comer. Veíanse trozos de metal sin forma, que antaño fueron cuencos.

Y no faltaban abultadas estatuas, placas, cadenas...

Monk soltó el martillo con el que había estado abriendo las cajas.

—Todo ello es oro —dijo—. No hay necesidad de probarlo químicamente para saberlo.

El viejo Wehman Mills se irguió y gimió tembloroso:

—Señores: les digo a ustedes que hay un error, ¡Están equivocados! ¡La instalación para extraer oro del mar funcionará divinamente!

—¡Tío! —le riñó Elaine.

—Lo siento —dijo Doc;— pero no dará resultado. La examiné detenidamente esta mañana.

Johnny, haciéndole parecer más huesudo que nunca la desarreglada ropa, acabó de leer el manojo de papeles que contenía los datos que recogiera en Londres acerca del reinado del monarca Juan.

—Todo liga —dijo, distraído—. Cuando el rey Juan se vió

obligado a firmar la Magna Carta, en el año 1215, estaba furioso con los señores feudales que le obligaron a hacerlo. Reunió un ejército de bribones y salió a saquear los castillos de los señores feudales a modo de venganza. Tuvo mucho éxito y obtuvo un valioso botín.

—¿De dónde has sacado todo eso? —inquirió Monk.

—De la Historia Oficial de Inglaterra. Silencio, por favor, mientras acabo, Los señores ultrajados se reunieron y emprendieron la persecución del rey Juan. Para huir de ellos, el monarca quiso atajar cruzando El Pantano. La marea pilló al botín y el rey apenas pudo salir con vida. EL disgusto que le produjo el perder el botín se cree que contribuyó a que muriera poco después.

Monk señaló el contenido de paquetes y cajas.

—¿Este es el tesoro del rey Juan?

—Sí —intercaló Doc Savage—. Henry Trump, Paquis, Smith, Benjamín Giltstein y los demás lo encontraron. Lo extrajeron de las arenas movedizas mediante el sencillo procedimiento de helar el barro, según los métodos modernos para poderlo excavar.

—Eso explica la instalación frigorífica que encontramos en la marisma, cerca de El Pantano —agregó Johnny.

Wehman Mills gimió:

—Le digo a usted que mi procedimiento para extraer oro del mar es factible —exclamó.

—Tal vez —asintió Doc;— pero requerirá más trabajo antes de que sea práctico desde el punto de vista comercial. Estos hombres no hicieron más que engañarle. Emplearon la instalación de usted como una tapadera para sacar el oro del rey Juan y venderlo.

—Fue una combinación pare librarse de los impuestos reales, tío —dijo Elaine.

Fuera, gritó Ham:

—¡Eh! ¿Es que tengo ya que vigilar a estos prisioneros todo el día.? ¿Por qué no venís a ayudar?

Desde la ventana, Doc echó una mirada a los cautivos. Estaban todos allí, desde el jefe Henry Trump, hasta el más desconcertado de todos: el piloto del hidroavión, que se había quedado sin combustible cerca del amanecer.

Obligado a amarar, había sido capturado sin dificultad.

EL sujeto era blanco de los comentarios sarcásticos de sus

compañeros, quienes aseguraban que si él no hubiese hecho tanto ruido, tal vez hubiera sido posible capturar a Doc Savage.

Éste escuchó la discusión sin interés. Carecía de importancia.

Tampoco le excitaba gran cosa el tesoro, aun cuando indudablemente valía varios millones. A él no le inspiraba el menor interés posesivo.

Como todo el dinero que recuperaba de su extraña profesión de ayudar a los que se hallaban en trances apurados, aquella riqueza del rey Juan iría a parar a manos de sociedades benéficas dignas, se destinaría a la construcción de hospitales, al establecimiento de instituciones para proteger a estudiantes que tuviesen ambición.

El viejo Wehman Mills quería quedarse en la isla y trabajar en su sueño de extraer oro del mar. Eso podía arreglarse. Y tal vez Wehman se saliera con la suya.

Algún día alguien lograría llevar a cabo esa obra. Las ideas de Wehman Mills no tenían nada de locas ni mucho menos.

Elaine, naturalmente, se quedaría con su tío. Sin duda resultaría una figura saliente en la cantidad de publicidad que forzosamente darían el asunto todos los diarios. Sus facciones saldrían divinamente en fotografía.

Elaine había dicho muy poco hasta aquel momento. Se sentía bastante ofendida contra Henry Trump, y con razón.

Había dado marcadas muestras de que le era muy agradable la compañía de Doc Savage durante toda la mañana, cosa que había cohibido algo al hombre de bronce.

No había sitio para relaciones femeninas en la peligrosa existencia que llevaba.

Doc Savage miró hacia arriba. Las nubes habían marchado, salvo por el Oeste, donde aun se hallaban agolpadas.

Hubieran podido ser un presagio aquellas nubes del Oeste, porque allí era donde el peligro había de encontrar de nuevo al hombre de bronce.

En Nueva. York, en aquellos momentos ya se preparaba un profundo misterio y pronto caería muerto un nombre sin ninguna señal en su cuerpo, pero con los ojos horriblemente desorbitados.

Otros morirían, hombres de alta y baja situación social hasta que la gran metrópoli se volvería loca de terror.

«El Aniquilador» fue el nombre que se dio en llamar a dicha

potencia.

Y al luchar con la siniestra potencia, Doc Savage estaba destinado a descubrir peligros incontables y una conspiración de concepción verdaderamente diabólica.

Luchando contra “El Aniquilador”, Doc Savage y sus hombres habían de tropezar con una oposición mayor a cuantas habían experimentado hasta entonces.

Era como si lucharan contra lo extraño, lo sobrenatural, lo imposible.

Monk, de pie en el centro del tesoro del rey Juan, rió expansivamente e inició un bostezo. Su enorme boca pareció quedarse helada antes de que hubiera completado el gesto.

—¡Centellas! —exclamó—. ¡Acaba de ocurrírseme algo muy gracioso!

Doc le miró, interrogador.

—Desde que se inició este asunto —explicó Monk,— no ha muerto ni una mosca. ¡Chico! ¡Nos estamos volviendo la mar de eficientes!

FIN

Título original: *The Sea Magician*